

# DOS HOMBRRES *y una isla*



*Carla Lucero*

DOS HOMBRES

*y una isla*

*Carla Lucero*

Dos hombres y una isla.

©Todos los derechos reservados.

©Carla Lucero

1ªEdición: Enero, 2019

Es una obra de ficción, los nombres, personajes, y sucesos descritos son productos de la imaginación del autor. Cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, sin el permiso del autor.

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Escribe texto](#)

[Capítulo 19](#)

[Boda](#)

[Luna de Miel](#)

[Un año después...](#)



# Capítulo 1

Justo una hora antes de salir de trabajar del supermercado...

Otra vez ese tipo que tan mal me caía y que tenía la desgracia de que pasara cada día por mi caja a pagar.

—Buenos días, Mar —colocaba su compra en la cinta.

—Buenos días, Jorge —sonreí falsamente.

—Tienes cara de cansada —se puso al otro lado para ir guardando los productos que yo iba marcando.

—Salí de marcha el fin de semana y a esta edad eso pasa factura —volví a sonreír irónicamente con la mentira, no salía de noche ni para bajar la basura.

—Pero eres muy jovencita aun. ¿Cuántos años tienes?

Qué cojones le importaba a él, pero no lo iba a mandar a la mierda y jugarme el puesto de trabajo, no estaba la cosa para eso.

—Tengo treinta y uno.

—Eres muy joven aún, yo tengo treinta y ocho.

Ni que a mí me importara...

Le cobré rezando que no siguiera su interrogatorio y se fue feliz como una perdiz, cada día venía con un invento nuevo con tal de hablar conmigo, si se pensaba que iba a ligar, la llevaba clara.

Salí del trabajo y me fui a un parque que había cerca, a comerme un bocata que me había preparado antes de salir, me apetecía respirar aire puro un rato y sentarme en el césped a fumar un cigarro.

Estaba agobiada, triste, sin motivación, sola en la vida, con un trabajo que no me podía quejar, empleada, en un solo turno de mañana de lunes a sábado y era de las cadenas de supermercados que mejor pagaban el sueldo, por esa parte estaba aliviada, pero era cargar sola con mi vida, sin nadie a quien recurrir si me sentía mal, si necesitaba algo.

Con cinco años mis padres tuvieron un accidente de tráfico, murieron al instante, mi abuela materna era viuda, se hizo cargo de mí, con todo el cariño del mundo, se dejó la piel para que no me faltara de nada, estábamos solas las dos y cuando ella murió teniendo yo veinte años, tuve que salir adelante, nada de familia, ya que mi madre era hija única y mi padre era huérfano, así que

sola estaba y ya me había acostumbrado a eso, aunque a veces dolía.

Mis amigas se casaron, yo entré a un supermercado a trabajar y me propusieron un puesto fijo si me trasladaba a vivir a la isla de Mallorca, dejando atrás a la ciudad que me vio nacer, Barcelona.

Acepté, me dieron dos meses, el tiempo de arreglar los papeles de la casa de mi abuela que me había dejado en herencia, venderla, cosa con la que tuve mucha suerte, en la primera visita se la quedaron y con ese dinero, a modo ahorros en mi cuenta, me fui a comenzar una nueva vida a esa isla.

Conseguí un apartamento cerca del supermercado, en un barrio de Mallorca, me salió a buen precio, además de un coche pequeño, aún me sobró un buen dinero para dejar en la cuenta para cualquier cosa que me pudiera surgir ya que la casa de mi abuela en Barcelona era una buena finca y la pagaron bien, por cierto, esa casa era su tranquilidad, el saber que me ayudaría bastante.

Mi principal objetivo lo tenía, no tener letras, la casa pagada y vivir dignamente con mi sueldo, pero era lo único que tenía, una casa, un coche y un sueldo fijo que rondaba los mil doscientos euros, más las pagas y vacaciones, pero estaba sola, eso es lo peor que llevaba y me entristecía.

Llevaba en la isla tres meses, ya conocía a algunas vecinas, clientes del supermercado y conecté bien con alguna compañera, pero nada de confianza y nadie con quien compartir las penas.

Luego estaba Jorge, ese chico que venía diariamente al súper, pasaba por mi caja y me contaba algo de su vida. Me caía mal, no sé por qué pero me caía mal, sería que al principio era muy pesado y preguntón.

Me comí el bocata mirando a mi alrededor, las parejas en el césped, los niños correteando, algún que otro solitario o solitaria leyendo, escuchando música, cada uno con su vida, sus problemas y sus alegrías.

—¿Puedes llamar a este teléfono? —dijo una preciosa niña de unos cinco años, mostrándome su brazo en el que aparecía escrito a boli un número.

—¿Y eso? —pregunté extrañada, mirando alrededor por si estaba con alguien.

—Me lo escribe mi papá por si algún día me pierdo —dijo con voz dulce—. Siempre me dice que me acerque a una mujer y le pida llamarlo, que no me vaya con hombres.

—Claro —dije levantándome y marcando los números que aparecían en su brazo. Buena técnica, pensé.

—¿Sí? —dijo una voz masculina.

—Hola, me llamo Mar, su hija le está buscando en el parque y me pidió que lo llamara.

—¡Gracias! —noté cómo resoplaba aliviado —¿Dónde estáis?

—En la parte de arriba, en el tercer tramo de las escaleras, en la zona de jardín de la derecha.

—Estoy cerca, voy, no la dejes sola, por favor.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté a la niña para romper el hielo.

—Me llamo Salma.

—Salma... ¡Qué bonito!

—Mi mamá también se llamaba así, lo eligió ella.

—¿Se llamaba? —no entendí eso.

—Sí, ahora se llama Ángel y me cuida desde el cielo.

Un nudo se me formó en la garganta.

—Gracias —dijo una voz ahogada, acabada de llegar.

Me giré y ahí estaba él.

—No hay de qué. Tienes una hija muy simpática y bonita —dije guiñando el ojo a Salma.

—Me llamo Darek —me dio la mano, mientras sus preciosos ojos verdes se clavaban en mí.

Era guapísimo, rubio, con buena cantidad de pelo, ojos claros, cuerpo definido, unos vaqueros que le quedan de muerte, esa camisa remangada por los codos y entreabierta en el pecho...

—Hola, me llamo Mar —dije quitando de mi imaginación las cosas que se me pasaban ante ese chico tan guapo y sexy.

—¿Quieres un café? —preguntó señalando al bar de madera que había al lado, con unas mesas al sol.

—Sí, di que sí —dijo Salma tirando de mi mano.

La miré sonriendo.

—Claro... —venga, por favor, para una vez que tengo la posibilidad de tomar un café con alguien y además tan guapo, no voy a decir que no. Aguanté el sonreír ante mi pensamiento.

—¿Eres de la isla? —preguntó mientras andábamos hacia la cafetería. Salma iba delante, saltando.

—No, soy de Barcelona. Vine para quedarme, pero por trabajo. Por cierto, muy buena idea lo del número de teléfono en el brazo.

—Sí, lo llevo haciendo un tiempo —sonrió—. ¿Y te adaptas de vivir en la ciudad condal a estar ahora en una isla? —preguntó sorprendido., mientras se sentaba.

—Bueno, no se está mal aquí, no me está costando, de todas formas no dejo nada atrás, quiera o no, eso ayuda —sonreí amargamente.

—¿Familia?

—Lo único que me quedaba de ella era mi abuela, que fue la que me crio al quedar huérfana, pero falleció hace unos años.

—Entiendo —dijo mirando a Salma—. Nosotros también estamos solos —sonrió mirando a la niña.

—Al menos os tenéis el uno al otro —dije sonriendo a pesar del dolor que me había producido esa revelación.

—Claro y lo pasamos muy bien. ¿Verdad?

—Sí, mi papi siempre está jugando conmigo —dijo tirando una piedra a una montaña de arena.

El camarero vino y pedimos los cafés, me sentía cómoda con Darek, era simpático, amable y muy educado.

—¿Cuántos años tiene Salma?

—El sábado cumple cinco años —una luz se iluminó en su mirada.

—Oh, de cumple el sábado, estará feliz —la miré sonriendo, jugaba a un lado del bar.

—Bueno, un dilema —puso los ojos en blanco mientras sonreía.

—¿Y eso?

—Sus amiguitas del cole están de vacaciones fuera, siempre le pasa, así que lo celebramos los dos, imagínate, me está pidiendo vestirnos de Disney e irnos a un Burger King a celebrarlo —soltó una preciosa risa.

—¡Ay, Dios! Te veo vestido así. ¿Principito? ¿Bestia? ¿Has pensado ya el personaje? —reí mientras bromeaba.

—No valgo para estas cosas —hizo gesto de resignación mientras sonreía y se mordía el labio—. Hace una semana que le dieron las vacaciones de verano y ya ando medio perdido, tenía la rutina cogida —volvió a morderse el labio.

Nos pusieron los cafés delante y el batido de Salma, que seguía jugando de forma divertida sobre la montaña de arena.

—Ya te adaptas en nada —solté una suave carcajada—. ¿Qué le has comprado de regalo para su cumple? —pregunté esperando el desastre.

—Nada aun... Me pidió un cochecito capota con un bebé de estos que parecen de verdad y se llaman “reborn” o algo así... puso ojos en blanco.

—Sí, se cuáles son, en el centro comercial hay una tienda de ellos, son una pasada, algo caros, pero una pasada...

—¿Algo caro? —hizo gesto de impresión —¿Cuánto es algo caro?

—Unos doscientos o trescientos euros el muñeco, luego comprar el carro —reí.

—¡La hostia! Si me pide eso con cinco años, no quiero pensar en la comunión —frunció las cejas—. Voy a tener que ponerme a hablar seriamente con ella para que me dé otras alternativas de regalos —puso los ojos en blanco.

—Es tu única hija, si se lo puedes permitir... ¿Por qué no? —miré a Salma, que seguía entretenida con la tierra y las piedras —Mírala, se entretiene con tierra, con esa muñeca va a pasarlo genial, montará su propio cuento y seguro que será su mejor compañía hasta que vuelvan sus amiguitas.

—Dicho así... —rio—. Qué manera de convencer, por favor —dijo poniendo cara de haberlo entendido—. Se lo compraré, mañana me escapo un rato del trabajo y me acerco a comprarlo. Por la tarde es imposible, es mi sombra —sus ojos le brillaban.

—¿Y dónde se queda mientras trabajas?

—Se queda en casa con la señora Luisa, ella llega un rato antes de que yo me vaya y se queda hasta que llego. Hace las cosas del hogar y la cuida, además me deja comida hechas y es muy cuidadosa con Salma, la adora.

—Cualquier persona adoraría a esa mini rizos de oro, es preciosa.

—Estaba pensando... ¿Te apetece unirme al cumpleaños? —dijo cogiéndome totalmente de sorpresa —Le encantará que haya una cara más que no sea solo la de su padre —sonrió.

—Claro, me parece genial, haremos que tenga un día inolvidable, podríamos pensar algo especial y que la haga feliz —eso de tener un plan y algo que hacer me causaba mucha felicidad.

—¿Me das una idea? —puso los ojos en blanco.

—Yo no tengo hijos... —reí —Pero pensemos. ¿Qué es lo que más le divierte a ella?

—Ser una princesa, siempre se disfraza de ellas, tiene varios vestidos, se los voy comprando en la tienda Disney cuando ponen las rebajas —rio.

—Podemos vestirla perfecta, peinarla y maquillarla acorde con el

vestido que elija. ¿Tiene tacones?

—Uno para cada traje —se encogió de hombros y soltamos una carcajada.

—Yo me apaño bien en el tema de peluquería, podríamos disfrazarla ese día perfectamente, llevarla a comer a un Burger y luego ir a merendar una tarta que le mandemos a hacer con la cara del personaje del que vaya vestida, le damos los regalos, le cantamos cumpleaños feliz y la llevamos a un parque. ¿Qué te parece? —sonreí.

—Un día de princesa... Suena bien —me señaló con el dedo y me guiñó el ojo, sonriendo—. Le compré en las rebajas el de Campanilla, pero se lo tengo guardado para Reyes, le va a hacer mucha ilusión.

—A ver, Darek. ¿Para reyes?

—Sí —dijo feliz.

—No, eso no puede ser para Reyes, de aquí a allí pueden pasar mil cosas —negué riendo con la cabeza.

—No te me pongas trágica —estiró sus manos en señal de que parase—. ¿Me estás diciendo que se lo dé para su cumpleaños?

—Así es, además será a primera hora, en el desayuno, cuando se levante, la sorprendes con ese primer regalo, luego se lo pondrá y lo disfrutará todo el día. Además, rubia como Campanilla, le cojo un moño como ella y es fácil el maquillarla como el personaje —me encogí de hombros levantando las manos—. Vamos a darle un precioso día —miré hacia la pequeña, que venía a tomar ya, por fin, su batido.

Salma dio dos sorbos y volvió a la montaña, Darek y yo nos miramos y reímos.

—Me has convencido, pero debes venir a peinarla y pintarla antes de que nos vayamos a comer.

—Yo salgo a la una los sábados, así que iré directa, la maquillo y nos vamos.

—¡Genial! Hemos tenido mucha suerte encontrándote —sonreía que enamoraba, con esa dentadura perfectamente brillante.

—La suerte fue mía, al menos algo de vida social para mi persona —puse los ojos en blanco.

—Apunta mi teléfono —dijo señalando a mi móvil que estaba sobre la mesa.

Me dio su número y le hice una pérdida para que tuviera el mío.

Un rato después, me acompañaron hasta el portal de mi casa, quedamos en vernos el sábado, él me mandaría la ubicación de su casa, al lado opuesto de la mía, nos separaba el parque, cada uno vivíamos a un lado de él.

La pequeña no sabía que yo iría, le íbamos a dar una sorpresa.

Subí ilusionada a mi apartamento, feliz por el rato tan bonito que había pasado junto a ellos, en especial junto a Darek, era un hombre con el que era fácil conversar, no sabía a qué se dedicaba pero se le veía un hombre culto, educado, simpático y un sinfín de calificativos positivos que hacían que comenzara a fantasear.

Me duché y me puse el pijama, apenas eran las seis, pero yo tenía que dedicar un rato cada día a mi apartamento ya que estaba en proceso...

Sí, en proceso. Cuando lo compré lo mandé a reformar entero, me lo hicieron en dos semanas y entonces ya vine a la isla a instalarme, pero una cosa es cambiar las ventanas y puertas, poniéndolas en blanca, además de cambiar los azulejos del baño y de la cocina, que a su vez compré todos los muebles y electrodomésticos para ella, todo eso que se puso el suelo nuevo de todo el apartamento, junto a las paredes que me hicieron lo de la perlita para ponerla toda fina, el apartamento por completo pintado de blanco, claridad. Pues como decía, que me pierdo, hice una reforma entera del apartamento, pero, por supuesto, yo tenía que conseguir ponerlo a mi gusto y como era mi sueño, cosa que no era fácil ni se podía hacer en pocos días.

La cocina la tenía terminada, era muy coqueta, los azulejos eran como vintage, arrugados, en color beige. La encimera era del mismo material y color, menos el escurridor que eran dos senos de barro lacado en marrón.

Las puertas de los muebles y cajones en verde envejecido, y todo los pomos y grifos en color bronce, muy vintage, además los electrodomésticos en beige, me costó un poco más de lo normal, pero apreté el presupuesto en otras cosas y puse la cocina como realmente soñaba.

El salón tenía dos sofás de piel en color rosa bebé, sí, así mismo, se me había antojado, una mesa en medio en color blanca, al fondo la televisión con el filo del mismo color del sofá colgada en la pared y un mueble abajo alargado en blanco. Una mesa con 4 sillas en un rincón y dos pequeños balcones. Me faltaba decorarla, pero eso poco a poco, tenía que conseguir objetos que le dieran la misma línea.

Una habitación individual, que tenía su ropero empotrado con las puertas en blanco, del mismo color que puse los muebles, ya inventaría que tonos le

metería con la colcha y decoración, tenía que ir todo muy pensado.

El baño estaba entre mi dormitorio y el de invitados lo hice totalmente rústico y a juego con la cocina, mismo tono de muebles y azulejos.

Y mi dormitorio... Realmente tenía el apartamento tres dormitorios, pero yo mandé a tirar la pared que los separaba y hacer uno gigante.

A un lado una zona de maquillaje, todo los muebles en blanco, por favor, si no me daba algo, pues eso, una zona donde maquillarme, con todo bien colocado, un espejo, iluminación, en el centro una cama de 2 x 2, gigante, con una colcha roja sobre ella, dos armarios empotrados, una mesa de despacho con su sillón en rojo y el portátil sobre ella. Así era mi dormitorio, vestidor, maquillaje, estudio, un loft independiente del apartamento, como yo decía.

Atrás de la mesa de estudio, había un colcho gigante con muchas fotos mías de diferentes épocas, además las pocas que tenías con mis padres también estaba ahí, con mi abuela tenía más, la miraba y sonreía, sabía que si me estaba viendo, estaría sonriendo por lo de Darek.

Así que aquello era mi apartamento en construcción, estaba lo principal pero ahora faltaban los detalles, en eso iba a ir lentas, para elegir lo correcto.

Saqué una de las cajas que aún estaban dentro del armario del cuarto de invitados y me puse a colocar mis recuerdos en la estantería de mi dormitorio.

Un joyero que era de mi madre que siempre estuvo conmigo, dentro contenía dos anillos de oro de mi madre, las dos alianzas de ellos, una cadena con una cruz que llevaba mi padre cuando murió, además de pendientes, colgantes y dos pulseras de mi madre, todo de oro, mi abuela me decía que si alguna vez me veía en un apuro, lo vendiera.

Me senté y me puse a tocar esas joyas, a repasar a mi vida, a hablarles, siempre lo hacía, como ahora con mi abuela, siempre les hablaba a todos, los tenía de amigos imaginarios, cosas que me hacía hablar sola en muchas ocasiones.

Coloqué muchas cosas más, hasta que me preparé la cena y a dormir, entraba a trabajar a las ocho de la mañana, salía a las tres de la tarde, menos los sábados que lo hacía a la una.



## Capítulo 2

Tomé el café y la tostada, siempre lo hacía antes de ir a trabajar, luego, en el trabajo, a media mañana, me tomaba una pieza de fruta y listo.

Era viernes, así que ya estaba a un salto de mi fin de semana, esos que tanto me gustaban, el domingo era como magia, podía despertar sin que sonara ese despertador que tanto daño hacía.

No paraba de pensar en Darek, no conseguía quitármelo de la cabeza, cuando salí del trabajo me fui a un centro comercial, quería comprarle algún regalo a Salma, así que a sabiendas que era una fans de las princesas, me fui directa a la tienda Disney, antes paré a comer una tapa.

Un maletín con maquillaje, horquillas y cepillo para el pelo, todo de Frozen, eso le tenía que gustar seguro, además se veía muy bonito. Lo cogí, aunque era suficiente, me apetecía mirar algo más. Una sonrisa se me dibujó cuando vi un vestido de lo más lindo de Frozen también, miré las tallas y cogí el que pensé que era el suyo. Compré una bolsa de cartón de ese personaje y coloqué los regalos dentro.

Aproveché para hacer un poco de turismo por las tiendas, como yo le llamaba, me compré un par de camisetas y un pantalón corto de color verde safari.

Llegué a casa a la hora de la cena, me había recorrido lentamente todo el centro comercial, estaba relajada y distraída, así que el día se me fue volando.

Por fin sábado, me levanté temprano, me duché, preparé la ropa para cambiarme a la salida y lista para acabar con ese turno que era rápido.

—Bueno días —sonreí al ver a Jorge.

—Buenos días. Estás muy guapa. ¿Te has maquillado? —dijo poniendo la compra sobre la cinta.

Era para decirle que a él que le importaba, pero tenía que ser amable.

—Sí, me levanté con más tiempo, aproveché para pasar por chapa y pintura —bromeé.

—Pues te sienta bien, aunque tú no necesitas maquillaje —sonrió.

—Muy amable —sonreí disimulando lo mal que me caía.

No era por nada, el chico no me había hecho nada, pero era de esto que no te entra por los ojos y no hay manera de que lo haga.

Miré el móvil al salir, tenía un mensaje de Darek con la ubicación de la casa, además de un mensaje añadido.

“Está feliz con su disfraz de Campanilla, ya lo tiene puesto, le hará mucha ilusión que la maquilles y la peines. Te espero.”

Salí para donde me guiaba el móvil, andando, estaba a ocho minutos de mi trabajo, así que en nada ya estaba tocando el timbre de su piso.

Subí y al verme Salma, sonrió escondiéndose detrás del padre.

—Felicidades, Campanilla. ¿No me vas a saludar? —dije agachándome mientras guiñaba el ojo a Darek, que se me sonreía felizmente.

—Gracias —hizo una risa cortada.

—¿Sabes que yo sé hacer el peinado y maquillaje de Campanilla?

Salió de detrás del padre.

—¿Sí? —preguntó feliz —¿Y me lo harías?

—¡Claro!

—Pasa, por favor —dijo Darek.

—Gracias —sonreí y luego miré a la pequeña —Estás preciosa.

Ella sonreí feliz y miraba la bolsa de Disney que llevaba en las manos y que no le iba a dar hasta la merienda, así que la acompañé al baño, saqué el neceser con las pinturas y la dejé lo más parecido a Campanilla, recogido de pelo incluido.

—Papá, mira qué guapa estoy como Campanilla —dijo corriendo al salón, donde nos esperaba.

—Estás preciosa, Salma —la cogió en brazos y la besó en la mejilla.

Me enseñó la casa, muy bonita, recogida y nada cargada, me gustaba, además había mucha claridad, era un piso como el mío más o menos.

De ahí salimos directos al Burger King, en el coche de su papá, donde metí la bolsa en el maletero y pude ver el coche capota y el muñeco que iba a regalar a su princesa. Ella estaba feliz y muy presumida, metida en su mundo de Campanilla y haciendo poses para que su papá le hiciera fotos, nos la hicimos los tres, a Salma se le notaba muy relajada conmigo, con mucha complicidad y sonrisas, me encantaba esa preciosidad que me recordaba a la emblemática Marisol.

Salma se puso la corona del Burger, para verla, disfrazada de Campanilla y esa corona, Darek y yo nos mirábamos riendo, era muy graciosa, además se metía en el papel sin ningún problema.

—¿Tú no tienes hijos? —me preguntó Salma con curiosidad.

Darek enarcó las cejas aguantando la risa y encogiéndose de hombros, a modo de que no sabía a qué venía esa pregunta de su pequeña.

—No, no tengo hijos —me encogí de hombros.

—Ah, pero no estés triste, la cigüeña viene repartiéndolos a menudo —dijo mientras comía sus patatas del menú.

Íbamos a estallar de la risa, Darek me miraba a punto de estallar.

—Mi cigüeña creo que se equivocó de continente —solté una carcajada y Darek estalló ahí de la risa, la niña nos miraba sin entendernos.

—No se equivocan de casa, lo que pasa que hay mujeres que se ponen muy gordas y para que adelgacen y le baje la tripa, les dan antes los bebés —dijo totalmente convencida.

—Ah, ahora entiendo, a las que esperan bebés le crecen la tripa y la cigüeña para que no tengan tripa, entonces le entregan un bebé. Es interesante —aguanté de seguir riendo, mirando al padre, que ponía los ojos en blanco.

—Pide otro menú —me dijo Salma.

—¿Quieres otro, cariño? —preguntó el padre.

—No, uno más para Mar, que le tiene que crecer la barriguita para que la cigüeña venga a dejarle un bebé.

Ahí Darek se rompió, llorando a lágrimas vivas, yo estaba igual que él, esa niña tenía un arte que no podía con ella.

—Tranquila, sin prisas, yo prefiero jugar contigo cuando tú quieras —sonreí.

—¿A las casitas? —preguntó emocionada.

—¡Sí! Me encanta la idea —aplaudí emocionada siguiendo el juego.

—¿Vas a volver algún día al parque? —preguntó recordando el día que los conocí.

—Claro, tengo que asegurarme de que no te pierdas.

Río al escucharme, miró al papá y él se encogió de brazos, riendo, por supuesto.

De ahí nos fuimos al parque, yo no lo sabía, Darek había encargado una tarta de Campanilla y la llevó al bar de allí, nos la pondría con los café de sorpresa para Salma, me lo fue contando con disimulo por el camino.

Darek me dijo que me llevara a Salma para el meter los regalos en el bar, allí lo conocían, así que lo ayudaron en todo.

Puse a Salma de espalda a donde salían los camareros y vi a Darek metiendo todo, luego se sentó junto a nosotras.

Nos trajeron los café y el batido de la niña. De repente vino un camarero con la tarta y la vela encendida, comenzamos a cantarle cumpleaños feliz mientras la ponían en la mesa.

Luego vino otro camarero con los regalos, al ver el carro con el bebé dentro se puso a saltar y llorar, era para comérsela.

Lo abrazaba y se lo comía a besos, le decía que lo iba a cuidar, a limpiar, a dar biberón, la cara del padre era un poema, estaba emocionado.

—Bueno, yo tengo algo para esta preciosa Campanilla —dije dándole la bolsa de Disney.

—¡Gracias! —dijo emocionada abriendo el regalo para ver de qué se trataba —¡¡¡Papá!!! Maquillaje y cosas para el pelo de Frozen, me muero de la emoción —alucinaba mirándolo y abrió el otro regalo —¡¡¡Papá!!! Un vestido de Frozen, me lo quiero poner mañana —estaba feliz con sus regalos, habían sido un éxito, les habían encantado.

—No debiste tanto —dijo Darek a modo riña.

—Se lo merece todo —dije observándola, se había ido con el carrito a dar un paseo al bebé, para verla—. Y tú querías dejarle el disfraz para Reyes. ¡Para matarte! —reí.

—Y también me pensé lo de comprar ese bebé... —puso los ojos en blanco —Sale el muñequito caro, no sé si es más rentable hacer uno de verdad —bromeó.

—Tampoco te pases —puse los ojos en blanco, negando con la cabeza mientras reía —¿Cuánto te salió el carro y el bebé? —pregunté curiosa.

—El bebé doscientos diez euros con dos mudas de ropa para cambiarse —hizo un gesto de puñalada en el pecho y yo muerta de risa—. el coche capota ciento quince y todo en rebaja a un treinta por ciento menos, que si no se quedan mi paga de verano entera —soltó una carcajada.

—Por cierto. ¿Dónde trabajas? —pregunté por curiosidad.

—Trabajo en la empresa eléctrica, llevo ahí 15 años, fijo, desde que tenía veinticinco, tuve suerte cogí una plaza y ahí estoy todos los días, sentado en una mesa entregando recibos a los que le van a cortar la luz para que vayan y paguen —soltó una carcajada.

—Interesante...

—Hombre, tramito bajas, altas, expedientes y muchas cosas más que dar los recibos de impagos —sonrió.

—Lo imaginé —le devolví la sonrisa.

—La verdad es que estoy contento en mi trabajo, no es que paguen una fortuna, pero es un sueldo bastante bueno, además abonan los trienios y eso, pero lo más importante es que estoy fijo.

—Por supuesto.

—La casa se quedó pagada al morir mi mujer —recordé su cara de verla en una foto en casa de Darek, era preciosa—. así que lo único que tengo de gasto fijo es a Luisa, la mujer que me ayuda con todo. Me voy defendiendo bien, me da para ahorrar un poco, no mucho, pero algo. No me gusta privar de nada a Salma, suelo salir con ella a comer, la llevo a sitios, le compro cosas, hacemos muchas cosas juntos, bueno, todo.

—Imagino. Se os ve muy compenetrados y que ella te adora.

— Era mi vida, su mamá murió cuando ella tenía apenas un año, fue repentino, muy doloroso, me tuve que armar de valor y tomar las riendas de todo, Salma me necesitaba y yo no podía caer en una profunda depresión que la dejara de lado. El dolor tardó en desaparecer, aun duele, pero poco a poco se fue convirtiendo en preciosos recuerdos. A Salma siempre le he tenido su madre presente, le hablo de ella, le cuento cosas y hago que de cierto modo ella sienta un vínculo con la persona que solo puede idealizar, pero que al menos lo haga, la tenga en mente, su madre no se merecía menos.

—Qué doloroso... Mi madre murió cuando yo era como Salma, bueno, mis padres, los dos en un accidente de tráfico, desde entonces mi abuela tuvo que tomar las riendas para sacarme hacia adelante.

—A mí me costó mucho tiempo el poder volver a sonreír, a respirar sin sentir que me ahogaba, a todo, lo veía tan injusto todo, tan doloroso, pero poco a poco he ido superándolo, al menos intentándolo, quiero que mi niña crezca en un hogar feliz, no triste —dijo con pena.

—Todo se supera, pero primero hay que pasar ese dolor que es tan traumático y que nos hace sentir que no lo vamos a superar, pero se hace, por desgracia, la vida es muy injusta y nos dan palos tan inesperados que nos coge de tal sorpresa que es imposible saber cómo reaccionar.

—Así es —afirmaba con la cabeza—. Pero bueno, a salir para delante —miró a Selma que sostenía esta vez al bebé en sus manos—. no queda de otra.

Salma se acercó a nosotros, con una mano empujaba el carro y el bebé lo

tenía en la otra, en brazos.

—Ya le he puesto nombre a mi bebé —dijo sentándose y con él sobre su pecho.

—¡Bien! —toqué las palmas, emocionada —¿Cómo se llama entonces?

—Chus —sonrió feliz.

—¿Chus? —preguntó el padre.

—Sí, Chus. Como el niño guapo de mi cole —soltó como la que dice que quiere agua, su padre y yo estallamos de la risa.

—A ver, cariño —Darek me miraba mientras le hablaba, buscando mi complicad—. ¿Me estás diciendo que el niño más guapo del colegio se llama Chus?

—Sí, Chus —volvió a confirmar como si nada.

—¿Y desde cuando sabes tú si un niño es guapo?

—A ver, Darek, tiene cinco años pero no es tonta —dije provocando en Salma una carcajada.

Reímos toda la tarde, luego sobre las siete les propuse enseñarle mi casa y de paso comprar algo y cenar allí, aceptaron sin dudarlo, así que fuimos a un bar que había cerca de mi casa y pillamos tres sándwiches de pollo.

—Papá, los sofás de princesas —dijo al ver el color de ellos.

—Ya veo que las princesas me persiguen por todos lados —bromeó—. Me encanta la cocina, es muy original.

—Gracias, mira, ven, te enseño el baño que es igual.

Le gustó todo el piso, le hacía gracia, decía que pintaba muy bien cuando estuviera decorado, que iba a quedar muy coqueto.

Cenamos los sándwiches, Selma acostó al bebé en la cama de invitados, nosotros moríamos de la risa, ella estaba con el bebé para arriba y para abajo, lo vivía.

Se fueron un rato después, dándome las gracias por todo.

—Para mí ha sido un placer —dije tocando la cabeza de Salma.

—Mañana queremos ir a pasar a la playa el día. ¿Te animas?

—¡¡¡Sí!!! —gritó Selma por mí, cosa que nos hizo volver a reír.

—Parece ser que no me queda otra opción que ir —me encogí de hombros señalando a la niña.

—Mañana pasamos a por ti a las doce. ¿Te parece?

—Claro.

—Gracias de nuevo —dijo antes de que se metieran en el ascensor.

Me moría de amor por ese hombre, tan, tan, tan... lo tenía todo, era perfecto, guapo, simpático, cariñoso, tenía humor, era humilde, estaba buenísimo, padre, trabajador, el hombre de mi vida... Reí al pensarlo.

Me tiré en el sofá fantaseando, puse la tele pero lo menos que hacía era atenderla, Darek era un soplo de aire fresco, Salma aquello que me sacaba la más tiernas de mis sonrisas y ese conjunto me producía una sensación preciosa que me hacía estar en una nube.

Comencé a recordar el día que los conocí, ella perdida y mostrándome el teléfono del hombre que comenzaría a hacerme babear como una quinceañera, de locos, pero me pasó a mí, no era cosa de haberlo visto en una novela, era que me había tocado a mí vivir esa situación, una casualidad, aunque yo era de las que pensaba que las casualidades no existen, que todo pasa por algo...

Yo no había tenido relaciones serias, todas esporádicas, pero muy esporádicas tanto en tiempo con ellos, como el tiempo entre uno y otro, o sea, que había tenido un pasado sentimental de lo más aburrido, pero jamás nadie me hizo sentir lo que Darek me causaba, que era algo inexplicable, pero que provocaba que tuviera la sonrisa suelta todo el día.

Me metí en la cama feliz, sabía que al día siguiente lo iba a pasar con ellos, eso para mí era los planes del siglo, un festín para mi monotonía de vida, en la que era trabajo, súper, casa y un paseo para estirar las piernas.



## Capítulo 3

Esa mañana me había despertado antes de que sonara el despertador. Lo puse con tiempo suficiente para estar lista cuando Darek y Salma vinieran a buscarme. Con la segunda taza de café aún en mis manos y con tiempo de sobra, me senté en el sofá mientras miraba a la nada y pensaba en todo. Ese todo era Darek.

Ese hombre tenía algo especial y que me hacía sonreír con solo pensar en él, es decir, casi todo el tiempo, porque no se me había ido de la mente desde que lo conocí.

Poco tiempo después, me fui a mi dormitorio y saqué los tres o cuatro trajes de baño que tenía, mirando detenidamente cuál de ellos me pondría. Iba con una niña, y aunque yo no era de usar cosas demasiado... “sexys”, los bikinis eran lo que tenían, podían enseñar demasiado. Y yo, por suerte o por desgracia, tenía una buena cantidad de “peras”, como solía decirme mi abuela.

Cogí, finalmente, el bikini negro y me lo puse. Con él delante del espejo, miré y remiré mi imagen. De lado, del otro lado, de espaldas... Vuelta a un lado... Saqué tripa... Y puse los ojos en blanco. Tenía que dejar de comer tanto bocata o al final iba a creerme que, por gracia divina, la cigüeña me iba a hacer una visita. O al menos eso podía parecer.

Barriga parra adentro de nuevo, una vuelta y otra... Sí, ese era perfecto y mantenía bien a raya mis dos grandes personalidades delanteras.

Me puse el vestido playero encima, me recogí el pelo, las chanclas... Y lista para irme con ellos cuando vinieran a buscarme.

Y bajé poco tiempo después, cuando llamaron al portero. Con mi bolsa en la mano con lo necesario para pasar un día en la playa, salí a su encuentro.

Ahí estaban, vestidos con ropa playera, los dos de la mano y con una enorme sonrisa en la mano.

—Buenos días —dije alegremente.

—Buenos días, Mar —sonrió Darek.

—Mira, Mar, parezco una sirena —Salma se movía para intentar enseñarme su vestido sin soltar la mano de su padre.

—Vaya —me agaché delante de ella—. Pero me encanta, ¿de dónde lo

has sacado?

—Me lo regaló mi papá un día, es que le dije que una no puede ser princesa de verdad si no es una sirena.

Darek reía por lo bajini, como siempre y como era normal con esa niña, tenía un arte...

—En eso tienes razón. El espíritu de sirena siempre hay que tenerlo.

—Sí, pero yo soy una sirena extraña... —me miró con los ojos entrecerrados, como la que me estaba contando un secreto impresionante y algo que, además, no le gustaba.

—¿Y eso por qué? —pregunté poniendo una cara de expectativa total.

—Porque verás —susurró—. Las sirenas nadan bajo el mar y yo... Yo es que no sé nadar. Y además, ellas respiran bajo el agua, yo intenté hacerlo una vez que estaba en la orilla y mi padre no miraba y casi me ahogo.

La que se iba a ahogar era yo por aguantar la risa.

—Pero eso es práctica —intenté decirle para tranquilizarla.

—No te entiendo —suspiró.

—Que nadar es algo que tienes que aprender, todas las sirenas lo hacen.

—Pero si nacen debajo del agua, ¿cómo no van a saber nadar?

—Pues verás —me coloqué mejor porque a ese paso se me iban a quedar cogidas las piernas, las cosas de la edad y de la falta de ejercicio...— Ellas nacen ahí...

—Y los sirenos también...

—Sí —reí—, los sirenos también. Pero como los bebés que nacen en la tierra, que tienen que aprender a caminar, pues ellos tienen que aprender a nadar.

—Ah —dijo con los ojos abiertos de par en par—. ¿Y a respirar?

—Bueno, eso lo saben hacer desde que nacen, claro, como tú respiras aquí. Pero también se puede aprender.

—¿Y tú sabes?

—Yo... —yo recordé que siempre que intentaba meterme debajo del agua casi me ahogaba también de la cantidad de líquido que me entraba y sonreí—  
Pues muy bien no es que sepa porque nadie me enseñó, pero ¿qué te parece si lo hacemos juntas?

—¿Y conseguiremos respirar debajo del agua? —preguntó emocionada.

—Lo intentaremos y verás como dos guerreras como nosotras lo conseguiremos. Eso sí, quizás en un solo día no podamos.

—Pero somos princesas guerreras, lo conseguiremos —dijo sacando músculo con su brazo.

—Seguro —reí, pensando mentalmente en qué lío me había metido, yo, con mi edad, aún no había conseguido hacerlo. Pero todo fuera por ver feliz a Salma.

Salma soltó a su padre y se abalanzó sobre mí, casi nos hace caer a las dos, pero con la emoción que mostraba ante lo que habíamos hablado, yo no pude hacer otra cosa que reírme.

Me levanté, ella volvió a agarrar a su padre y le habló.

—Papá, me gusta Mar. Me va a enseñar a ser una princesa guerrera sirena —sonrió mirando a Darek.

—No puedo esperar para ver eso —rio él.

—Ni yo tampoco —dije por lo bajini, para qué hablaba tanto...

Darek, al parecer, me oyó y se me quedó mirando mientras caminábamos hacia el coche.

—Por esa cara que me pones, ¿adivino que no sabes nadar? —se burló.

—Bueno, nadar, lo que se dice nadar, si es mantenerse a flote y no hundirse porque resistencia para moverme mucho no es que tenga —dije en voz baja, siempre pendiente a que Salma no me oyera—, sé nadar. Pero eso ya de respirar debajo del agua... ¿En serio, es que alguien realmente puede? —la verdad es que siempre me lo había preguntado y nunca había entendido que eso se pudiera hacer. “Cierra la nariz por dentro”, me decían siempre. Yo eso no lo había entendido en la vida, o sea, ¿cómo demonios se cerraba una nariz por dentro? Eso era imposible y punto, intentara lo que intentara, el agua entraba por esos agujeros y me hacían ahogarme.

Salí de mis recuerdos con la risa de Darek.

—Pues no sabes en el lío que te has metido —reía.

—Ah, no, en el lío que nos hemos metido los dos —lo miré con el ceño fruncido—. Porque tú sabes nadar y respirar bajo el agua, ¿verdad?

—Un poco —seguía riendo.

—Pues listo, serás tú el profesor, ya veremos cómo le digo para que acepte —me burlé.

Y me uní a las risas de Darek. Salma iba dando saltitos, emocionada, y por verla así merecía la pena decir alguna que otra mentira.

No tardamos mucho tiempo en llegar a la playa. Aunque estaba cerca, habíamos cogido el coche, pero allí se podía aparcar perfectamente.

—Desde hace tiempo, descubrí este lugar y aunque tenemos playas más cercanas... No sé, prefiero venir aquí —dijo Darek cuando nos bajamos del vehículo.

Y al mirar alrededor, entendí por qué. Era un lugar precioso, solitario, se respiraba paz. Nunca había estado ahí, pero sabía que desde ese momento, volvería a visitarlo con frecuencia.

Cogimos las cosas y nos dirigimos hacia la orilla. Darek traía las sillas y las mesas, todo para que estuviéramos cómodos.

—Ahí detrás hay un supermercado que abre todos los días y también un bar y un restaurante por si nos hace falta algo. Pero... Yo creo que he traído de todo —dijo él frunciendo el ceño. Abrió la mesa y empezó a sacar cosas de la nevera—. Bebidas, la tortilla, el pan... Los dulces para merendar, la ensalada, el...

—Pero bueno, ¿cuándo has preparado todo esto?

—Luisa lo hizo —se encogió de hombros—. Como le diga que me vengo a pasar el día a la playa, incluso si está en su casa, ella viene a la hora que sea con todo esto listo.

—Conserva a Luisa siempre —reí.

—Papá, me voy... —interrumpió Salma, quien ya se había descalzado, desvestido y quedándose con su bikini de princesa puesto y con el cubo y las palas en las manos.

—Pero cerca que yo te vea.

—Sí, cerca muy cerca —dijo ella dando saltitos, separándose un poco de nosotros y dejándose caer en la arena para empezar a hacer castillos con ella.

—Está feliz, le costó dormirse anoche pensando en que nos acompañarías a la playa —sonrió Darek.

—Es un encanto —sonreí mirándola.

—Sí, y hago lo que sea por verla feliz —dijo muy serio.

—Eso no lo dudo, Darek.

Lo ayudé a terminar de sacar las cosas y nos sentamos en las sillas que había traído.

—¿Una cerveza? —preguntó.

—¿Tan temprano? No —reí—. A mí eso me gusta más por la noche, sobre todo porque con la segunda yo caigo en coma.

—¿Así que eres de las que te duermes con la borrachera?

—No, es solo con la cerveza —le saqué la lengua.

—Pues elige entonces.

Cogí una lata de refresco de cola cero, la abrí, bebí un poco y suspiré.

—La verdad es que ya me he enamorado de este lugar...

—Lo entiendo, me pasó lo mismo cuando vine por primera vez. Además, no me gusta ir a la playa y comer con el que está al lado —entendía lo que decía, todo estaba demasiado masificado, aún más un lugar así, que vivía del turismo—. Desde entonces vengo aquí, sobre todo por ella, tiene más libertad.

Casi no había nadie, era lógico.

—¿Vienes mucho a la playa?

—Sí —contestó—. Sea invierno o verano, cada vez que el tiempo lo permite y aunque sea con el chaquetón, venimos. Es como respirar aire nuevo, te da energías. Y a veces necesito venir solo —se encogió de hombros, abrió una lata de cerveza sin alcohol y miró al mar.

—¿Solo? ¿Puedo preguntar por qué?

—Claro —me miró y sonrió—. Algunas veces necesito momentos para mí. Me saturó, o siento que no hago las cosas bien. Y venir aquí me relaja.

—No tienes por qué sentirte así, lo haces bien —sabía que lo decía por criar a su hija solo, pero era cierto lo que le decía, lo hacía demasiado bien.

—Supongo que sí, pero no es fácil y todos necesitamos de vez en cuando un descanso.

—Eso sí —le guiñé un ojo.

—¿Y tú?

—¿Yo qué?

—¿Qué haces cuando te sientes hasta arriba? ¿A punto de explotar?

—Pues explotar —reí, haciendo que él riera—. No sé, a veces salgo a caminar, pero en general me encierro en casa, me pongo a decir palabrotas y a golpear la pared si hace falta.

—No me esperaba eso —rio.

—Bueno, eso de lo zhen y el yoga no va mucho conmigo, soy más de acción.

—Ya veo... Normal que Salma te llame guerrera.

—Salma es inteligente —reí.

Miré a la niña. Ahí estaba, jugando tan tranquila. La arena la tenía ya por todo el cuerpo. Era algo que admiraba de los niños, que aún pudieran ser así de libres. Yo en ese momento solo pensaba en lo que me costaría, si lo hacía, quitarme después toda esa arena del cabello. Ojalá aún mantuviera cosas de mi yo pequeño, pero... Era lo que tenía la edad adulta, que se podían hacer locuras, pero nosotros mismos no ponemos los tontos límites en la mayoría, dejando de disfrutar, muchas veces por vergüenzas tontas, de las cosas.

Charlamos un buen rato más mientras nos tomábamos las bebidas y por un momento sentí que me gustaría estar así siempre. Con ellos cerca y disfrutando, básicamente, de la vida.

—¡Mar! ¡Vamos a bañarnos!

Me desperté con el grito de Salma, me había tumbado un rato en la arena y me había quedado dormida. Extrañada, miré la toalla que tenía por encima de mi cuerpo.

—¿Y esto? —pregunté.

—Mi papá te tapó.

—¿Tapada por qué? —me senté, quitándome la toalla. Me había costado, en su momento, quedarme en bikini delante de él, noté cómo su mirada bajaba por mi cuerpo y en ese momento lo único que se me ocurrió fue tumbarme en mi toalla y tomar el sol. Mi mente pensaba que quizás él se ofrecería a echarme un poco de crema... Pero...

—Bueno, te estaba dando demasiado el sol y no quería que te quemaras —dijo él después de carraspear.

Evité reírme a carcajadas. O sea, en vez de coger la crema y tocarme, ¿lo que se le había ocurrido era echarme su toalla por encima? Pues no entendía nada. Aunque bueno, a lo mejor es que a ese hombre yo no le gustaba en ese sentido, cosa que a mí él sí, porque cuando lo vi quitarse la camiseta para dejar ese pecho al aire, yo no sé cómo no ardí allí mismo. Pero al parecer, por muy azorado que estuviera en ese momento, que sus mejillas se habían teñido de rojo y me hacía mucha gracia, pues nada de nada... Qué se le iba a hacer, estaba claro que me veía como solo una amiga y yo no tenía ni idea de por qué eso me desagradaba tanto.

—Ah, entiendo... —dije apartando la mirada de él.

—Es que no sabía si podías quemarte —se disculpó él de nuevo.

—Has hecho bien, papá, porque quemarse duele mucho. Mi papá siempre me tapa cuando me quedo dormida en la playa —la pequeña me miró—. Me

tapa hasta la cabeza, porque una vez, cuando era más pequeña, me quemé y dolía mucho y no podía dejar de llorar —dijo con pena—. Pero ya soy una princesa guerrera, si me quemó, no lloro tanto —sonrió, haciéndome reír.

—Todas las princesas guerreras lloramos si nos quemamos en la playa.

—¿En serio? —abrió los ojos de par en par.

—Pues sí, duele mucho. Y llorar no es de débiles.

—¿Ah, no?

—Pues no, llorar es algo necesario. Solo los cuerpos fuertes son capaces de llorar, de expresar lo que sienten. Eso es síntoma de fortaleza —esperé que me entendiera y por cómo se le iluminaron los ojos, entendí que lo hizo, pero por el camino equivocado.

—¿Ves, papá? Llorar es bueno —dijo corroborando mis sospechas.

—Sí que lo es —hablé antes de que lo hiciera el padre—, pero eso no quiere decir que haya que llorar. Es decir, cuando es necesario, sí, pero en general...

—Ahhh, ya entendí —ella afirmó con la cabeza y con las cejas fruncidas.

—Me alegro —suspiró su padre, provocando, finalmente, mi risa.

Me levanté de la toalla y me puse en pie.

—Me gusta tu bikini, Mar —dijo ella—. ¿A que es bonito, papá?

Miré al padre, quien me miró de arriba abajo antes de carraspear.

—Sí que lo es —dijo con la voz algo rara.

—Cuando yo sea mayor, ¿me lo prestarás? —me preguntó Salma.

—Cuando tú seas mayor te compraré otro mejor —revolví su pelo.

—Vale, para nadar como las princesas guerreras sirenas.

—Eso mismo.

Es que, de verdad, era todo un caso, con ella tenías que reírte con cada cosa que decía, era graciosísima.

Nos acercamos a la orillas y al final acabamos empapados jugando con las olas. Y como Salma no se olvidaba de nada, cogió ese momento como el perfecto para enseñarla a ella nadar. Casi me muero de la risa. De la risa y casi muero morada de la cantidad de agua que tragué mientras le hacía la demostración de cómo meter la cabeza en el agua y que esta no entrara por los orificios nasales. Al final, con la ayuda de su padre, conseguimos convencerla de que era mejor con un sireno nos enseñara, que así era como se hacía. Ella nos miró de una manera muy rara, pero al final se encogió de hombros y aceptó porque bueno, al fin y al cabo, el sireno era su padre, así que no iba a

ponerle pegas a eso. Pero la verdad es que muy convencida no es que hubiera quedado.

Después de tragar varios litros de agua y os juro que no soy exagerada, salimos y nos secamos un poco para sentarnos y comer algo. Y estaba más que famélica, para qué negarlo. Solo con el olor de la tortilla de patatas ya se me hacía la boca agua.

Tortilla para adentro, el pan del día... Nos dimos, a lo tonto, un buen festín. Riendo, escuchando las anécdotas de playa que me contaba Salma. Por la forma en la que me miraba Darek, que alguna, por no decir la mayoría, se las inventaba. Pero era lo normal en una niña de su edad y con esa imaginación. Vivían las cosas muy diferentes a los adultos y no es que mintieran en sí, sino que su percepción y su forma de la realidad les hacía crear ese tipo de recuerdos.

Lo cual, además, era muy bonito, era mágico y me daba pena pensar que esa magia, quisiera ella o no, desaparecería algún día. Como nos había pasado a todos...

Ojalá ella siguiera manteniendo, siempre, un poco de esa imaginación mágica.

El día pasó entre risas, juegos, litros de agua bebidas y kilos de arena que llevaba en mi pelo y por todas partes de mi cuerpo porque acabamos los tres tirados en la arena, jugando como tres niños pequeños.

Por la tarde, en el momento de recoger todo, me dio pena. No quería irme, no quería que ese día terminara, pero así era. No tardamos mucho en llegar a mi casa, Salma se había quedado dormida por el camino y yo salí sin poder despedirme de ella. Darek salió del coche conmigo, me dio la bolsa que yo llevaba del maletero y me sonrió.

—Gracias, Mar... No sé cómo agradecerte que hayas pasado este día con nosotros.

—A mí no tienes que agradecerme nada. Yo lo hice encantada y me lo pasé mejor que nadie.

—¿Incluso tragando agua? —rio.

—Incluso así —reí.

—No, en serio. No sabes lo importante que ha sido para ella —dijo refiriéndose a su hija.

—Darek, apenas os conozco, pero créeme cuando te digo que le tengo mucho cariño. Bueno, a los dos —me puse un poco roja—. Así que para mí es

un placer pasar tiempo con nosotros.

—No lo digas otra vez o volveré a invitarte de nuevo.

—Pues invita, no lo rechazaré —reí.

Nos quedamos mirándonos y sin decir nada. Empecé a ponerme un poco nerviosa, tenía que irme y no sabía cómo despedirme de él.

—Bueno, pues... —empecé.

—Te llamo esta semana y nos vemos —dijo finalmente.

—Claro, cuando quieras—. sonriéndole, me di la vuelta y me marché.

Entré en casa, tomé una ducha más larga de la cuenta para poder quitarme toda la arena del pelo. Y de donde no era el pelo, de lugares que no voy a especificar aquí... Y me senté en el sofá. Los momentos con ellos me llenaron la mente, me lo había pasado muy bien ese día. Pero, sin saber por qué, las miradas de Darek eran las que no se me iban de la mente.

Cómo me había mirado cuando me quedé en bikini. Cómo me había mirado desde ese momento. Por su actitud, tan cortado, me hacía pensar que en ese sentido... Bueno, ya me entendéis, pero sus miradas me hacían imaginar otra cosa. Pero... Tampoco lo sabía a ciencia cierta. Lo único que tenía claro es que ese hombre me gustaba. Y no solo por su físico, del que podía decir que era más que perfecto, la verdad. Sino por su forma de ser. Tenía algo. No sabía si era su amabilidad, su dulzura, ese lado pícaro que parecía salir de ven en cuando y que su timidez coartaba. Fuera lo que fuera, tenía algo que me encantaba.

O quizás más que eso.

Suspiré, ¿me estaba metiendo en un lío sin darme cuenta?

Fui a levantarme para prepararme algo rápido de cenar cuando sonó mi móvil. Un mensaje, Sonreí al ver que era de él.

“Te lo digo de nuevo, gracias por haber compartido el día con nosotros, Salma está más que feliz.”

Le respondí rápidamente.

“Nada que agradecer, soy yo quien os da las gracias. Dale un beso a Salma y dile que sueñe con la magia.”

“Salma te devuelve el beso. Buenas noches, Mar, que descanses.”

“Buenas noches, Darek.”

Evité mandar un beso a él, pero era lo que iba a hacer, y cómo me hubiera encantado que él me mandara también uno.

Me reí, pues sí, parecía ser que sí que iba a tener un problema con ese

hombre. Solo esperaba equivocarme.



## Capítulo 4

Lunes...

Vuelta al trabajo, vuelta a la rutina. Aunque esa semana, iba a ser algo diferente...

En mi puesto de trabajo, casi la hora de irme a tomarme el bocadillo. Y, cómo no, el pesado de Jorge aparece. Por segunda vez ese día.

—Hola de nuevo, Mar.

—Hola, ¿se te olvidó algo? —pregunta tonta, era más que evidente.

—Sí, los fideos, mi madre casi me mata —rio, con esa risa que me sacaba de sus casillas.

—Dale recuerdos a ella —la mujer me caía bien y no tenía la culpa de tener un hijo como ese, que me caía como una patada en los ovarios, la verdad. Es que no sé qué era, simplemente era repelente.

Le cobré, le devolví la vuelta y me quedé mirándolo porque no se movía del sitio.

—¿Todo bien? —pregunté, por no decirle de malas maneras, tenía que recordar que era un cliente, que se apartara porque había gente esperando.

—Sí, es que te iba a preguntar a ti si todo bien.

—Pues sí, gracias —¿pero de qué iba? —Si me disculpas...

—Tienes una mirada extraña esta mañana —se movió para que pudiera cobrar la compra del siguiente cliente, cogió su paquete de fideos, pero el muy imbécil no se iba.

—Bueno, espero que para bien...

—Sí, la verdad es que sí. Extraña pero bien.

—Aja...

—No sé, ¿te has enamorado?

Yo en ese momento sí que iba a mandarlo a la mierda, ¿pero cómo podía ser tan impertinente?

—¿Eso dice mi mirada? —porque creo que dice que quiere matarte, pensé.

—No, pero por saber —rio, con esa risa horrible, es que cada día me caía peor, y un lunes ya, ni os cuento...

—Sí, está completamente enamorada —soltó mi compañera, desde la caja de al lado, metiéndose en la conversación. Y por respeto al cliente que estaba atendiendo, no me giré para mandarla bien lejos.

—¿Ves? La sabía —resopló Jorge—. ¿Y quién es el afortunado? —preguntó de mala gana. ¿Y ahora qué le pasaba?

—Un rico millonario que la sacará de pobre, pero es un secreto, así que mejor que siga así, no vaya a ser que el pobre salga corriendo —mi amiga muy seria y yo no sabía si reír o llorar.

—¿Ah, sí? Bueno, seguro que un alemán o un escocés de esos con dineros que vienen a veranear... —resopló de nuevo Jorge.

—Te vas acercando, pero déjala, tiene que asimilar las cosas —dijo Sara, quien pronto iba a dejar de ser amiga.

—Ten cuidado con esos, Mar, solo se ríen de las mujeres. Después ni tienen dinero ni nada, además. Y tú mereces alguien mejor.

—Sí, lo tendré en cuenta... —dije como si tal cosa, alegrándome cuando por fin se marchó.

—¿Pero qué haces? —le pregunté a mi amiga cuando me quedé con la caja vacía.

—Ponerlo un poco de los nervios y celoso —rio esta.

—Se te va la cabeza —suspiré—. Lo que me hacía falta es que se imaginara algo así y sea aún más pesado de lo que es.

—No creo, con eso te dejará en paz.

—Pues lo dudo, es mi cruz...

—Al menos solo lo es aquí, si es por él...

—¿Qué quieres decir?

—Pues que le gustas, obvio.

—No, de obvio nada, ¿de dónde sacas eso?

—Vamos, Mar, a ver si te crees que solo espera para que le cobres tú porque eres la más simpática —me sacó la lengua.

—No, pero tampoco...

—Oh, sí...

—¿En serio? —pregunté con cara de asco.

—Y tan en serio, pero hija, pensé que lo habías notado —puso los ojos en blanco.

—¿Notar qué? —preguntó nuestro encargado, Román, un hombre bajito y calvo que me caía muy bien, llevaba años en la isla, era andaluz y bastante

gracioso.

—Que Jorge quiere con ella —explicó Sara.

—¿Quién es Jorge? —preguntó Román.

—El neandertal —me reí cuando lo llamó Sara así. La verdad es que, físicamente, ese hombre era el eslabón perdido, pero lo que más me repelía era que no lo soportaba.

—Ah... Mar, no sé en qué mundo vives. Si un poco más y le podemos poner una tienda de campaña aquí —rio Román.

—¿Hoy os dio por meteros conmigo? ¿O es que no tenéis trabajo? —me quejé.

—Ambas cosas —rio Sara mirando que no tenía a nadie en la cola.

—Que os den —suspiré—. A ver si no me has metido en un lío con lo del hombre rico.

—¿Qué hombre rico? —preguntó Román— ¿Y yo por qué no me entero de las cosas?

—Uno que medio me inventé para que la deje en paz, Román.

—Ah... —rio este.

—¿Qué medio te inventaste? ¿Y dónde queda el otro medio? —pregunté.

—El otro medio es verdad porque está claro, como bien dice el hombre de crognagnon, que por esa mirada que tienes... Alguien hay —sonrió mi amiga.

—Ah, no, ¡esto nos lo cuentas!—. Román le entró la vena de chismoso de primera y yo hice lo que tenía que hacer.

Salí de allí, mandándolos bien lejos, con mi bocadillo en la mano y dispuesta a tomar el aire y que me dejaran en paz. Pero acabé riendo al escuchar sus risas antes de salir del supermercado. La verdad es que eran buenos compañeros, un poco metiches, pero bastante buenos. Y eso era algo que me había hecho sentirme bien desde el primer momento en que llegué a trabajar a esa isla.

Salí y me senté donde siempre a desayunar. La gente caminaba de un lado para otro. Me divertía ver el look de las diferentes personas y me ponía a adivinar de dónde eran cada uno de ellos.

El verano, aunque parecía que no, pasaba rápidamente. Pero en aquel lugar era verano casi todo el año. Siempre había turistas, eran pocas las semanas en las que se quedaba vacío, solo con sus habitantes.

Estaba tan centrada en mi bocadillo que ni cuenta me di de la niña con los

rizos de oro que se acercó a mí.

—Pero bueno, ¿qué haces por aquí? —le di un abrazo cuando se abalanzó sobre mí después de chillar mi nombre.

—Luisa y yo vamos a ir a comprar —dijo con una enorme sonrisa—. Y mira, me quemé en la playa —me enseñó el brazo, un poco rojo por algún sitio.

—Oh, vaya, ¿y te duele?

—No, la verdad es que no. Quería que me doliera para llorar como las guerreras, pero no pasó.

—Bueno, eso no fue lo que te dije —reí.

—Ya —sonrió—. Mira, Luisa, ella es Mar.

—Mar, un placer —sonrió la mujer que la cuidaba. Me gustaba, me daba buena sensación. Se notaba dulce y encantadora y que la niña la quería mucho.

—Encantada, Luisa. Me han hablado mucho de ti —me levanté.

—Espero que bien —miró a la niña, en broma, muy seria.

—Más que bien —le aseguré riendo.

—Bueno, si es como hablan de ti... Entonces me lo creo —me guiñó la mujer un ojo.

—Luisa, no digas esas cosas —interrumpió Salma, riendo—. Mi papá...

—Tu papá no va a saber que yo dije nada —Luisa le sacó la lengua a Salma.

—¿De compras entonces? —pregunté, sin entender nada de lo que estaban hablando.

—Sí, a Salma le encanta venir conmigo a hacer la compra. Y hoy insistió en que viniéramos al supermercado donde trabajas.

—Ah, pues eso me parece muy bien. Así la veo de camino —le guiñé un ojo a Salma.

—Es que tenía que venir a verte —dijo la pequeña.

—¿Y eso por qué? —pregunté.

—Porque bueno, no te veo desde ayer, claro —dijo como si fuera obvio, provocando mi risa y la de Luisa.

—Normal, yo también te eché de menos —le aseguré.

—Pues por eso vine. Y además, quería invitarte a comer en casa.

—Ay, peque, pero es que hoy... —no es que no pudiera, ¿pero qué pintaba yo comiendo allí?

—Pues hoy no, ¿mañana? ¿O cuándo? —la niña expectante y yo sabía que

no podía decirle que no.

—Pues... Déjame pensar... Es que esta semana tengo que terminar algunas cosas de la casa. ¿Pero qué te parece si el viernes?

—Para el viernes queda mucho —puso cara de pena.

—No, para el viernes queda poco, además, te veré cuando hagas la compra todos los días.

—Para el viernes es mejor, Salma —me ayudó Luisa—. Es el día del plato favorito de tu padre, así Mar lo puede comer también.

—Ah, sí, ¡día de carbonara! —chilló ella, ya emocionada.

—Pues si tu padre quiere... nos vemos el viernes allí.

—Claro que mi padre quiere —afirmó la niña con la cabeza, dejándome azorada.

—Entonces el viernes nos vemos. Se acabó mi tiempo de descanso, ¿os acompaño al súper?

Y ya con eso, ella iba de lo más feliz saltando por la calle.

—Lleva desde que te conoce hablando de ti —rio Luisa.

—Es una niña muy especial —sonreí.

—Sí que lo es. Y te ha cogido cariño, eso es muy bueno. Ellos están muy solos aquí. Alguna que otra vez los he invitado a casa, pero no sé cómo quitarles la idea de que son una molestia, ese Darek cabezón...

—Es un buen hombre, por lo poco que lo conozco.

—Sí, se desvive por su hija, pero debería de pensar un poco más en él.

—Supongo que es lo que suele pasar, sea padre o madre, cuando vives una historia como la de él.

—Sí, supongo. Es una pena difícil de superar. Pero la vida sigue y él también está vivo. Debería de centrarse en otras cosas también, en tiempo para él. No solo el trabajo y la niña.

—Bueno, algún día se enamorará y todo cambiará —dije tranquilamente, porque sería lo normal.

—Sí, algún día —dijo ella en tono misterioso, mirándome con una sonrisa en los labios.

Me dejó un poco desconcertada, pero Salma me sacó del apuro. Ellas hicieron tranquilamente la compra y yo las atendí en la caja, disfrutando de la pequeña y de su promesa de que antes del viernes volverían a comprar y que, por supuesto, no se me olvidara que el viernes comía con ellos.

La visita de Salma me hizo tener todo el día una sonrisa en los labios.

Después de irse y de que mi compañera se enterara que tenía una “cita” el viernes, ya no me dejó en paz. La toreé como pude, pero ella ya se había hecho su propia película en la cabeza.

Llegué a casa y después de almorzar, me dispuse a ponerme con algo de la casa, como bien le había dicho a Salma. Poco a poco la iba terminando a mi gusto y salía, de vez en cuando, a comprar cosas de adornos nuevas.

La tarde se me pasó rápidamente. Ya era de noche, estaba cenando una ensalada, cosa que, además, odiaba, cuando me sonó el móvil.

“Hola, Mar. Ya me ha dicho Salma que te vio esta mañana. ¿Cómo estás?”

“Hola, Darek. Me divertí mucho con ella. Yo estoy bien, ¿qué tal el trabajo?”

“Bien... Te escribía porque me dijo que comes con nosotros el viernes.”

“Sí, me invitó y no pude decirle que no. Pero si te va mal...”

“¿A mí? No, para nada. Me encantará tenerte por aquí.”

¿Me encantará? Eso sí que me había puesto nerviosa.

“Entonces nos vemos en unos días.”

“Sí, ya queda menos ?? Que descanses.”

“Que sueñes bonito, Darek.”

Me quedé como una tonta leyendo y releendo el “me encantará”. No quería que mi mente fuera por donde no debía, pero ella ya pasaba de mí y hacía lo que quería. Ella ya se imaginaba...

Calla, me dije a mí misma, no vayas por ahí.

Pues a la mierda ya la ensalada. Ya se me había cerrado el estómago. Y siendo lechuga, tampoco es que necesitara mucho para no querer comerla. De verdad, ¿a quién le gustaba esa cosa verde e insípida?

Me acosté, intentando dejar mi mente en blanco, pero como ella hacía lo que quería, me quedé dormida con la imagen de ese hombre en mi mente.

Si seguía así, iba a tener más que un problema.

La semana pasaba con normalidad. Todos los días el trabajo, aguantando a Jorge, quien ahora que creía que estaba saliendo con un millonario, me daba la charla a diario. Yo respiraba, no sabía cómo aguantarme para no mandarlo a la mierda. Y un día de esos iba a perder la paciencia y lo iba a hacer, porque es que me sacaba de mis casillas. Era verlo entrar en el supermercado y ya me ponía de muy mala hostia.

Por lo demás, todo bien. Había hecho algunos avances con la decoración

de la casa, cada vez iba quedando menos y eso me animaba. La verdad es que la estaba dejando completamente a mi gusto. En ella me sentía mucho más que cómoda, era mi hogar.

El jueves volví a ver a Salma por el súper, venía de nuevo con Luisa a comprar algunas cosas. Le di un abrazo enorme a la pequeña, quien no dejó de recordarme que al día siguiente nos veríamos en su casa y que me iba a encantar la pasta a la carbonara que iba a cocinar Luisa. Yo eso no lo dudaba, como bien les dije.

Se marchó sonriendo y me dejó sonriendo a mí también. Sobre todo pensando en su padre.

No lo había vuelto a ver desde el día de la playa, pero su imagen no se había ido de mi mente en ningún momento. Y, además, los mensajes entre nosotros, aunque solo fuera para preguntarnos el uno al otro cómo nos había ido el día, eran a diario.

Por la noche del jueves, con mi cena delante, cogí el móvil, esperando que el mensaje de ese día llegara. Y no tardó mucho en escribirme, lo que me hizo sonreír como tonta.

Pero también me hizo ponerme seria cuando los pensamientos desastrosos llegaron a mi mente. Y esa vez más fuertes que antes. Tenía la sensación de que me estaba enamorando de ese hombre y eso no podía ser posible, ¿verdad? Casi no lo conocía... Pero sí podía asegurar que me gustaba y bastante.

Suspiré. Al día siguiente, al verlo y tenerlo de nuevo cerca, podría entender, quizás, qué era lo que me pasaba con él.

Me acosté, como cada noche y releí nuestras simples y cortas conversaciones, pero, como parecía pasar, me dormí con su imagen en la mente y con una sonrisa en la cara.

*Viernes...*

Día del almuerzo con Darek y Salma.

Día de perder los papeles en el trabajo. Jorge me tenía medio loca, de verdad, iba a perder completamente la paciencia con él. Respiré varias veces y conseguí que mi compañera me sustituyera y siguiera pasando su compra mientras yo salía corriendo de aquel lugar antes de convertirme en una asesina.

Estaba de la frase: ten cuidado, no son lo que parecen, hasta el cogote. E iba a estallar.

Me senté y seguía aún respirando por haberme contenido y no soltarle las cuatro barbaridades que se me venían a la cabeza.

Ese día me había vestido diferente. No tenía tiempo de salir e ir a cambiarme para ir a comer con ellos y pedí salir un poco antes, cosa que Román aceptó sin problemas, tenían el trabajo bajo control y media hora que me diera a mí no iba a suponerles nada. Además, era una buena trabajadora, desde que estaba allí no había faltado un día, incluso había cubierto a cualquiera de los compañeros si necesitaban un favor. Esta vez era yo quien lo necesitaba y, por supuesto, sin problemas.

Me comí el bocadillo, volví al trabajo y un tiempo después, salí con rumbo a casa de Darek. Iba un poco nerviosa, no lo podía evitar.

Llamando al timbre de su casa, respiré varias veces hasta que la puerta se abrió.

—¡Por fin llegaste!

Salma se tiró a mis brazos y yo reí.

—Hola, preciosa —le di un beso.

—Ven, mi papá está nervioso —dijo jalando de mí y haciéndome entrar en la casa.

—¿Y eso por qué? —pregunté divertida.

—Porque comes con nosotros, claro. Él siempre se pone nervioso cuando te ve, pero no le digas que te lo dije. Es un secreto...

—Ah —reí y eso ya me había puesto a mí más nerviosa de lo que estaba.

—¡Papá! ¡Ya está aquí! —chilló llevándome a la cocina.

—Salma, por Dios, deja de gritar, me dejarás sorda —se quejó Luisa.

—Las guerreras gritan —resopló la niña.

—Las guerreras también saben hablar bajito. Hola, Mar —me dio dos besos y siguió hablando con la niña—. Y ahora venga, a lavarte las manos, a ver si me puedo ir ya.

—¿No comes con nosotros? —preguntó la niña mientras agarraba la mano de Luisa.

—No, hoy viene mi nieto Luis a comer y tengo que estar allí.

—Ah, pues haberlo invitado también... —se quejó la pequeña, cuya voz ya se iba escuchando más lejos.

Sonreí, era todo un torbellino. Escuché carraspear y Darek y me giré a mirarlo.

—Hola —sonreí.

—Hola, Mar. Está nerviosa por tenerte aquí —rio, disculpándose.

—Sí, ya veo —reí—. Es un terremoto.

—No te lo imaginas —puso los ojos en blanco—. Pero uno se acostumbra.

—¿De verdad?

—No, pero se intenta —seguía riendo—. ¿Qué quieres tomar?

—Lo que tomes tú está bien... —dije mirando su copa de vino.

—Te encantará. Desde que probé este vino, no tomo otro —me sirvió la copa y le di la razón al probarlo, estaba riquísimo—. ¿Todo bien?

—Sí. Un día un poco complicado, pero bien.

—¿Y eso?

—Nada, los clientes, ya sabes —bufé.

—Qué me vas a contar... —puso los ojos en blanco— La verdad es que deberían de darnos un plus por lo que aguantamos.

—Eso mínimo —reí.

Salma no tardó en volver, nos despedimos de Luisa y ayudé a Darek a poner la mesa. Aunque algo torpe y nerviosa, la verdad es que me sentía bien estando con ellos y la sonrisa no desaparecía en ningún momento de mi cara.

Cómo hacerlo viendo a Salma comer espaguetis, estaba muriéndome de la risa. Y su padre igual. Como estuve todo el tiempo con ellos. Era Salma quien llevaba la conversación adelante, no nos dejaba ni responder. De nada servía que su padre le recordara que no se comía con la boca llena. Ella, simplemente, no podía dejar de hablar.

Entre risas y anécdotas pasamos el almuerzo. Descansamos un poco en el sofá y, algo más tarde, salimos a dar un paseo y a tomar el sol. Acabamos en el parque, en principio para que Salma disfrutara del tobogán y los columpios, pero acabé disfrutando igual o más que ella.

De nada servía que le dijera: mi culo gordo no entra por ahí. Salma se ofendía diciéndome, enfadada, que no tenía el culo gordo y Darek no paraba de reír mientras nos grababa con el móvil. Yo era peor que la niña, pero lo estaba disfrutando de lo lindo.

Merendamos en una pastelería cercana y no mucho más tarde volví a casa. Con la misma sonrisa en los labios. Con la misma imagen de Darek sonriendo en mi mente.

Ducha y relax con una copa de vino, no me apetecía ni pensar en la cena con la cantidad de azúcar que habíamos tomado para merendar, así que me

tumbé a ver la televisión y poco más.

Pero el móvil, cuando ya estaba casi quedándome dormida, sonó, despertándome. Era un mensaje de Darek.

“Se ha dormido con una sonrisa en los labios y diciendo que está deseando volver a verte. No sé cómo agradecerte lo feliz que la haces con tu compañía.”

“A mí no tienes que agradecerme nada, se le coge cariño.”

“De todas formas gracias, Mar.”

“De nada...”

“Que sueñes bonito... Y tanto Salma como yo deseamos verte pronto.”

“Que descanses...”

Me había quedado sin saber qué decirle. ¡Él también quería verme! A la mierda, ya me desvelé. Me bebí otra copa de vino de una sentada y suspiré, en realidad preocupada. Darek era educado y algo tímido, eso lo sabía. Y yo... Bueno, yo tenía aún la esperanza de que la tontería se me pasara. Pero no era así, pasar el día con él me había demostrado que sentía por él más de lo que yo me reconocía a mí misma. Pero ¿y él?

Ahí sí que tenía un problema, porque mis sentimientos parecían claros, pero ahora me quedaba conocer si él por mí sentía algo más que una amistad.

Y yo tenía estrategias suficiente para darme cuenta de eso sin preguntárselo directamente.



## Capítulo 5

Enamorada...

Así estaba, no cabía otra cosa que llamarle amor...

Café en mano y a trabajar, al día siguiente podría levantarme a la hora que me viniera en gana.

No, por favor, en la puerta, Jorge, esperando para entrar, le sonreí falsamente y me metí hacia dentro.

Qué cruz de tío, por favor...

Unos minutos después ya estaba yo en la caja cuando Jorge puso el pan y unos yogures sobre la cinta.

—Buenos días, Mar —dijo por segunda vez en los últimos diez minutos.

—Buenos días, Jorge —respondí con desgana.

—Uy... ¿Te pasa algo?

Sí, que lo iba a matar, pero no tenía ganas de perder mi puesto de trabajo y terminar en una celda en la cárcel.

—Nada —sonreí falsamente—. un poco de dolor de cabeza, nada más.

—Puedo bajarte de mi casa una pastilla.

Lo mataba, sí, definitivamente era mejor ir a la cárcel que tener este calvario de tío todos los días.

—Ya me tomé una antes justo de abrir la caja —volví a mentir—. Son cuatro con quince —le dije el importe esperando que de una vez pagara y se fuera.

Se fue y me dieron ganas de ponerme a tocar las palmas cuando una voz muy bonita me llamaba.

—¡¡¡Mar!!!

—¡¡¡Mi niña bonita!!! —grité al ver a Salma.

—Hola —Darek sonrió.

—Le dije a mi papi que viniéramos a verte para invitarte a comer a casa, vamos a ir a comprar pescado fresco —reía emocionada.

—¡Qué rico! Me parece un plan perfecto —le hice un guiño.

—Pues entonces cuando salga te estaremos esperando en casa. ¿Te apetece vino?

—Claro —sonreí mirando a esa sonrisa que me volvía loca.

—Yo vino no, papi —decía de forma divertida.

—Claro que no, cariño —puso los ojos en blanco, sonriendo.

—Yo quiero zumo de piña para comer.

—Eso está hecho —le hizo un guiño que me derritió—. Bueno —me miró—. nos vemos en mi casa —dijo señalándome para que cobrara a un cliente que estaba ya en la cinta.

—Nos vemos luego, sí.

Desde ese momento, a mí se me hizo lo que me quedaba de mañana, eterno...

Esa vez no podía salir antes, así que nada más terminar con mi turno de trabajo, entré en los cambiadores para arreglarme y suspiré al mirar mi cara en el espejo. Sin pensármelo dos veces, salí con la cartera en la mano, iba a comprar un poco de maquillaje, porque no pensaba ir con esa cara.

—¿Maquillaje? —me preguntó Sara cuando me fue a cobrar.

—Sí...

—¿Tú, maquillaje?

—Pues sí —puse los ojos en blanco.

—Entiendo... ¿Así que ese era el hombre, no? Con el que comes hoy —rio.

—¿Eso lo has deducido porque compro maquillaje?

—No, porque que compres maquillaje todavía es normal, ya que lo compres aquí no, pero bueno. Es porque te maquillas antes de ir a su casa con esto —me mostró el labial rojo. El más rojo putón que había era el que yo había elegido.

—Un labial rojo —me encogí de hombros.

—Sí, rojo pasión —rio—. Oye, solo bromeo, no te lo tomes en serio.

La miré con ganas de asesinarla y volví corriendo a arreglarme. Pues sí, labial rojo. Yo ya tenía claro que sentía algo por ese hombre, y esas cosas así, sin experiencia ninguna de tipo beso o algo entre los dos... Pues una no podía estar segura de mucho. Así que iba a darle un empujoncito. Un empujoncito o a tirarlo directamente por el barranco, porque parecía ser que muy espabilado no era para esos temas. Cada vez que recordaba que me tapó con la toalla en la playa...

Me miré al espejo de nuevo y ahora sí está conforme. Salí de allí a toda prisa y no tardé mucho en llegar a la puerta de la casa de Darek. Algo

nerviosa, le di al timbre y esperé a que el torbellino de Salma me abriera la puerta.

Pero el que me abrió la puerta fue el objeto de mi deseo.

—Oh... Vaya... Te noto... ¿Diferente?

—Hola, Darek.

—Hola —pestañeó varias veces, estuve a punto de sacar un espejo del bolso y mirarme a ver si es que me había pasado en algo y no me había dado cuenta, de tanto como me miraba—. Perdona, pasa.

—¿Y la peque?

—En la bañera. Le dio por bañarse antes de comer —suspiró.

—Si es que donde manda capitán... —reí.

—Cualquier día acabará conmigo... ¿Un vino?

Ya en la cocina, afirmé con la cabeza y cogí la copa que me ofrecía. No dejaba de mirarme a la cara y me estaba poniendo más nerviosa de lo que ya estaba de por mí.

—Esto... Pues bien —dije, porque no sabía qué decir. ¿Y si le preguntaba directamente qué le ocurría a mi cara? Porque me estaba asustando ya el tema.

—Bien, sí... —dijo sin dejar de mirarme y bebiendo un poco de vino.

—¡¡¡Papi!!! ¡¡¡Ya quiero salir!!!

Bendita la hora en la que la pequeña gritó. Darek se disculpó y se marchó y yo corrí a coger mi bolso y sacar un espejo para mirarme la cara. Miré y remiré pero ahí no había nada extraño. ¿Entonces...? Sonreí, quizás... Si era así, haría más fácil mi plan de intentar que él intentara algo. Porque ese era mi plan, provocar, nunca lanzarme al cuello.

—¡¡¡Mar, ya estás aquí!!!

Cogí a la pequeña cuando se acercó a mí, vestida con uno de sus disfraces y la abracé.

—Has tardado mucho —me riñó.

—Es que tenía que trabajar.

—Pues papá estaba ya nervioso.

—Salma... —el padre la hizo callar.

—Eso no es malo, papá. Los novios se ponen nerviosos.

—¿Los novios? —preguntamos Darek y yo a la vez.

—O cuando van a ser novios, me lo ha explicado Luisa.

—Recuérdame que le dé a Luisa la carta de despido —resopló Darek.

—No le hagas caso —me dijo Salma en el oído, lo que significaba que se enteró todo el mundo a un kilómetro a la redonda—. Es que se corta.

—¿Se corta? —pregunté sin entender.

—Que es un poco tímido, pero tú no —rio la niña.

Me reí a carcajadas, la niña no tenía vergüenza ninguna.

—Y supongo que eso también te lo ha dicho Luisa, ¿no? —dije entre risas.

—Sí, es que Luisa es mi amiga y me explica las cosas.

—Luisa va a tener que explicar menos —Darek puso los ojos en blanco y nos señaló las sillas para que nos sentáramos. Dejé a la pequeña en el suelo y me senté, sabiendo que no me dejaría ayudar en nada.

Mientras él servía la comida, no podía dejar que la sonrisa se me fuera de los labios. Si lo que decía Salma era cierto, entonces yo no iba por tan mal camino. Mi plan tendría sentido, ¿no?

Pero no podía ser que ese hombre fuera tan tímido...

A esas alturas, yo no tenía nada que perder, solo que si no era como yo pensaba, pues me lo diría con el típico: “solo me gustas como amiga”.

Pero yo estaba dispuesta, a partir de ese momento, a utilizar todas las armas de seducción que fueran necesarias para provocarlo. Al fin y al cabo era hombre, era un “animal”, el instinto podría.

Si me escuchara una mujer en ese momento, me pondría de machista para arriba, pero era lo que necesitaba pensar para salirme con la mía. Era el inicio del plan, buscaría algo sencillo: un beso. Solo eso. Ya lo demás... Todo eso que tenía en mi mente que quería hacer con él, porque mi mente sí que iba unos pasos por delante... Para eso necesitaría ayuda. Pero tenía que conseguirlo.

Llegaba el momento de seducir a Darek.

Objetivo uno: el beso.

—La comida estaba buenísima, de verdad —me limpié los labios con una servilleta y me eché para atrás en la silla, estaba más que llena.

—Sí que lo estaba —había carraspeado Darek sin dejar de mirarme mientras me limpiaba.

Hice mentalmente un gesto de triunfo, si miraba lo que yo pensaba, entonces no podía tenerlo tan difícil.

—Ujum... —me lamí los labios y su vista fue rápidamente ahí.

No sonrías, Mar, que se te verá el plumero, pensé.

Pero Mar estaba haciendo piruetas mentales por la reacción de Darek.

—Mi papi cocina muy bien, aunque al principio no.

—¿Al principio no? —pregunté, mirando a la pequeña.

—No, al principio se le quemaban las cosas. Pero era mejor.

—¿Y por qué era mejor? —volví a preguntar.

—Pues porque así siempre acabábamos en el Burger King —explicó Salma provocando las risas de Darek y mía.

—Cocinar no es tarea fácil —se disculpó él.

—No, lo sé bien —reí—. A mí no me saques de unas cuantas recetas.

—¿No sabes cocinar rico? —preguntó Salma.

—Sé cocinar rico pero muy pocas cosas. Viviendo sola no te pones a cocinar demasiado —le expliqué.

—No pasa nada, cuando vivamos juntos, mi papi cocinará, a él le gusta. O Luisa —la niña se encogió de hombros. Yo no sabía en ese momento si decir algo o esconderme debajo de la mesa. Y Darek... Lo miré y estaba bastante rojo.

—Salma, hay cosas que... —empezó él, azorado.

—Sí, perdona, papi. Es que ya sabes que se me escapan las cosas. Pero no dije nada malo. Ay, sí, ya sé que primero tenéis que ser novios —se bajó de la silla pegando un salto y se fue hablando para el comedor—. Pero Luisa dice: “todo se correrá”.

—Será todo se andará —no pude evitar corregirla.

—Eso. Eso... —decía la niña mientras se alejaba.

—Lo siento, es que no tiene filtro mental —Darek aún seguía avergonzado.

—No te preocupes —reí—. Sé cómo son los niños. En serio, la comida estaba deliciosa —dije para cambiar el tema.

—Gracias. Pero tiene razón en que me costó aprender —rio.

—Pero lo hiciste —le guiñé un ojo—. Y ahora me dejarás fregar a mí.

—¿Qué? No, ni de broma, es mi casa y...

—Pero según tu hija será mi futura casa también, así que puedo fregar —le dije con todo el descaro del mundo, sin cortarme un pelo y me levanté a recoger algunos platos mientras él se quedaba sin saber qué decir.

Lo hice. Fregué los platos mientras él terminaba de recoger la mesa. Teníamos algo de confianza ya para no tener que quedarme sentada como una visita. Y, como además, tenía una misión, tenía que sacar mi lado descarado a flote.

Me ofrecí a preparar café para los dos mientras Darek le ponía una peli a la niña para que se tumbara un rato en el sofá, y como él decía, para que, con suerte, durmiera la siesta, sino... Después no había quien pudiera con ella de lo nerviosa que se ponía.

—No va a tardar nada en caer... —suspiró Darek al entrar en la cocina.

—La verdad es que es un terremoto —reí. Le di su taza y me apoyé en la encimera a tomarme la mía. Él se quedó frente a mí.

—Cuando crezca un poco, supongo que será más fácil.

—O no, una adolescente, no sé qué es peor. Ya sabes, maquillaje, salir con las amigas. Los chicos...

—¿Chicos? A esta la meto a monja de clausura.

—Claro, igual que su padre es cura —reí.

—Pues no te creas, que por ahí voy —rio.

—Exagerado...

—Sí, sí —suspiró—. ¿Y tú, Mar?

—¿Yo qué? —le di otro sorbo al café.

—Tus relaciones... ¿No hay nadie en tu vida? —preguntó después de pensar un rato.

—No, puedo decir que nunca ha habido nadie.

—No me creo eso —rio.

—Es la verdad —me encogí de hombros—. He tenido relaciones, sí, pero sabía lo que eran. Nunca he buscado más. No sé, quizás porque sabía que ninguno de ellos podría darme ese más que quería.

—¿Y qué es ese más que quieres?

Lo pensé varios minutos antes de responder.

—Todo. Quiero todo. Quiero un amigo, que me cuente todo y al que yo pueda contarle todo. Quiero un amante, que no necesite a nadie más, que no mire a otra mujer más. Quiero un compañero, que se quede ahí, en silencio, cuando lo necesite. No quiero a nadie que libere mis batallas ni yo luchar las suyas, quiero a alguien independiente como persona, que sepa que contamos el uno con el otro y que iremos de la mano siempre, pero con la libertad individual primero. Y quiero a alguien que me quiera tanto o más de lo que yo lo puedo querer— se quedó tan callado, sin dejar de mirarme, tan serio... Que me removí, incómoda, por haber hablado demasiado—. Pido demasiado —sonreí.

—No —negó inmediatamente—. O sí, no sé. Solo sé que pides lo mismo que yo.

—¿Un imposible? —reí.

—Quizás no —dijo mirándome seriamente.

Nos quedamos así unos segundos, mirándonos más de la cuenta. Quizás ese podía ser el momento perfecto para provocar ese beso. Lamí un poco mi labio inferior y lo mordí, sin dejar de mirarlo a los ojos. No sabía de dónde sacaba el descaro, pero como parecía ser que él no iba a ser lanzado, me tocaba todo a mí.

Su mirada bajó hacia mi boca y noté cómo su cuerpo se movía un poco hacia adelante. ¡Sí! ¡Sí! ¡¡¡Sí!!!

—¿Os vais a besar?

Miramos a la pequeña demonio que aparecía con su peluche en las manos. Me reí, no pude evitarlo.

—¿No estabas durmiendo? —Darek dejó la taza de café y se acercó a ella.

—Es que se ha acabado ese capítulo, ponme otro. ¿Pero os ibais a besar? —insistió.

—Noooo —dijimos los dos a la vez.

—¿Por qué no? Los novios se besan, lo vi en la tele.

—Voy a tener que controlar más qué ves tú en la tele —refunfuñó Darek, cogiéndola en brazos para llevarla de nuevo al sofá.

Me terminé el café y... ¿Qué hacía? ¿Me quedaba allí? Mierda, pensé, si Salma no hubiera aparecido, habría conseguido mi primer objetivo, ahora a empezar de cero.

—Ouf...

—Qué bicho es —reí cuando Darek volvió.

—Lo siento, ella...

—No te tienes que estar disculpando, Darek. Es una niña —le guiñé el ojo—. Yo... Creo que me voy a ir. Ya molesté demasiado y ella necesita estar contigo.

—Quédate con nosotros...

—Pero... Necesito ducharme y descansar un poco también.

—No le va a gustar despertarse y ver que no estás. Pensó que pasarías el día aquí.

—¿Y si le dices que cenáis en mi casa? ¿O tenéis planes?

—Nos vemos esta noche —me guiñó el ojo.  
Cogí mi bolso y me fui a la puerta de la casa.  
—Ya veré qué preparo, no soy tan buena cocinera.  
—Ya pedimos algo, no te comas mucho la cabeza.  
—Bueno... Nos vemos en un rato.  
—Salma...  
—¿Sí? —me giré a mirarlo.  
—Yo sí quería besarte.

¡Joder! ¿Y dónde estaba ahí el chico tímido, aunque mirando el color de sus mejillas, supe que le había costado la vida decirme eso. Pero ¡sí!, ¡¡¡sí!!! Saqué a la descarada que había en mí y me acerqué a él, le di un beso en la mejilla. Lento. Dulce. De amigos...

—Espero que quieras hacerlo otra vez —sonreí con picardía y me fui de allí, cual femme fatale. Mi plan estaba funcionando y solo acababa de comenzar.



## Capítulo 6

“Cómo provocar a un hombre tímido.”

Le di al enter en la barra del buscador de Youtube y comencé a mirar todos los vídeos que me salían. Acababa de llegar a casa y me senté en el sofá, preparada para tener una estrategia. Sobre todo después de lo que me había dicho, ¡me había querido besar!

Consejo uno: provoca sutilmente.

Hombre... Sutilmente, claro que sí. ¿Y qué demonios era eso? Anda que empezábamos bien...

Dos horas después, con unos pocos folios escritos de cosas, los cogí en la mano y los leí. Y los releí... Y me quedé tal cual, no me enteraba de nada.

Así iba bastante mal...

Era ser sutil y que él fuera el que se lanzaba. No... Si es que eso lo sabía, la cuestión era, ¿cómo?

Me mordí el labio, pero mi mente lo de ser sutil era algo que no entendía. Yo podía callarme, ser educada, ¿pero sutil? Era pedirme demasiado cuando me pasaba lo mismo que a Salma, no tenía filtro a la hora de decir las cosas y mi mente siempre iba unos pasos por delante.

Sonó el timbre y maldije varias veces. Ni cuenta me había dado de la hora y ya los tenía allí. Y yo aún en el sofá sin, siquiera, haberme duchado. Para matarme...

Los saludé, los invité a pasar y me disculpé como pude mientras recogía el ordenador portátil y la cantidad de folios que tenía por medio.

—¿Estudiando? —preguntó Darek.

—Algo así... Se me pasó el tiempo, lo siento.

—No te preocupes, es temprano, además, no tenemos prisa —se encogió de hombros.

—Mira, yo me traje mis muñecas para no molestar —me enseñó Salma la colección de muñecas que traía en su carrito de capota.

—Tú nunca molestas, cariño —sonreí.

—Bueno, cuando os vais a besar sí.

Nada, que la niña seguía con el tema y yo no tuve más remedio que reírme.

—¿Buscamos algo en la tele? —le pregunté para cambiar el tema.

Su sí fue a grito pelado. Le dejé la tarea a Darek y así yo podía tomarme una ducha rápida. Tan rápida que fue visto y no visto. Unos leggins, una camisa, el pelo recogido y... ¿así quién iba a estar provocadora?, me pregunté a mí misma, poniendo los ojos en blanco mientras salía de mi dormitorio.

Salma estaba pendiente a la televisión y Darek en la cocina.

—Estás en tu casa, Darek, puedes servirte si quieres algo. Ahí tienes el frigorífico, ahí el vino.

—Gracias. ¿Tú quieres algo?

—A ti —dije por lo bajini, ahí, siendo sutil.

—¿Qué? —pestañeó varias veces y yo recé para que no me hubiera oído.

—Anís.

—¿Anís? —rio— ¿En verano?

—No sé, se me atojó. Ya ves...

—No pensé que eras de las que tomaban anís —estaba intentando no descojonarse, se le notaba en la cara.

—Ya, bueno, es que cuando estoy nerviosa, me apetece anís —no sabía cómo salir de esa.

—¿Y por qué estás nerviosa?

—Hace calor, ¿verdad?

Yo ya tenía claro que de esa no podía salir, así que me iba al tema seguro, el tiempo. Muy mal, Mar, empezas muy mal, me dije a mí misma.

—Sí que la hace, sí —rio Darek.

Pues era verdad que de lo roja que me había puesto, me había entrado un calor impresionante.

—Mejor una cola light —dije acercándome al frigorífico y cogiendo una lata, a ver si se me pasaba el calor.

—Mar...

—¿Sí? —me giré a mirarlo, aún colorada.

—Yo también estoy nervioso —me dijo muy serio.

Sabía a qué se refería. Y en parte me alegraba que me lo dijera.

Nos quedamos mirándonos, poniéndonos más nerviosos aún. Yo porque no terminaba de ser lo descarada que necesitaba ser. Él... Porque de descarado no tenía nada y necesitaba un empujón. Y los dos mirándonos con ganas de...

—En las películas tardan menos en besarse —nos interrumpió Salma.

La miramos y acabamos partiéndonos de la risa, porque la pequeña tenía mucha razón.

—Te dije que te vas a quedar sin ver la televisión —intentó reñirle Darek, pero no podía dejar de reír.

—Entonces no podré ayudarte, papi.

—¿Ayudarme a qué?

—A que tengas novia. Es que eres muy lento —resopló la pequeña, haciéndonos reír a carcajadas.

Su padre fue a cogerla y ella salió corriendo, entre risas. Seguí riendo y negué con la cabeza. Pero feliz por tenerlos a los dos allí.

—Por fin se quedó dormida —suspiró Darek. Ya cenados, pedimos unas pizzas, Salma había caído en un sueño profundo.

—De verdad, no sé de dónde saca la energía —me levanté, recogí las cajas de pizza de la mesa y me fui a la cocina. Darek me seguía, ayudándome.

—Siempre fue así, ya desde bebé era un terremoto.

—Entonces has tenido tiempo para acostumbrarte.

—¿A eso? No te acostumbras nunca —rio.

—Pero tiene que ser bonito. Los momentos que vives con ella.

—Sí lo son, eso es cierto. Pero la mayoría de las veces siento que me quedan grandes.

—¿Por qué dices eso?

—Hago el papel de padre y de madre, no es fácil. Si hacer solo el de uno es complicado, imagina el de dos.

—¿Y nunca hubo nadie que te hiciera pensar en rehacer tu vida?

—No. No reharía mi vida por Salma. Tiene que ser por mí.

—Eso sí... —cada cosa en su sitio, serví dos copas de vino y le ofrecí una.

Y empecé el juego. Porque no se iba a ir esa noche sin besarme, eso lo tenía claro. Bebí un poco e hice lo mismo, aunque esa vez no tenía mis labios pintados de rojo pasión. Los lamí sin dejar de mirarlo a los ojos. Sus ojos, de nuevo, volaron hacia mi boca. Bien, pensé, ahora el paso dos de ser sutil.

Paso dos: se me iba a derramar vino en la camiseta.

Preparada para darle otro sorbo, tenía que hacer un delicado movimiento con la mano... Preparada, levanté la copa y...

—Joder... —resoplé cuando me la tiré encima.

Darek me miró con los ojos abiertos de par en par, estaría pensando en

qué gilipollez estaba haciendo, seguro. Me miró a los ojos y empezó a reírse a carcajadas.

Dejó su copa en la encimera y me acercó unas cuantas de servilletas.

—¿Pero qué te ha pasado? —reía sin parar.

—Dame, coño —gruñí, quitándole las servilletas de las manos y con ganas de esconderme debajo de la mesa.

—Quita, ya te ayudo —cogió unas cuantas más y me limpió la cara mientras yo me dedicaba a...

—Menudo desastre —suspiré mirando la camiseta, esa iría a la basura. Era blanca...

—A ver, mírame —no podía dejar de reír, me limpió los labios.

—El Parkinson, eso es —alguna excusa tenía que poner.

—¿Tienes Parkinson?

—Si lo preguntas riendo, cualquiera diría que no tiene importancia.

—Lo siento, es que... No sé, ¿qué hiciste?

Era para provocarte, imbécil, pensé pero no lo dije.

—Tenía calor y me tiré el vino por encima para refrescarme —gruñí—, déjame cambiarme...

Me fui a ir a quitarme la ropa cuando me paró, cogiéndome del brazo.

—Espera, aún estás manchada aquí —limpió con su pulgar mi labio y la risa se le cortó.

—¿Ya...? —pregunté en un susurro.

—No... —acercó su pulgar a mi labio inferior y lo acarició— Ahora sí —dijo con voz ronca.

—¿Ya me puedo ir?

—¿Te quieres ir?

Lo miré a los ojos, estaba por chillarle que lo que quería era que me besara, porque no sabía si es que no lo pillaba o es que en realidad no quería hacerlo. Pero por cómo me miraba...

—Lo que quiero es que me beses —dije lanzándome a la piscina. Si me decía que no, pues...

Él siguió serio, mirándome a los ojos. No sé qué pasaba por su mente, o qué tipo de batalla libraba con él mismo, pero cuando lo vi coger aire, supe que iba a hacerlo.

Acercó sus labios a los míos y me dio un dulce beso, el que se le daría a cualquier amiga. Suspiré cuando terminó, decepcionada y me marché a

cambiarme la camiseta.

—Mar, espera... —fue a cogerme del brazo, pero lo evité.

—No, déjalo.

Llegué a mi dormitorio y abrí el ropero.

—Oye, ¿estás bien? —me hizo girarme y mirarme a los ojos.

—Sí —mentí, pero con ganas de llorar por pensar que, tal vez, había malinterpretado las cosas.

—Mírame —cogió mi cara con su mano, obligándome a hacerlo—. ¿Qué te pasa?

—Nada...

—Mar... Lo siento, no tenía que...

—No te vayas a disculpar por eso, yo te lo pedí.

—¿Entonces qué te pasa? —parecía que no entendía nada.

—Nada, no tenía que habértelo pedido, eso es todo...

—Oye, mírame —insistió de nuevo—. Yo fui quien te dije en mi casa que deseaba besarte. Me lo pediste y...

—Y no tenía que haberlo hecho, Darek, te forcé a hacer algo que no querías.

—No, espera, no estoy entendiendo —negó con la cabeza—. Pero si te dije hoy que quería.

—Pues con ese beso demostraste cuánto —dije con ironía.

Darek me observó antes de coger mi cara entre las manos y besarme, esa vez como yo quería. Esa vez como lo necesitaba. Con hambre, con deseo, con sed de mí.

—No pienses tonterías —dijo sobre mis labios.

—No lo hago...

—No tengo experiencia en esto, Mar. Pero llevo mucho tiempo con ganas de besarte. No quiero que dudes de eso.

—¿Por qué no lo hiciste?

—No sabía... —se quedó callado y tragó saliva— No quería que pasara esto.

—No entiendo...

—Sabía que si lo hacía, lo iba a necesitar. Te iba a necesitar. Y no iba a poder dejar de besarte.

—Entonces no pares —susurré.

Y volvió a besarme, sin contenerse, devorando mi boca como yo deseaba

que lo hiciera.

—¿Papi?

La voz adormilada de Salma nos interrumpió.

—Ve con ella —le dije.

Me dio un beso más y fue en busca de su hija. Quería a su osito de peluche, con el que dormía. Y ya era tarde, así que Darek decidió marcharse. Les cerré la puerta suspirando.

Y, por qué no decirlo, feliz. Al final había conseguido ser sutil.

El domingo me desperté con una sonrisa en los labios. No sabía qué pasaría con Darek y conmigo desde ese momento, pero había entendido que el deseo era existente en los dos.

No había tenido ningún mensaje de él y yo tampoco le escribí, me quedé en casa descansando y recordando cada momento de ese beso.

La noche había caído sobre la ciudad, con mi cena en la mesa, me serví una copa de vino y me dispuse a cenar. Había tenido algún que otro bajón por no haberlo visto ese día, por no haber sabido nada de él. Quizás se arrepintió de lo que pasó entre nosotros.

Cuando fui a darle el primer bocado al sándwich, llamaron al timbre. Frunciendo el ceño, me levanté a abrir.

—¿Darek? —no me lo esperaba y menos aún solo— ¿Y Salma?

—Está con Luisa. ¿Puedo pasar? —preguntó muy serio.

—Sí, claro. ¿La niña está bien? —cerré la puerta y lo seguí al comedor.

—Sí, está bien. Preguntó varias veces por ti.

—Ah, pobre —sonreí.

—Sí, pobre... —resopló.

—¿Y tú, estás bien? —porque era evidente que no lo estaba.

—No. No estoy bien y ahora no sé cómo estar bien.

—Primero relájate, ¿quieres tomar algo?

—No —se sentó en el sofá, se pasó las manos por el pelo y me miró a los ojos—. Necesito besarte. Eso es lo que pasa.

—Ah...

No pude terminar de emitir sonido cuando se abalanzó sobre mí y devoró mi boca. Magullando mis labios, era como si no pudiera contenerse.

—¿Mejor ahora? —susurré con sus labios pegados a los míos.

—Un poco —volvió a besarme, esa vez más largo, más duro...— Esto es lo que quería evitar —resopló cuando se separó de mí.

—¿Evitar? —no entendía nada.

—Sí, evitar. Porque contigo nunca va a ser suficiente.

—No entiendo, Darek. ¿Suficiente?

—De ti, nunca tendré suficiente de ti.

Sonreí, ¿ese era su miedo? ¿Enamorarse? ¿Que fuera mal? ¿Necesitarme?

—¿Y eso es un problema? —le pregunté suavemente.

Me miró unos segundos a los ojos, con la tristeza en ellos.

—Sí lo es, Mar, sí lo es.

—¿Pero por qué? Somos libres, no tenemos una pareja a la que rendirle cuentas. ¿Qué hay de malo si decidimos tener algo entre nosotros?

—Que no me conoces.

—Sí te conozco, eres un padre estupendo. Eres un hombre de primera. No necesito saber más de ti.

—No soy el hombre que piensas, Mar. Quizás es mejor que no nos volvamos a ver.

—¿Lo dices en serio? —no me lo podía creer.

—Sí. No quiero que sufras, no quiero sufrir. Y, sobre todo, no quiero hacer sufrir a Salma. Y en el momento en que descubras cómo soy yo en realidad, no querrás estar al lado de un hombre así. Y ya a estas alturas, mi hija va a sufrir suficiente por no verte.

—No digas tonterías. Solo ha sido un beso, Darek. Si no quieres, no lo repetimos. ¿Pero ya por eso me vas a prohibir hasta ver a tu hija? No entiendo nada...

—Por el bien de todos es mejor así —se levantó del sofá y se fue a la puerta.

—¿Por el bien de quién, Darek?

—Créeme, por tu bien.

Y con esa frase se fue de mi casa, dando un pequeño portazo. Me quedé sin poder reaccionar. No entendía nada de lo que me había dicho.

¿Pero qué ocultaba ese hombre? ¿O qué pensaba que había en su vida para que yo me asustara? A mí me parecía más bien una excusa para quitarme de en medio, la verdad.

En ese momento no pude evitar que las lágrimas corrieran por mis mejillas. No entendía nada. ¿Por un beso estaba diciendo que era mejor no volver a vernos? ¿Pero eso qué sentido tenía? Y lo que era peor, ¿ni siquiera podía volver a ver a Salma?

Iba a echar a ese pequeña mucho de menos. Igual que ella a mí. Igual que echaría de menos al imbécil del padre.

Me senté en el sofá con las piernas levantadas, apoyé la cabeza en las rodillas y lloré. En pocos días me había enamorado de ese hombre, un hombre que decía no ser todo lo que yo pensaba, pero que a mí me sonaba a excusa. ¿Miedo a amar? ¿Miedo a sufrir? ¿Miedo a que su hija sufriera? ¿Miedo a qué, joder?

Lo que fuera que temía y como fuera que lo maquillara... La cuestión es que había venido a besarme para pedirme que desapareciera de su vida. Sin más explicaciones.

Todo era un sinsentido.

No pensé en ningún momento que fuera mi príncipe azul, pero que entre nosotros podía haber algo bonito, sí.

Intenté calmarme y viendo que por más vueltas que les diera a las cosas que le había dicho no iba a encontrarle sentido, me fui a la cama.

Tal vez solo fue una neura. Una locura repentina que le dio por miedo a ver que entre nosotros había mucho más, algo típico en los tíos. Tal vez al día siguiente me despertaba y tenía un mensaje de él disculpándose o me iba a buscar al súper o me lo encontraba en el parque.

Tenía que pasar algo así, porque lo otro no tenía ningún sentido.

Cerré los ojos mirando la conversación de días anteriores con él. Estaba en línea, pero no era capaz de mandarme un mensaje a mí. Me armé de valor y le escribí yo.

“No sé qué es lo que crees que hay en tu vida que puede asustarme, Darek. Solo sé que yo sigo aquí. Para ti y para Salma. Y espero veros pronto.”

Leyó el mensaje en el momento, pero no escribía. Ni una respuesta. No sé lo que le estaba pasando por la cabeza a ese hombre. Solo rezaba para que fuera lo que fuera, no terminara con una historia que solo había hecho más que empezar.

La nuestra.

Porque podíamos ser mucho más, tal vez podíamos ser ese todo que los dos deseábamos.

Apagué el móvil, dolida, y cerré los ojos, deseando que al día siguiente todo hubiera quedado en una anécdota por miedo. Deseando que ese hombre que me había robado el corazón volviera a mí y nos diera la oportunidad de, quizás, algún día, poder ser un todo.

Pero algo en mi interior me decía que sus miedos iban a ser más fuertes que su deseo de ser feliz.



## Capítulo 7

A trabajar...

Lunes, sin noticias de ellos, martes, más de lo mismo, miércoles, ya me tenía Jorge hasta los ovarios y Darek seguía desaparecido, Jueves... ¡Exploté!

—Buenos días, Mar...—. Jorge estaba sonriente, feliz de volverme, como cada día, eso ya era acoso y derribo.

—Buenos días, Jorge—. como siempre, sonreí falsamente.

—Había pensado si te apetecía esta tarde tomar un café conmigo —dijo mientras metía la compra en las bolsas.

¡Pero bueno! Este era tonto desde que le dieron un pelotazo o algo por el estilo, lo iba a mandar a la mierda, pero no, algo mejor se me había ocurrido, podría salirme muy bien o fatídicamente mal.

—Yo esta tarde iba a ir al parque grande y tomar allí un café, puedes venirte si quieres...

—Claro, te espero en la panadería que hay frente a la puerta principal a las cinco. ¿Es buena hora?

—Sí, está bien, allí nos vemos, Jorge.

A la mierda todo, me iba a tomar un café con el pesado de Jorge, con el que más me ponía de mala leche ver pasar por caja, pero claro, era tan retorcida que tenía que utilizarlo para ver si veía a Darek y le provocaba celos o algo, para qué mentirnos, que me vino de coña que Jorge me dijera eso, sin embargo, a Salma la echaba de menos, me daba mucha pena el no haber sabido nada de ella estos días.

La mañana pasó volando y me fui a casa a comer, me di un baño para relajarme, me coloqué un traje corto ibicenco blanco, las sandalias y para la cita con mi archienemigo Jorge...

Eso sí, los labios rojos putón, porque la pasión ya se la había cargado Darek.

—Estás muy guapa—. dijo Jorge, nervioso.

—Gracias —sonreí falsamente, qué mal me caía el pobre.

Entramos a la cafetería del parque y me senté donde lo hacía con Darek.

Comenzó a darme la brasa, a contarme cosas que me importaba una mierda, pero que yo fingía sentirme fascinada, estaba haciendo el papelón de mi vida cuando...

—¡¡¡Mar!!! —la voz de Salma me sacó del papel.

—Hola, preciosa —me levanté a besarla—. Hola, Darek —dije levantando la vista.

—Hola, Mar —dijo seriamente.

—Ya no vienes a verme —dijo la pequeña.

—Tuve mucho trabajo y algún que otro problema que solucionar —hice un gesto de tristeza.

—Te eché de menos—. eso me destrozó.

—Yo también, muñeca —dije agachándome a abrazarla.

—Bueno, ve a jugar —dijo Darek a la niña—. me alegra que estés bien —. dijo apartándose para sentarse en la mesa de atrás.

Me senté con Jorge de nuevo, que esperaba sin intervenir en nada, gracias a dios. Se puso a charlar sobre una serie de Netflix que le tenía fascinado, yo hacía que lo escuchaba pero me sentía fatal, tenía atrás al hombre que amaba y este teatro que había hecho me iba a pasar factura.

Veía a lo lejos a Salma jugar, no me quitaba la vista de encima y yo le guiñaba el ojo, pero su sonrisa era triste, sabía que no verme junto a su papi le hacía mal.

Le dije a Jorge que ya debíamos irnos, no me apetecía estar más allí, me despedí de la pequeña con un abrazo y me dijo sin que el padre se enterara que le diría a Luisa de llevarla al super para verme. Eso me partió el alma.

Jorge me acompañó hasta la puerta, proponiendo otro café otro día, le dije que ya lo hablaríamos y me metí en casa, en el sofá a llorar como una imbécil.

Llegué arriba y me puse a llorar, como una magdalena, había hecho la tonta, había dejado a Salma cabizbaja, había causado en Darek la imagen de una ligera de papeles, en fin, que la tierra me tragara y me mandara con una tribu Africana, a lo tipo Massai Mara.

Viernes de penitencia...

—Buenos días, preciosa—. no podía con Jorge. ¡No podía!

—Buenos días, Jorge.

—¿Y esa cara?

—¿Qué le pasa a mi cara?

—Estás mal...

—¿Ah sí? Pues no, mira, es que ayer llegué a mi casa, me puse una copa de vino, luego otra, así hasta acabar la botella y ahora estoy soportando una resaca de la hostia. Son nueve con treinta y tres —sonreí de forma borde.

—Ah, podríamos haber tomado algo después del café —dijo sacándome de quicio.

—Verás, es que llegó mi marido de forma improvista de Barcelona, pidiéndome perdón y me tomé el vino así por casualidad, celebrando nuestro regreso —mentí como una perra, le di la vuelta.

—No sabía... Nada, que tengas un buen día —dijo marchándose cabizbajo.

Daba pena sí, pero es que me caía tan mal que no podía hacer nada para remediarlo, yo era así, una especie rara en extinción.

La mañana se me hizo interminable, como si hubiera pasado un año, aquello era terrorífico, cada vez que miraba el reloj no habían pasado ni cinco minutos.

Estaba loca por irme, además este fin de semana era mi sábado libre del mes, así que no volvería hasta el lunes.

Comí en una tataría que había entre el super y mi casa, cientos de tapas a un precio impresionante, me pedí cuatro de golpe, eso sí, el dolor me daba más hambre, me entraba ansiedad y todo lo intentaba saciar comiendo.

Me fui a dar un paseo al centro comercial, demasiada calor para estar por la calle y una ansiedad de órdago como para meterme en mi casa.

Me pasé la tarde comprando trapillos para el verano, vestidos, pantalones cortos, maquillaje, mucho más maquillaje, algún bañador que otro, al final casi me fundo mi paga de verano, pero eso de quemar tarjeta era toda una terapia, inclusive me di el capricho de comprar un anillo de oro que vi en un escaparate, a la mierda la paga de verano, pero eso me levantaba un poco los ánimos.

Sábado por la mañana, las nueve, mensaje en el móvil.

“¿Quién era él?”

A buenas horas venía Darek a preguntar eso, pero el susto me lo metió, eso sonó a explicaciones, al final iba a resultar que era de verdad un psicópata o algo por el estilo.

“Buenos días. ¿Hay algo que me haya perdido?”

Le daba a entender que quién era él para venir a pedirme explicaciones.

“Quién era él?”

Repitió el mensaje, pero no, a mí no me iba a achantar. Le iba a responder cantando.

“¿En qué lugar se enamoró de ti? Pregúntale. ¿A qué dedica el tiempo libre?”

Solté una risa después de hacerle un trozo de tema de José Luis Perales.

“Te esperamos para comer. Hasta entonces...”

¿A comer? ¿Ahora quería verme? Bipolar, era bipolar, pero le iba a empezar a dar juego ¿Quería jugar?

Si no lo entendía cantando, le mandaba un mensaje a tipo carta.

“Estimado Darek. Me alegra mucho tu invitación, pero eso supondría estar en peligro. Tengo que alejarme, estoy muerta de miedo, tengo que huir de la isla, o lo peor aún... ¡Del país!”

Zasca, para la frente directamente.

“Mar, a la una te estaremos esperando. Agradecería que no me contestes.”

¿Será borde? Que no le conteste.

“Dame una razón por la que debería de ir, si no la tienes, no me esperes.”

Otra en el frente.

“Salma. Si te parece poco, no vengas.”

En toda la boca me había dado, con mi Salma no jugaba, ya solo por eso iba a ir, pero a este le iba a dar el sábado sabadete...

Desayuné relejendo sus mensajes, para matarlo y para mearse de la risa conmigo, si no lo hacía es porque tenía menos sentido del humor que el dueño del bar de frente del supermercado.

Me metí en el baño, me serví una copa de vino y me puse a maquillarme, pero con un curso del Youtube al lado, era un marcaje natural, según decían, al final el resultado era algo más que natural, encima me puse los labios rojos putón, pues ya estaba todo dicho.

Me puse un vaquero corto que me había comprado, con una camiseta de tirante grueso negro y buen escote, las sandalias eran de caña, en color negra, iba muy natural, un poco rojo los labios y la cara como si me hubieran hecho un rejuvenecimiento pero iba natural, me intenté convencer de eso.

Salí hacia casa de Darek, justo antes de tocar al timbre aguanté la risa.

Cuando me recibió Salma lo hizo de lo más contenta, ella, hablo de la

niña, Darek tenía toda la cara de un boxeador retirado.

Salma me invitó directa al salón a enseñarme a todas las muñecas, las tenía sentada en el sofá.

—Yo soy su profe. Les estoy dando clases.

—Interesante...

—Pero se portan mal, les tengo que reñir —decía metida en su papel.

—Hay que ser un poco dura, que luego no hacen caso nunca y no aprenden la lección

—Les estoy explicando lo de las gorditas y las cigüeñas.

—Vaya... —solté una leve risa.

—Toma —dijo Darek apareciendo con dos copas de vino.

—Gracias —cogí la copa mirándolo de forma desafiante, tenía que tomar el control.

—¿Vamos a la terraza?

—Claro—. dije saliendo a ella.

—Yo me quedo dándole clases a las niñas, que van muy mal —Salma y su arte.

—Está bien, te esperamos aquí cuando quieras —le guiñé el ojo desde la puerta de la terraza, luego me senté en una de las sillas que había rodeando la mesa.

—¿Quién era él? —dijo mientras se acomodaba, dejando la copa sobre la mesa.

—¿Para eso me has traído?

—Para eso y para que Salma te viera y se le pasara la tristeza.

—Tristeza que le has provocado tú —me puse seria.

—Tú, con aquel chico —dijo enfadado.

—No me hagas culpable de tus malas decisiones, tú y solo tú la quitaste de mi vera, sin venir a cuento, con tu misterioso mensaje de desastre si seguíamos viéndonos.

—Lo hice por tu bien —dijo apretando la mandíbula.

—Afloja que te va a dar un chungo —dije con ironía—. ¿Me vas a aclarar eso para saber de qué se trata? Pues tú eres el único que dices, pero yo no me entero de na', no estamos en igualdad de condiciones, explícame, no puedes estar apartándote y cuando te dé la gana volviéndome a traer. No soy un muñeco. ¿Entendido? —dije enfadada.

—Háblame de otra forma —dijo clavando sus pupilas en las mías.

—¡¡¡Encima!!! ¿Tú te estás escuchando?

—Te voy a decir una cosa —me señaló con su dedo—. Me importas más de lo que imaginas, me dan ganas de besarte, de meterte en mi cama, de despertar contigo, de hacer una vida a tu lado, que eso no se te olvide.

—¿¿¿Y???

—No puedo mezclarte en algo que no te pertenece...

—No me vengas con ambigüedad, deja eso a parte.

—No preguntes ahora nada...

—Pues no lo hagas tú, sí no me haces parte de tu vida, no tengo porque hacerte participe de la mía.

—No es lo mismo...

—¡Demuéstramelo!

—No puedo...

—Pues hasta que no te abras conmigo, no lo pienso hacer yo contigo —dije enfadada.

En ese momento entró Salma, que me parece que nos estaba escuchando y preparó su aparición.

—Mar...

—Dime, bella.

—¿Quién era el chico con el que tomabas café?

Miré al padre con ganas de matarlo, o tenía a la hija preparada, o la niña era como el padre de curioso, o no entendía nada.

—Un amigo —sonreí.

—¿Como papá?

Me estaban entrando sudores, me sentía en un juicio y Darek de juez atento a mis palabras, así que cualquier cosa que dijera podía ser utilizado luego en mi contra.

—No, tú papá estuvo en mi casa y tiene mi número de teléfono, aquel chico no.

—Vale—. se volvió a adentrar en el salón con sus muñecas.

—¿No tiene tu número?—. preguntó con semblante serio.

—De verdad, Darek, dejemos la fiesta en paz... —aguanté la risa al pensar que más que fiesta, aquello era un entierro.

—Mírame a los ojos y dime que no es importante para ti—. clavó sus pupilas en las mías.

Lo miré sin quitarla durante un buen rato.

—No te voy a contestar —sonreí falsamente.

—Espero que no la cagues...

—¿Cagar? ¿Me hablas tú de cagar? A ver, dime, cuando hoy me vaya de aquí... ¿Qué pasará? ¿Tengo que esperar a que te de otro arrebató para quedar? ¿Tengo que esperar a que se pase eso tan trágico acaso? Darek, no me vengas con esas, el único que la cagó fuiste tú.

—Necesito tiempo...

—¿A qué tiempo te refieres? No somos novios para pedirme tiempo, ni siquiera amigos, a los amigos no se les pide tiempo, o se tienen para lo bueno y lo malo, o no se tienen.

—Necesito tiempo—. dijo con tono más intenso.

—Yo flipo, de verdad que yo flipo. ¿Qué quieres? ¡Decídetes! No soy Aramis Fuster para adivinar lo que te pasa.

—Papá os he traído el plato de jamón que habías cortado, con el vino seguro que os hace compañía.

Solté una risa al verla con el plato y colocándolo en medio de los dos.

—Gracias, mi vida —dijo el padre.

—Acordaros del beso—. soltó mientras volvía al salón.

Reí de forma leve, pero no pude evitarlo, el semblante del padre era de película, me señaló al plato para que cogiera jamón y por supuesto, lo hice, tenía un hambre impresionante y la charla de este tío en el que era muy ambiguo, me causaba ansiedad, la ansiedad nervios y los nervios hambre, así que empecé a comer jamón como si se me fuera la vida.

—¿Te gusta? —preguntó mirando al plato, que nada más me faltó lamerlo.

—¡Buenísimo!—. dije con gesto de mano incluido.

—Luego te corto para que te lleves un poco —dijo soltando media sonrisa.

—Un poco o mucho, que no sea por comer —dije descaradamente, ya que era el causante de mi ansiedad, que la pagara. Evité reír de pensarlo.

—Te puedes llevar lo que queda de pata, mañana compro otra.

—Ah no, prefiero que me lo cortes, que luego me desespero y me lío a bocados con la pata —aguanté la risa y él puso los ojos en blanco, riendo.

—Vamos a la cocina, la comida está ya lista en el horno —había sonado la alarma que indicaba que la comida ya estaba lista.

Lo seguí, aguantando la risa aún por lo del jamón, yo tenía que ir soltándome para en cualquier momento dar la campanada y soltar algo más grande aún.

Impresionante, estaba el pescado al horno para matarse, ese tío era un portento en la cocina, como todo lo hiciera así... Quité el pensamiento rápidamente.

—Tenemos una hucha—. la pequeña y sus cosas.

—¿Sí? Yo también tengo otra, pero un poco abandonada —dije encogiéndome de hombros.

—Cuando esté llena vamos a ir a Disneyland París a visitar a las princesas.

—Wow, eso es genial, es una pasada, ir a verlas es lo más —dije metiéndome en el papel.

—Nos faltan unas mil monedas más —dijo inocentemente.

Solté una carcajada, eso de las mil monedas me había matado de la risa.

—Eso cuando menos lo esperes, lo tienes —sonreí.

—Solo echamos de un euro y de dos, por eso tardamos más.

—Claro, eso es una cantidad importante —le seguía la charla tan graciosa.

Recogimos la mesa con la charla de Euro Disney, era toda una soñadora y eso me encantaba, además de ser muy lista.

Ella se fue al sofá y se quedó dormida mientras tomábamos el café.

—Bueno, la peque ya duerme, estuvo todo delicioso, ya es hora de que me vaya —dije apoyada en la encimera mirando al suelo con los pies cruzados.

—No, no puedes irte—. dije sofocado.

—¿Cómo que no?

—Te iba a pedir que te quedes aquí a dormir con nosotros, así pasamos el día juntos.

En ese momento levanté la cara, lo miré fijamente y no sabía si gritar de alegría y tocar las palmas o mandarlo directamente a la mierda... Me quedé unos segundos mirándolo.

—No, no me puedo quedar, no traje ropa para cambiarme —solté lo primero que me salió.

—Te puedo dejar una camiseta y pantalones cortos para dormir...

—¿Y una bragas? —soltamos una carcajada.

—Te podemos acompañar a tu casa a coger lo que necesites.

—No sé, Darek—. sí sabía pero había que hacerse la dura.

—Por favor, prometo no tocarte...

—Ah, entonces me voy a mi casa mejor. Es broma —aclaré por si las moscas.

—Puedes dormir conmigo si quieres —sonrió tristemente.

—De verdad... ¿Dónde está el Darek que conocí? ¿Qué te hicieron para que estés así?

Dije acercándome y dándole un abrazo, sin beso, pero algo me decía que necesitaba un abrazo, una hostia y un polvo, así que empecé por lo más suave.

—Gracias... —me apretujó contra él.

—Déjame ayudarte...

—Dame tiempo...

Otra vez con el dichoso tiempo.

—Entonces aclárate. ¿Me quedo? ¿Te doy tiempo? —resoplé.

—Quédate esta noche, por favor.

—Ajá y luego te doy el tiempo, ¿no?

—No sé —se apoyó en la barra, mirando hacia ella, agobiado...

—Deberías confiar en mí y contarme qué te pasa por esa cabeza.

—No es fácil...

—Inténtalo —acaricié su espalda cariñosamente.

—Necesito tiempo para contártelo...

—¿Y ese tiempo me tienes que apartar de tu vida?

—No lo sé...

—Me estás poniendo de los nervios, eso es ambigüedad, así no puedo ayudarte.

Salma apareció por la puerta con la muñeca.

—No puedo dormir más. ¿Salimos al parque?

—Me tengo que ir, cariño—. dije agachándome y notando como el padre se giraba al escucharlo—. tengo algo que hacer, pero prometo que otro día vamos juntas, ¿vale?

—No quiero que te vayas —dijo con tristeza.

Cerré los ojos y me mordí el labio.

—No te vayas —dijo Darek a modo ruego, con tono de tristeza y dolor.

—Queremos que te quedes.

—Vale, pero con una condición, vais al parque, yo voy a casa a coger

ropa y os veo allí en poco tiempo. ¿Te parece? —dije para alegrarlos, en el fondo daba pena ver las caras esas casi suplicando que no me fuera.

—¡Sí! —gritaron a la vez, cambiando el rostro de ambos de forma fulminante.

Bajamos juntos, los dejé en la cafetería y me fui a casa. Cogí una pequeña bolsa con mi camisón de tirantes de Winnie the Pooh que sorprendería a la peque, ropa interior, ropa para el siguiente día y un biquini por si nos daba el domingo por ir a una cala u algún sitio de baño, con Darek, todo era posible.

Estaba rayada, me despistaba su actitud, en la viña del señor ya sé que tiene que haber de todo, pero caray, todos los locos venían a mí como un imán y este... no sabía si darlo ya por diagnosticado.



## Capítulo 8

—¿Me echaste de menos?—. pregunté al acercarme a Darek y dejando sobre una de las sillas mi bolsa.

—No mucho, no me dio tiempo. ¿Qué es eso de que tienes marido? Te agradecería que me lo aclararas... —dijo en tono serio.

—¿Qué marido y que ocho cuarto? ¡Estás fatal!

—No dice lo mismo tu amigo Jorge, al que dejaste porque volviste con tu marido que, por cierto, dice que está en la isla.

Me entró más calor de la que tenía.

—Así es, mi marido esta en mi casa, le dije que me iba a pasar la noche con el querido —puse los ojos en blanco, negando con la cabeza.

—No me hace gracia.

—Nadie te dijo que tuviera que hacerla, pero de verdad. ¿En serio te lo creíste? ¿No eres capaz de pensar que le dije eso para que me dejara en paz? —resoplé.

—¿Lo dijiste por eso?

—Claro. ¿Y cuándo hablaste con él?

—Estuvo aquí sentado, cuando llegué me saludó para mi sorpresa. Charlamos y me dijo que estaba mal por eso.

—¡Lo mato! Bocazas... —gruñí—. Me siguen los psicópatas —resoplé de nuevo.

—¿Algún psicópata a parte de él?

Esa pregunta era buenísima, me estaba poniendo a huevo la respuesta y yo estaba que ardía así que ni punto en boca ni chorradas de esas.

—Alguno que otro —hice una mueca para que lo pillara.

—¿Me tomas por loco?

—Ah no. ¿Yo? —hice el sonido con la boca de la negación. Irónicamente, obvio.

—No me seas injusta...

—¿Eso es a mí? —Miré alrededor haciéndome la incrédula, por si se lo estaba diciendo a alguien que no veía.

—¿Entonces lo de Jorge a que vino tomar café con él?

Lo mataba, la verdad es que lo mataba, le iba a soltar que era para darle celos, pero mejor que se jodiera.

—¡No puedo contigo! —refunfuñé.

—Quiero que seas clara conmigo —exigió.

—Buen chiste, Darek, habló el que no larga, me pone de los nervios, me pide tiempo y no me cuenta qué le pasa. ¿No es para volverse loca?

Salma se acercó a nosotros.

—Dejad de hacer gestos, se os ve como los novios, peleando —sonrió y se fue.

Puse los ojos en blanco, como los novios peleando decía, era para comérsela de amor, pero al padre para comérselo y no cagarlo.

Salimos un rato después para su casa, la niña decía que cuando llegáramos nos pusiéramos los pijamas, se refería al camisón, así que eso hicimos, yo ponerme el de Winnie the Pooh y ella el de Frozen.

—¡Me gusta! —dijo al ver mi camisón.

—Yo te buscaré uno de tu talla —le hice un guiño.

Darek me miraba sonriendo, yo no sabía si lo hacía por el pijama, por verme allí, por su juego o por lo que sea.

Le saqué la lengua de forma burlona y su sonrisa se dibujó más amplia, era para comérselo, mi bipolar me tenía en el fondo loca.

—Vamos a pedir comida mexicana. ¿Os apetece?

—Me encanta —se me hizo la boca agua de pensarlo.

—Sí, pide muchos nachos con queso y guacamole —dijo la pequeña ante nuestra risa.

Y llegó la cena, y antes de acabar la niña estaba dormida sobre la mesa, así que Darek la llevó a su habitación y la acostó.

—¿Dónde se supone que voy a dormir yo? —pregunté bromeando.

—En el descansillo, allí te pongo una manta y saluda a los vecinos que entren —sonrió.

—Ni en el sofá, desde luego que traerme para tratarme así —respondí siguiendo su broma.

—Tienes dos opciones...

—Sorpréndeme —hice un gesto de susto.

—O duermes conmigo o puedes hacerlo en el sofá —sonrió.

—Muy amable, con no contemplar la posibilidad de cederme a mi sola tú

cama —solté una carcajada.

—Tengo que estrechar el cerco para que termines durmiendo conmigo —dijo ruborizado.

—¿Quieres que duerma contigo? Puedes ser más directo que das muchas vueltas para decir algo.

—Siempre... —se levantó a recoger la mesa haciéndome un gesto de que ni se me ocurriera moverme.

—Me lo pensaré —bromeé tomando la copa de vino.

Decidimos ver una película, en el salón, nos sentamos en el mismo sofá y terminó echándome hacia él mientras la veíamos, jugueteando con mi pelo.

Me quedé dormida, lo había abierto por completo y yo estaba tendida en él, así me quedé dormida, junto a él, los dos en ese sofá, lo malo mío era que cuando yo cerraba los ojos, ni un huracán me despertaba.

Al despertar, él me estaba mirando.

—¿Hemos dormido aquí? —pregunté mientras me acomodaba más.

—Ajá —quitaba mi pelo de la cara.

—Seguro que te has rozado toda la noche y ni me enteré —bromeé poniendo el cojín sobre la mesa.

—¿Perdona? Te he respetado y no fue fácil.

—Tú que te lo pierdes —saqué la cabeza de debajo del cojín para responderle y me volví a tapar.

Me la quitó y se puso muy cerca de mi oído.

—Podemos hacer ahora todo lo que anoche no hicimos...

—¡¡¡Buenos días!!! —gritó Salma, subiendo al sofá con ella.

—Buenos días —dije abrazándola—. No estoy muy segura de ello —dije mirando a Darek y sacándole la lengua.

—Bueno, todo es cuestión de volverlo a intentar esta noche —me respondió haciéndole cosquillas a su niña.

—Mañana trabajo —sonreí con maldad.

—¿Y qué pasa, te obligan a dormir en tu residencia habitual?

—Necesito un café, bueno, y algunas cosas más, pero veo lo más factible ahora lo del café —cambié el tema.

—Yo un Nesquik —dijo levantando la mano.

—Pues ahora mismo os preparo un delicioso desayuno—. se puso a hacernos cosquillas a las dos mientras se levantaba y nosotras chillábamos como locas.

Pusimos los sillones del sofá bien, y nos quedamos allí las dos sentadas esperando el desayuno, para nuestra sorpresa apareció un rato después con churro y todos.

—Pero bueno... ¿Sabes hacer la masa?

—Son congelados —soltó una carcajada.

—Ah, como los que yo tengo en el súper, nunca los he probado —dijo cogiendo uno.

Ya sabéis, los nervios me daban por comer, pues esa mañana iba a soltar aceite hasta por las orejas, no dejé ni uno en el plato, ellos me miraban riendo, a mí me daba igual, yo iba a tragar hasta la última migaja de los churros.

—Estaban buenísimos, yo no debía de haber probado esto, ahora me voy a poner fondona, no faltarán las cajas en mi congelador.

—Eso no hay problema, guardé otra caja para mañana, cuando desayunemos antes de yo ir para mi oficina y tú para el súper —me hizo un guiño.

—No, esta noche no me quedo —reí.

—Tienes dos opciones...

—Ah, no, no, tengo miles de opciones, pero dormir, duermo en mi casa, que yo me levanto y me preparo tranquila y me pongo el uniforme, que por cierto, no lo tengo aquí.

—Pues vas a por él...

—Ah no, no empecemos...

—¡¡¡Sí!!!—. gritó Salma.

—¿Lo ves? —señaló a la hija.

—Eso es chantaje emocional —me crucé de brazos—. Quiero otro café —dije en plan aniñada.

—Ahora mismo, no se levante usted no vaya a ser lo que quebraje —bromeó marchando a la cocina.

—Uy lo que me ha dicho... —miré a Salma que me miraba riendo.

Nos quedamos riendo el tiempo que hizo el café, bueno lo hizo la máquina, el solo metió la cápsula y le dio al botón, vamos que no se escardó.

—¿Entonces dónde nos vamos hoy? —volvió con el café en la mano, maquinando hacer algo.

—Yo me quedaba todo el día aquí debajo del aire acondicionado —reí.

—Ah no, de eso nada, playa, pasear o salir al menos a comer. Decidid, chicas.

—A mí me da igual —la pequeña lo tenía claro, lo que fuera.

—Yo prefiero ir a pasear a un paseo marítimo, tomar un helado, un vino, un baño en una playa e ir a comer, pero no estar en la playa, solo un baño —fruncí las cejas esperando las contestaciones.

—Lo veo genial, un paseo, un helado, un baño, un vino y comer... Sabe que eres tonta —soltó junto a una carcajada.

—Uy lo que me ha dicho...—. miré de nuevo a Salma, que estaba llorando de la risa.

—¿Algo más?

—Sí, ya que me vas a obligar a dormir aquí, pues pasa por debajo de mi casa para coger el uniforme.

—Por supuesto, eso es más razonable —dijo buscándome la lengua.

—Pues hala, ya tenemos el día completo, por cierto, pago hoy todo yo, porque si no es así, la primera que me la juegues y no me dejes pagar, cojo un taxi y me piro a mi casa, ¿entendido?

Padre e hija negaron con la cabeza y casi me da algo de la risa.

—Es cabezón —dijo Salma haciéndome saber que no iba a conseguir pagar.

—¿Tú padre cabezón? ¡No me di cuenta! —exclamé con ironía.

—Pues es mucho —dijo mirándolo.

—A ver, dejemos de analizarme, el tema está en que levantamos el culo, nos cambiamos y nos vamos, el día está perfecto, estamos perdiendo el tiempo aquí.

—El tiempo lo perdimos anoche —dije provocando una sonrisa en Darek.

—Eso sí que es verdad, de bueno soy tonto—. se metió en la cocina.

—Bueno, tonto...—. me asomé por la puerta—. Dudo que hayas mantenido las distancias—. le saqué la lengua y me fui al baño.

Todos listo y en el coche que empezaba ese domingo de planes...



## Capítulo 9

—Por favor... ¿Eso le das de escuchar a tu hija? —dijo cuando puso la música en el coche.

La vida es una tómbola, ton ton tómbola, de luz y de color... Eso sonaba en la radio.

—Marisol era muy entrañable —dijo sonriendo.

—A mí me gusta —dijo Salma que iba sentada atrás en su sillita.

—Y a mí, pero no sé, imagino que hay algo más actual...

—A mí me gusta el raeetton, pero mi padre no me deja escucharlo —rio. Hombre, ahí le daba la razón al padre, eso de la hija escuchar con cinco años el perrea perrea, como que no estaba bonito. Miré a Darek que aguantaba la risa.

—Tu padre tiene razón, Marisol es la mejor—. reí para no liar la cosa.

Llegamos al paseo marítimo, nos compramos un helado de cucurucho, estaba super animado, de repiten miramos y no estaba Darek.

—¿Papá?

—Hostias, que es mago —dijo al ver que había desaparecido en un segundo.

—Estaba aquí —decía Salma señalando a su lado—. Ahora estaba aquí —recalcó incrédula.

Sí, no podía creerme que en todo mi giro visual que era explanada y la playa, no lo viese.

—Papáaaaa —chilló desesperada Salma.

—Estoy aquí —escuchamos la voz en flojo y nos asomamos por el muro a la playa.

—Auch, se cayó—. Selma se puso la mano en la cara.

Yo con un ataque de risa, ya venía andando para arriba, se había puesto de pie en el muro y cayó para abajo a la arena, menos mal que no había mucha altura, que si no se nos mata, pero vamos que tampoco había poca, doler le tuvo que doler.

—¿Estás bien?—. pregunté aguantando la risa, estaba para explotar.

—Sí, solo fue un tropiezo —quiso quitar importancia. La niña y yo ya habíamos explotado de la risa.

—Dos metros de tropiezo —dije llorando—. Para haberte matado—. dije soltando una carcajada que sin querer le metí la bola del cucurucho a Darek en todo el costado de la camiseta—. Hostia—. me quedé mirando el cerco de chocolate sobre su camiseta blanca.

—¿Me tienes manía?—. preguntó riendo, mirando la que había liado.

—Papá en el coche llevas otra camiseta —dijo Salma.

—No, cariño, mudas te traigo a ti —puso los ojos en blanco.

—Ahí hay un puesto con camisetas para los turistas, esperadme—. dije corriendo hacia el tenderete.

¡Ay! Grité al ver todas las camisetas con el mismo eslogan “Estuve en Mallorca y me acordé de ti.” Pues se iba a joder con eso, compré una y cuando estaba pagando ya los tenía detrás mía.

—Venga, cámbiate —se la entregué.

La miró y soltó una sonrisa mirándome con cara de asesino.

—No había otra—. me encogí de hombros.

—Sin helado, sin camiseta, casi suicidado. ¿Qué más me espera hoy?

—Un buen pescado frito ahí —señalé al restaurante del muelle ——. Nada de baño que me da a mí que nos ahogamos, hoy no nos la podemos jugar. Bueno, ya estábamos sentados, ya no podía pasar más nada.

No, si no llega a ser porque esa espina se quedó encallada en la garganta de Selma y con ello vino todo un espectáculo de histeria.

El padre tirándole por el pelo para que la echara, los nervios le traicionaron, yo me metí quitando a Darek, le abrí la boca, le metí los dedos y la saqué.

La niña respiró aliviada, el padre con las manos en la cabeza.

—¿Pero cómo haces eso? —puse los ojos en blanco.

—Me dio los nervios, yo quería que moviera la cabeza y la echara.

—Dios mío, no se me va a olvidar en la vida esa imagen—. negué con la cabeza nerviosa de recordarlo.

—Lo he pasado mal —dijo Salma y me agaché a abrazarla.

—Ya pasó—. dije mirando al padre con cara de te voy a matar.

Pues listo, comimos con mucho cuidado sobre todo yo, que revisé mil veces los lomillos del pescado que le íbamos poniendo.

De allí nos fuimos a la casa, a descansar, ver pelis y terminar un domingo relajados.

Cenamos una crema de zanahorias que hizo Darek, estaba riquísima, junto a unas croquetas que había dejado Luisa el viernes.

La peque se fue a dormir, nosotros nos quedamos viendo una película de nuevo, yo intenté no quedarme dormida, esa noche ya tenía que pasar algo...



## Capítulo 10

Una mierda, eso fue lo que pasó.

Gruñí al despertarme con un dolor de cuello impresionante. ¡Otra vez nos habíamos quedados dormidos en el sofá!

—No puede ser... —gemí.

—Buenos días...

—¿Qué tienen de buenos? —me senté como pude y miré a Darek, que se desperezaba en el sofá— Me duele todo el cuerpo.

—Tu culpa por querer que viéramos la peli aquí.

—Coño, pues di que no. Tengo el cuello que ni Robocop —gemí al moverlo y que me doliera aún más.

—Esta noche a la cama.

—Esta noche en MI cama, sí, que necesito descansar.

—En mi cama.

—En la mía, Darek, así no cundo en el trabajo.

—Ya veremos... —dijo por lo bajini y lo maté por la mirada.

—Necesito cafeína.

—Arréglate que yo me encargo del café antes de despertar a Salma.

Así lo hice, un rato después, cuando salí del baño ya arreglada, el olor a café inundaba toda la casa. Darek estaba en el cuarto de Salma, que le costaba despertarse.

—¿Pero por qué la despiertas? Si no tiene cole...

—Porque si es por ella, le dan las dos de la tarde dormida.

—¿Y qué? Está de vacaciones.

—Que después me da la noche a mí —puso los ojos en blanco.

—Eres un exagerado, al menos déjala un rato más, no sé, ¿una hora? Ya la despertará Luisa.

—Es que me gusta despedirme de ella antes de irme a trabajar —puso cara de pena.

—Pues le das un beso y te marchas, no seas padre obsesivo —le reñí.

Me miró mal pero lo hizo, no de muy buena gana, pero lo hizo. Le dio un

beso a la pequeña, yo otro y la dejó durmiendo.

—Padre obsesivo... —refunfuñé por el camino— A ver qué culpa tiene la pobre de que tú te vayas temprano.

—Los niños tienen que tener horarios.

—Sí, pero no para todo en vacaciones, déjala disfrutar, ¡que es una niña!

—Pero bueno, ¿te has levantado desesperada hoy?

—Un poco sí —me quejé y me senté a la mesa de la cocina mientras él preparaba las tazas de café—. Te juro que tengo el cuello que no puedo con él. Darek me puso la taza por delante y me dio una pastilla.

—Con esto te sentirás mejor y después, cuando llegues, te doy un masaje.

—¿Cuando llegue de dónde?

—Pues de trabajar, claro. Luisa va a cocinar, así que comemos aquí.

—Luisa cocina casi todos los días y no por eso he comido aquí.

—Vas a comer aquí y no hay nada más que hablar.

—¿Pero a ti qué te pasa?

—A mí nada...

—No, ya veo...

Me tomé el café en silencio y me callé, pero no iba a comer en su casa, tenía que aparecer por la mía y echarme una buena siesta, así que ya me inventaría algo para quedarme en mi sofá.

—Tengo que irme ya —suspiré.

—¿Tan temprano?

—Sí, hoy hay que reponer, así son los lunes... —me levanté y cogí mis cosas.

—Está bien —se acercó a mí y me dio un dulce beso en los labios—. Nos vemos en un rato.

—Ujum...

No, al día siguiente, yo ese día lo pasaba durmiendo y, lo que era mejor, descansando mi pobre cuello.

Llegué al trabajo bien de tiempo, cuando Sara me vio, supo que algo no iba bien.

—¿Las cervicales? —me preguntó, supongo que por mi poco movimiento corporal.

—El cuello me va a matar.

—¿Y vas a poder trabajar así?

—Sí, claro... —tan claro no lo tenía, pero lo intentaría.

—Si te ves mal...

—Lo sé, Sara, pero me tomé algo antes de venir, supongo que se me pasará.

Unas horas después, no lo tenía tan claro. Y, para colmo, tenía a Jorge como próximo cliente en la caja para cobrarle.

—Buenos días, Mar.

—Buenos días...

—¿Cómo estás?

—Bien, gracias...

—Ajá... ¿Y tu marido?

—También muy bien —ya me extrañaba que el tema no fuera así.

—¿De verdad estás bien?

—Sí... —aunque lo que de verdad me apetecía decirle era: no, ni por verte la cara, porque por más que lo intente me caes como una patada en los ovarios, ni porque aún te soporto menos sabiendo que hablaste con Darek de mí, y porque joder, tengo un dolor de cuello impresionante.

Le cobré lo más rápidamente que pude y lo vi marcharse cabizbajo. Anda y que le dieran mucho por el...

—Pobre chico —rio Sara—. Cada vez está más pillado por ti.

—Lo que viene significando que cada vez es más gilipollas. Y de chico tiene poco —gruñí.

—Pero el pobre lo intenta —reía ella—. Ya sabes, la perseverancia lleva al éxito.

—El éxito lo voy a tener yo el día que le meta su compra por el agujero del culo.

Lo dije tan seria que mi compañera se rio a carcajadas.

—Avísame para que ese día no me lo pierda.

—Qué asco, Sara —reí al final yo también, imaginándome la situación.

Esta mañana no tuve ni ganas de salir a comerme el bocadillo. Me acerqué a una cafetería cercana y me tomé un café, de camino me paré en la farmacia para comprarme alguna crema. No sé si sería la mejor, pero le expliqué al farmacéutico lo que me ocurría y solo tengo algo seguro, me dio la más cara. Antes de volver a mi puesto de trabajo, me embadurné el cuello en crema y recé para que esa tortícolis desapareciera pronto.

La mañana se me hizo eterna, ni siquiera me había acordado de mandarle un mensaje a Darek para decirle que no comía allí. Así que suspiré cuando me

entró uno de él, casi a la hora del almuerzo.

“Te veo en un rato, deseando que sea ya.”

A ver cómo se lo tomaba...

“Lo siento, Darek, pero hoy no. Me duele mucho el cuello.”

“¿Aún sigue el dolor?”

“Sí, es insoportable...”

“Bueno, no te preocupes, te daré un masaje que te dejará como nueva.”

“Tú ahí no me tocas ni en broma. Ni tú ni nadie...”

“Está bien, pues una pastilla, una siesta...”

“Sí, eso haré en mi casa.”

“No, eso lo harás en la mía.”

“Darek, de verdad, hoy no. Me duele horrores y necesito descansar. Que os aproveche la comida y que disfrutéis el día. Discúlpame con tu hija. Ya hablamos luego, besos.”

Y para que no me siguiera dando el coñazo insistiendo en vernos, apagué el móvil. Poco después llegaba a mi casa, dejé el bolso y sin pensar en nada más, me dejé caer en la cama. Gemí, eso necesitaba, descansar.

Acababa de cerrar los ojos cuando escuché el timbre sonar. Me daba igual, no iba a levantarme.

El timbre volvió a sonar y yo mandé mentalmente a la mierda a quien fuera.

Golpearon la puerta...

— Me cago en mi estampa —dije con voz de la niña del exorcista—.

¿Pero quién demonios es? —Fui con toda mi mala hostia a abrir la puerta, de par en par, con el ¿Quién es? En los labios preparado para salir en tono: como te pille, te crujo. Pero al final terminó saliendo algo ahogado al verlos a los dos en el descansillo.

— ¡Hola, Mar!

— Hola... —miré a Darek y este me sonrió con suficiencia— ¿Qué hacéis aquí?

— ¿No podemos entrar? —preguntó la pequeña.

— ¿Qué? Claro que sí —les dejé paso y los seguí. Darek venía con varias bolsas y yo no entendía nada.

— No habrás comido, ¿verdad? —me preguntó el hombre que me sacaba de mis casillas.

— No, intentaba dormir —dije de malos modos.

- No se puede dormir la siesta sin comer, mi papá siempre lo dice.
- Tu papá es muy sabio —dije con ironía.
- Hemos traído la comida, porque mi papá dijo que estabas malita y que no podíamos dejarte sola y tiene razón —Salma se sentó en el sofá y cogió el mando para poner la televisión. Ya ella como en su casa.
- Darek... —lo seguí a la cocina, dejó las bolsas en la encimera y esperé a que me mirara para matarlo.
- ¿Cómo estás, preciosa? —se acercó a mí y me abrazó levemente, me dio un dulce y largo beso y ya se me olvidó lo que iba a hacer con él...
- Me duele... Pero ¿qué hacéis aquí?
- Pues verás, no íbamos a dejarte pasar esto sola.
- ¿Pasar qué? Solo es una tortícolis, solo necesito dormir un poco. Descansar. En MI cama.
- Eso de tu cama no es tan así, pero ya lo entenderás. Supuse que no ibas a ponerte a cocinar y seguramente no habrías comido en todo el día, y como te estábamos esperando... Pues traje la comida aquí.
- Dios... Qué cabezón —suspiré.
- No lo sabes bien... Tú al sofá, en un rato, cuando tenga todo caliente y listo, os aviso a las dos. Vamos, tira —me dio un cachete en el culo e hice lo que me pedía. Algo me decía que cuanto más casi le hiciera, más rápido iba a irse para dejarme dormir en paz.

Las seis de la tarde y vi que eso no era como yo lo había pensado. No solo se habían quedado a comer, sino que también venían preparados para pasar el día conmigo y no dejarme sola.

- ¿Cómo llevas el cuello? —me preguntó Darek mientras nos tomábamos un café en la cocina.
- Fatal...
- Si es que no has dormido —me riñó.
- Joder, si no me habéis dejado.
- ¿Te molestamos?
- Darek, joder, sabes que no es eso. Solo que no voy a irme a la cama mientras estáis aquí. No me parece bonito.
- ¿Por qué no? Es tu casa y nosotros no somos desconocidos. Hemos venido a cuidarte.

- Lo sé y os lo agradezco, y siento estar tan de mal humor, pero es que no se me quita —gemí por el dolor.
  - ¿Por qué no preparas la bolsa?
  - ¿Qué bolsa? —ese hombre me mareaba con los cambios de tema.
  - Una con tus cosas, mejor nos vamos yendo ya.
  - Darek, no me voy a ir, hoy duermo en mi cama.
  - Tienes dos opciones...
  - Ya empezamos. Mira, te las digo yo. Una es matarte y la otra es matarte. ¿Cuál te gusta más?
  - La primera —empezó ignorándome— es que te niegues a venir a mi casa, lo que provocará que nosotros nos neguemos a dejarte sola y a irnos de aquí, lo que conlleva a que Salma no pueda dormir bien porque no trajo a su peluche y llorará y lo pasará muy mal...
  - Eso es chantaje emocional...
  - Y la segunda es callarte, preparar la bolsa, venirte a casa y acostarte en mi cama donde tendrás un masaje que te prometo, te dejará como nueva. Ah, y además, te llenaré la bañera para que te des un baño con sales relajantes que te sentará aún mejor.
  - Pero...
  - Mar... La bolsa. Ya. Porque la tercera opción es que la prepare yo y te lleve a la fuerza —me advirtió.
  - No serías capaz —fruncí el ceño.
  - Ponme a prueba —me miró con las cejas enarcadas.
- Me quedé mirándolo unos segundos y resoplé. ¿Iba en serio? ¿Y yo iba a claudicar tan rápidamente? Me cago en Dios, pensé.
- Esto no va a ser siempre así —le advertí señalándolo con el dedo mientras me levantaba.
  - ¿El qué? —sonrió.
  - Que siempre te salgas con la tuya.
  - En realidad eres tú quien se sale con la suya —rio mientras me seguía al dormitorio.
  - ¿Yo? Pero si lo único que quiero es dormir bien una noche.
  - Y lo harás... Pero ambos sabemos que estás deseando hacerlo en mi cama.
  - Darek... —me giré y lo miré.
  - ¿Sí? —preguntó con voz angelical.

- Que te den —resoplé, yendo de nuevo hacia mi cuarto.
- La verdad es que espero darte yo a ti.
- Serás... —fui a reñirle, pero al ver su cara no tuve más remedio que reírme.
- ¿Ves? Si te lo pasas bien. Venga, cuanto antes lleguemos, antes tomarás ese baño —me guiñó el ojo.

Y no mucho tiempo después, ya estábamos en su casa. Salma con su pijama puesto y viendo la televisión tranquilamente. Darek preparando ese baño de sales que me había prometido.

La bañera estaba casi llena y empezó a echar las sales, la espuma comenzó a crecer.

- Qué bien huele —suspiré.
- Mejor te va a sentar. Alguna que otra vez tomo un baño así, cuando me siento el cuerpo demasiado engarrotado por la tensión o el trabajo. Y parece que no, pero alivia. Mira —me puso una especie de cojín—, esto es para que apoyes la cabeza, intenta coger buena postura con tu cuello, deja que caiga aquí el peso, te aliviará.
- Supongo que también sabes lo que es un buen dolor de cuello.
- Gajes del oficio —sonrió. —Esto ya está —apagó el grifo y me miró—. No tengas prisa, yo voy a ir preparando la cena. Disfruta. Verás como con esto y el masaje... Y durmiendo en mi cama —me sacó la lengua—. Mañana te levantas como nueva.
- Tira, anda —lo eché de allí mientras me reía, porque es que en el fondo era hasta gracioso.

Me desvestí y entré en la bañera. Gemí, temperatura perfecta y me encantaba la sensación de la espuma y el agua caliente en mi piel.

Me acomodé lo mejor que pude y suspiré de alivio, cerré mis ojos, intentando descansar.

Abrí un poco un ojo cuando llamaron levemente a la puerta.

- ¿Sí? —pregunté. Si era Darek, iba a mandarlo a la mierda.

La puerta se abrió lentamente y una cabecita rubia asomó su cabeza.

- Hola, Mar —sonrió.
- Hola, preciosa —sonreí—. ¿Estás bien?
- Sí, quería saber si tú estabas bien.
- Yo sí, mejor ya —mentí.
- ¡Bien! —chilló y en vez de irse, entró en el baño— Los baños de

espuma de papi son milagrosos.

- Sí que lo son —reí cuando la vi sentarse en el borde de la bañera, con toda la confianza del mundo, claro que era su casa, pero yo estaba desnuda. Miré hacia abajo, suspirando de alivio porque la espuma me tapaba todo.
- Papi está haciendo la cena, me ha dicho que no te moleste, pero yo nunca molesto —me miró frunciendo el ceño.
- No, claro que no molestas. Te habrá dicho eso como una forma de hablar porque pensaría que yo estaba dormida.
- Ah... Pero no lo estás —empezó a jugar con la espuma— Papi está haciendo champiñones para cenar.
- Qué rico —gemí.
- Sí y me ha prometido que comeremos helado de postre si me porto bien y me voy a dormir temprano.
- Suena a chantaje —reí y ella hizo lo mismo. Muy listo el padre, pensé, chantajeando a la niña para que nos dejara solos pronto.
- Bueno, me voy para que papá no me pille. Que él cree que no lo veo, pero a cada rato se asoma por la puerta de la cocina para ver si me estoy portando bien.
- Y como veo, esta vez muy bien no es que te portes.

La niña y yo nos asustamos al oír la voz de Darek.

- Ay, papi, solo quería ver si estaba bien —dijo con voz compungida —. ¿Me perdonas?
- No sé, me lo pensaré —dijo él muy serio.
- Porfi... Es que estaba preocupada.
- Estabas preocupada... —el padre terminó riendo— Anda, tira para el salón que te voy a dar yo preocupación.

La niña se fue rápidamente y Darek se quedó apoyado en la puerta, mirándome.

- ¿Mejor? —me preguntó.
- Bueno, aún no me dio tiempo —me burlé.
- Se me escapó, no me di cuenta —puso los ojos en blanco.
- No te preocupes—. mí, en ese momento, lo que me preocupaba era que viera más de la cuenta... Miré disimuladamente abajo, a ver si la espuma me seguía tapando.
- Tranquila, no se ve nada —rio él leyéndome la mente—. Pero quizás,

si me acerco un poco más...

— Ey, quieto y parado ahí. ¡Ni te acerques!

— Más veré esta noche, Mar y más cerca te tendré —rio.

— ¿Qué quieres decir con eso?

— Duermes en mi cama —se encogió de hombros y me guiñó un ojo antes de marcharse.

Sonreí, no podía con él.

Salí del baño un tiempo después, me puse el pijama y cenamos tranquilamente. La verdad es que sentía mi cuerpo algo más relajado. La niña ya en la cama, Darek y yo terminando nuestra copa de vino en el sofá...

— De verdad, me da miedo estar aquí, no aguanto una noche más en el sofá, pobre de mi cuello.

— Pobre —rio. Me quitó la copa, se levantó y cogió de mi mano para tirar de mí—. Ya es hora de irnos a la cama.

— ¿Así, sin preámbulos? —bromeé.

— Como si los necesitara contigo... —suspiró, haciéndome reír—  
Tumbate, relájate, voy por el aceite para el masaje.

— ¿En serio me lo vas a dar?

— Pues claro.

Llegó con el aceite, yo tumbada boca abajo.

— Nunca he dado un masaje con una camisa puesta —rio.

— Entonces no habrás dado muchos —bromeé yo.

Me senté en la cama y, poco a poco, me deshice de la camiseta. Su mirada no se apartaba de mi piel, de lo que el sujetador dejaba ver de mis pechos.

— Esto... —carraspeó— Boca abajo.

Sonreí interiormente y lo hice. Me desabroché la parte trasera del sujetador y evité gemir cuando noté su peso sobre mis caderas, donde se había sentado.

Sus manos, mojadas en aceite, no tardaron en estar sobre mi piel. Primero con caricias en mi espalda, después con más fuerza, sobre mi cuello. Cerré los ojos y me dejé llevar.

No sé cuánto tiempo pasó cuando abrí los ojos, miré a mi lado y ahí estaba él, tumbado, sin dejar de mirarme y con sus dedos acariciando mi espalda.

— Te quedaste dormida —sonrió.

— Dios, es que... —qué alivio, pensé.

— Recé para que lo hicieras o con esos gemidos no iba a ser capaz de controlarme —dijo con voz ronca. Me puse de todos los colores posibles, avergonzada.

— Lo siento...

— ¿Por qué? —negó con la cabeza, riendo— Me pones malo gimás o no.

Vaya, eso sí que era una declaración.

— ¿Dormí mucho? —no sabía cómo cambiar el tema, sobre todo cuando no quería cambiarlo.

— No, no mucho. ¿Qué tal el cuello?

— Parece que algo mejor. Esto...

Acercó su cuerpo un poco más al mío y me miró fijamente a los ojos.

— No sabes las ganas que tenía de tenerte en mi cama.

— Me hago una idea —reí pensando en lo que insistió.

— En realidad te imaginaba sin ropa —acercó sus labios a los míos y me besó—. Mar, no sé cómo ser romántico en este momento, porque te juro que se me acabó la paciencia. Te necesito y no sé...

Sonreí ampliamente antes de besarlo para que dejara de hablar. No tenía que decirme nada de eso, era algo que yo también deseaba.

Nos besamos como hasta entonces no habíamos hecho, con el deseo completamente a cargo de nosotros. Me coloqué de lado, pegando mi pecho al suyo, devorando su boca como él devoraba la mía.

— Dios, necesito sentirte —suspiró entre mis labios.

No hacían falta las palabras. Dejamos hablar a nuestros cuerpos. Nuestras manos quitándole la ropa al otro con torpeza, todo por el deseo de sentir su piel. Desnudos y unidos, acariciándonos, sin dejar de besarnos.

Estábamos demasiado deseosos del otro como para esperar...

Tumbada, con él sobre mí, mis piernas abiertas... Cuando entró en mí pensé que iba a terminar allí mismo. La sensación era mejor de lo que había pensado.

Darek no dejó de besarme mientras entraba y salía de mí. Intentábamos no hacer ruido por la niña, pero de vez en cuando nuestros gemidos salían como pequeños gritos de nuestra garganta. La pasión nos desbordaba.

Noté el momento en que mi cuerpo iba a ceder, el temblor en mis piernas que me decía que ya no había vuelta atrás. Mordí su hombro cuando la sensación de plenitud me recorrió y él escondió su cara en mi cuello para

amortiguar su grito cuando llegó al clímax. Cayendo agotado sobre mi cuerpo. Sudorosos. Con la respiración agitada. Y sintiéndonos más que bien.

— ¡¡¡Papi!!!

El grito de Salma nos sacó de nuestro momento de ensoñación. Darek me miró y se levantó rápidamente.

— Darek, que vas desnudo —dije cuando lo vi ir hacia la puerta.

— Mierda... —cogió su bóxer y se lo puso y salió rápidamente al dormitorio de la pequeña.

Yo no tardé mucho en colocarme la ropa e ir tras él. Cuando llegué estaba sentado en la cama, acariciando su cara.

— ¿Qué pasó? —pregunté.

— Está dormida, una pesadilla, supongo.

— Ay, pobre...

— Alguna que otra vez le pasa, como a todos los niños —se encogió de hombros, quitándole importancia.

— Sí, suele pasar. Pero está bien.

— Sí —le dio un beso en la frente y se levantó para dejarla dormir.

Salimos del dormitorio. Darek dejó la puerta de la habitación de Salma entreabierta y me acorraló en el pasillo.

— ¿Y ese cuello? —preguntó antes de besarlo.

— Un poco mejor...

— ¿Solo un poco?

— Ujum... Creo que el masaje no terminó de curarlo —gemí al sentir sus manos en mi trasero.

— Ya veo... ¿Quizás necesitas otro?

— Puede ser. Pero también me duele aquí —puse su mano sobre uno de mis pechos y él apretó, me mordí el labio para no gemir.

— ¿Aquí?

— Sí... Un masaje ahí tampoco vendría mal...

— Entiendo... ¿Y aquí? —apretó aún más mis nalgas para que notara su erección.

— Sí, creo que necesito un masaje general —gemí, provocando su risa.

— Que no se diga que en esta casa no se te atiende bien —tiró de mí hacia el dormitorio y me hizo caer en la cama.

Volvimos a hacer el amor, ya esa vez disfrutando más de los preliminares y del cuerpo del otro. Acabamos agotados y me abracé a él antes de cerrar los

ojos. Por fin lo sentía mío, por fin me sentía feliz.

— Mar...

Escuché cómo susurraban mi nombre, debía de estar soñando.

— Mar...

Abrí un poco los ojos y vi la luz del pasillo encendida, iluminaba parte de la habitación.

— ¿Estás bien? —le pregunté a Salma cuando logré verla delante de mí.

— Shh... No vayas a despertar a mi papá.

— Vale —susurré—. ¿Pero qué te pasa?

— No puedo dormir, he soñado cosas feas, ¿puedes dormir conmigo, por favor?

Sonreí, es que iba a comérmela...

— Sí. ¿Me das un minutito? —pensé en que estaba desnuda— ¿Me esperas en tu cama?

— Pero no tardes.

— No, no lo haré —le prometí.

Y no lo hice, cuando llegué, tenía todas las luces encendidas.

— No las apagues, me da miedo.

— No te dará miedo conmigo aquí —le aseguré—. Confía en mí.

Poco a poco fui apagando las luces y me acosté con ella, abrazándola.

— Duerme tranquila, estoy contigo.

— Pero no te vas a ir, ¿verdad?

— No, no lo haré —le juré.

Y cerré los ojos cuando noté que su respiración se relajaba. Suspiré y sonreí. Adoraba a esos dos seres rubios que me habían robado el corazón.



## Capítulo 11

—Buenos días —noté los besos de Darek en mi cuello, me moví y solo entonces recordé dónde estaba—. Te espera el café —me besó en los labios y me guiñó un ojo antes de marcharse hacia la cocina.

Me levanté con cuidado de no despertar a Salma y seguí a Darek.

—Buenos días —le dije.

—¿En la cama de Salma?

—Sí, tuvo una pesadilla y no te quería despertar. Espero que no te moleste...

Darek se acercó a mí y me abrazó.

—¿Por qué iba a molestarme? Te quiere mucho.

—Sí y yo a ella —acepté la taza que me ofrecía y me senté a la mesa.

—Qué pocas ganas de ir a trabajar, me quedaba en la cama contigo todo el día —suspiró.

—Sí, sueña —reí.

—Bueno, ya cumplirás mis fantasías esta noche —me guiñó un ojo.

—Tengo una casa, ¿recuerdas?

—¿Y? —se encogió de hombros— Hoy no puedes negarte a quedarte.

—¿Y por qué no? —reí.

—Porque lo de anoche no fue suficiente.

—¿Y esa qué explicación es?

—La verdad, tengo muchas cosas en mente para hacer contigo en esa cama.

—A ver si ahora me voy a tener que traer mi ropa para que tengas tiempo de sobra.

—No estaría mal —dijo muy serio.

—Tú estás fatal —reí, pero me había puesto hasta nerviosa—. Tengo una casa, Darek, tengo que...

—Es muy temprano para discutir, Mar. Hoy comemos aquí porque le dije a Luisa que también cocinara para ti y no le vas a hacer el feo. Además, le prometí a Salma que esta tarde iríamos al Centro Comercial a por otro disfraz para ella y obviamente tú entras en los planes.

—Ajá... ¿Y eso qué tiene que ver para dormir?

—Pues que anoche te escapaste de mi cama y me lo debes —se encogió de hombros, él se quedaba tan pancho con esa explicación.

—La excusa más mala que oí nunca —reí.

—Inventaré lo que sea para que te quedes hoy, no me retes.

—Pero mañana...

—Mañana ya veremos. Y mueve el culo, hoy se nos pegaron las sábanas.

Me dio por mirar el reloj que tenía en la cocina y abrí los ojos como platos.

—Mierda... —salí corriendo a arreglarme, íbamos a llegar tarde los dos.

Y lo hice, diez minutos tarde, pero menos mal que casi nadie se dio cuenta. Solo Sara, quién me miró con las cejas enarcadas y me guiñó un ojo, dándole rienda suelta a su imaginación. La única diferencia es que esa vez hasta acertaba...

El día pasó como era normal últimamente. Trabajo, comer con mis dos rubios favoritos, por la tarde también con ellos... Y en la cama, por segunda noche consecutiva, con Darek.

—No veía la hora de tenerte aquí de nuevo —me besó el cuello.

—No te acostumbres —reí.

—¿Por qué no?

—Porque tengo una cama. Una casa, ya sabes...

—Ah, sí, eso —dijo como si no tuviera importancia.

—Darek, ya en serio —cogí su cara entre las manos y lo miré—. Tenemos que hablar.

—No, tengo que besarte. Tengo que tocarte. Tengo que hacerte mía. Hablar está sobrevalorado—. sin dejarme sin opciones, devoró mi boca, haciéndome perder la cabeza.

—¿Os estáis besando?

La pregunta de Salma nos hizo separarnos como si estuviéramos haciendo algo malo.

—¿Qué haces despierta? —preguntó Darek.

—Es que escuché ruidos, parecía que alguien no podía respirar —dijo la pobre preocupada, haciéndome reír.

—Eso era exactamente lo que pasaba sí, Mar estaba tosiendo y no podía respirar bien y yo la ayudaba —dijo Darek.

Lo miré con las cejas enarcadas, ¿pero qué mentira era esa?

—Ah... ¿La estabas salvando?

—Sí, eso mismo —confirmó él.

—Entiendo. Como cuando alguien se ahoga y le hacen el beso a beso — la niña, con su peluche en los brazos, mirándonos mientras nos preguntaba eso... Yo no sabía si llorar o reírme a carcajadas.

—Se dice el boca a boca —reó Darek—. Pero básicamente es eso, sí.

—Entiendo —suspiró la pequeña—. ¿Pero ya estás bien? —me preguntó.

—Sí, tu padre me ayudó mucho —carraspeé.

—Mi padre es un héroe —sonrió ampliamente—. Ahora me tienes que ayudar a mí, papi.

—¿A ti a qué? —preguntó el pobre asustado.

—No puedo dormir, he soñado algo feo. ¿Puedo dormir con vosotros, porfi? —la cara de pena era de película.

—Venga, ¡sube! —le dije.

—¡Sí! —chilló ella antes de subirse en la cama y ponerse entre su padre y yo.

—Buenas noches, papi.

—Buenas noches, cariño.

—Buenas noches, Mar.

—Que descanses, preciosa.

Darek me miró y sonreí. Le guiñé un ojo para que supiera que no me importaba en absoluto. Agarré su mano por encima de Salma y cerré los ojos. Los planes de esa noche se nos torcían, pero dormir así, también era una experiencia difícil de olvidar.

Al día siguiente, no sé cómo, pero volví a almorzar allí.

—Mierda —dije cuando, al fregar, una cuchara me atacó y me empapé entera.

—El ataque de la cuchara —rio Darek.

—Joder, menos mal que me traje otra camisa.

—Trae esa, yo te la lavo.

—¿Ahora también dejo mi ropa a lavar aquí? —reí.

—Así parece —me sacó la lengua. Fui al dormitorio a coger la otra camisa y no la encontré.

—Darek, no encuentro mi bolsa.

—Está dentro del ropero.

—Ah... —volví y abrí el ropero y la bolsa estaba, pero vacía. Me había

dejado una estantería con mi ropa doblada. Negué con la cabeza, Darek y sus cosas.

Pero esas cosas ya empezaban a preocuparme. Porque el viernes ni siquiera necesité llevarme ropa para pasar el fin de semana allí, tenía bastante en “mi lado del armario”.

Entre eso y productos de aseo personal que tenía una estantería en el baño... Las cosas estaban así en ese momento.

Y los seguíamos sin poder estar juntos. Salma nos interrumpía cada dos por tres y, por las noches, habíamos caído rendidos.

Ese fin de semana teníamos planes, pero el viernes lo íbamos a pasar de relax. La semana en el trabajo, para ambos, había sido cansada y mi cuello aún no estaba bien.

Estaba preparando la cena el viernes en la cocina de Darek, me costó la vida convencerlo de que me dejara cocinar. Al final tuve que amenazarlo con irme a mi casa para que aceptara.

La cuestión es que gané la discusión, aunque fuera usando el chantaje.

Como os contaba, estaba amasando la masa de la pizza casera que iba a preparar cuando noté a Darek en mi espalda.

—Con ese movimiento de culo, me estás poniendo malo... —se apretó contra mi cuerpo, haciéndome gemir.

—Papi, ¿qué hacéis?

Yo en ese momento me puse tensa, pero más que por la pregunta de Salma, por la reacción de Darek. Me apretó el estómago tan fuerte que comencé a toser. Tardé unos segundos en controlarme y en poder girarme para mirarme.

—Ay, dios, ¿estás bien? —me preguntó Darek preocupado.

—No sé cómo, casi me...

—Te he salvado, pero no es para tanto.

—¿Que me has salvado? —pregunté con los ojos abiertos de par en par.

—¿Estás bien, Mar? —preguntó Salma preocupada.

—Sí, se estaba ahogando y tuve que...

Corté la explicación de Darek con una mirada, ahí iba a morir alguien y no iba a ser precisamente yo.

—Menos mal que eres un héroe, papi. Porque no ganamos para sustos —dijo la niña en plan dramático.

Yo puse los ojos en blanco. Eran tal para cual...

Cuando Salma se quedó tranquila con que yo estaba bien y se fue al sofá, miré a Darek y lo golpeé en el estómago.

—Te voy a matar —le advertí.

—Es lo primero que se me ocurrió.

—Lo primero que se te ocurrió... Anda, tira, que no quiero ni verte hasta que la cena esté.

—Pero dame un beso —rogó.

—¡Fuera!

Negué con la cabeza mientras lo veía marcharse. Estaba como una cabra, vaya.

Ya con mis pizzas en la mesa, fui a darle un bocado cuando Salma me miró con cara de susto.

—¿No te gustan las pizzas que hice, preciosa?

—Sí, están muy ricas, pero...

—¿Pero? —preguntó su padre.

—Papi, ¿ella puede comerlas?

—Sí, ¿por qué no iba a poder? —su padre la miró extrañado.

—Porque antes casi se ahoga... ¿Y si come algo y le vuelve a pasar? No quiero que le pase nada.

Yo no sabía si comérmela a besos por preocuparse por mí o matar a su padre por la mentira de antes.

—Sí —miré a Darek—. Yo tampoco sé si con casi ahogarme puedo comer...

—Claro que puedes comer —carraspeó—. Eso fue solo un susto, Salma, pero Mar está bien. Además, necesita comer.

—¿Seguro? —preguntó la niña.

—De verdad —dijo él.

Le di un mordisco a la pizza y tragué tranquilamente mientras Salma me miraba asustada.

—Estoy bien —sonreí cuando tenía la boca vacía.

—Menos mal —suspiró ella—. Porque nos distes un susto... —dijo dramáticamente.

Darek se reía hasta que lo miré con ganas de asesinarlo. Carraspeó y se centró en la cena.

Ya en la cama, con Darek, lo golpeé en el hombro cuando quiso pegarse a mí.

—Venga, es que no sabía cómo salir de esa —no dejaba de disculparse—. Por favor, perdóname.

Sus ronroneos y sus besos me estaban ablandando.

—Ahora sí la estás besando.

Me reí al oír a Salma.

—Pero bueno, Salma, ¿qué está pasando contigo? —se quejó su padre.

—Estoy esperando para ver cómo os besáis.

—Deberías de dormir —le recordó su padre.

—Y tú no deberías de mentirme —la niña levantó la cabeza, haciéndome reír de nuevo.

—¿En qué te he mentido yo? —su padre se hizo el ofendido.

—Papá, eres como en la película que vi, te inventas cosas para no decirme que la besas. Pero si yo ya lo sé, ¿no me lo ocultes!

Acabé doblada de la risa en la cama, era demasiado lista para su edad.

—¿Pero qué cosas ves tú en la tele? —preguntó Darek.

—Ese no es el tema, papá —resopló ella—. ¿La vas a besar? Es lo que hacen los novios, ya lo vi muchas veces.

Sin pensármelo, besé a Darek. Un simple beso en los labios, pero...

—Gracias, Mar, alguien adulto en esta casa —suspiró la niña y con las mismas se marchó de la habitación.

—Tú estás seguro de la edad de tu hija —aún me reía sin poder parar.

—No sé... Pero voy a tener que controlar qué es lo que ve en la tele.

—Ven aquí —el pobre pestañeaba sin poder reaccionar—. Ya está, no pasa nada. ella quería ver un beso y lo vio. La hará sentir segura. El problema es que ahora nos cree novios... —torcí el gesto, sin saber si era eso lo que le preocupaba.

—¿Y qué somos sino?

Su pregunta me dejó un poco consternada. Bueno, ni siquiera había pensado en qué éramos. Las cosas, después de su manera tan idiota de intentar huir de mí, se habían dado tan rápidamente que ni siquiera había tenido tiempo a solas para plantearme qué estábamos haciendo.

—¿Somos novios? —pregunté, pestañeando varias veces.

—Novios ya no se dice.

—Bueno, lo que sea, Darek, no me saques de mis casillas.

—Novios, pareja, más que amigos, amigos con derecho —se encogió de hombros—. Llámalo como quieras.

—Ah...

—¿No?

—No sé.

—Tampoco es momento de que pienses en eso.

—Pero las cosas tenemos que hablarlas, Darek.

—Hablar está sobrevalorado. Tengo mejores ideas de qué hacer contigo ahora mismo —me besó, intentando que olvidara el tema de nuevo.

Y no le costó mucho trabajo que eso ocurriera.

—Pero...

—Nada, Mar, ahora solo deja de pensar.

Volvió a besarme y ya todo pensamiento racional se fue de mi mente. Me centré en él, en su cuerpo, metí la mano por el pantalón y apreté su trasero.

—Auch —me quejé cuando recibí un codazo en la cabeza.

—Pero Salma —se quejó Darek, resoplando al ver cómo se subía a la cama, poniéndose entre nosotros—. ¿Adónde vas?

—No puedo dormir —dijo ella casi llorando.

—Normal, duerme siesta —le recordé al padre mientras reía porque se repetía la situación.

—No, esto pasa desde que tú no me dejas levantarla temprano.

—Pero bueno —me hice la ofendida—. Eso no es así.

—Sí que lo es...

—No es momento de pelear y menos por una niña —nos calló Salma—. Cuando me duerma me lleváis a la cama y ya después habláis las cosas de novios, pero ahora, ¿me podéis dejar dormir?

Los dos nos quedamos mirando a la sinvergüenza de la niña, miré a Darek y él a mí y nos empezamos a reír a carcajadas. Salma era todo un caso, de eso no había duda.

Empezamos a hacerle cosquillas al verla tan seria y de tanto que rio, acabó dormida en poco minutos. Darek la llevó en brazos a su cama y cuando volvió, me abrazó.

—¿Nos dejará estar solos hoy?

—Supongo que sí —sonreí—. Sabe que a los novios hay que dejarlos solos —acabé riendo.

—¿Aún con ese tema?

—Bueno, hasta que lo hablemos.

—No me gusta hablar —me besó.

—¿Y qué te gusta? —ronroneé en sus labios.

—Tú, me gustas tú.

Y devorarme. Y morderme. Y acariciarme...

Me dejé hacer todo lo que quiso y más, acabamos dormidos, pero antes nos volvimos a poner el pijama, no podíamos fiarnos de que Salma apareciera de nuevo, en cualquier momento.

Abrazada a Darek, suspiré.

No es que a mí me preocupara ponernos etiquetas, llamarnos novios, lo que sea que fuera. Es que aún teníamos muchas cosas que hablar y sabía que él las intentaba aplazar todo lo posible.

Ahora estábamos bien. Más que bien, llevábamos días incluso viviendo juntos, ¿pero y si volvía a pasar lo de la otra vez?

¿Y si volvía a irse como esa vez? ¿Sin explicaciones? ¿Solo con un adiós y yo no soy el hombre que crees o cualquiera de las cosas que me dijo?

Eso era lo que me daba miedo y aunque disfrutaba cada momento con él y me quitaba eso de la cabeza, la verdad es que ese pensamiento seguía ahí.

Le di un beso en la mejilla y volví a suspirar cuando me apretó contra su cuerpo. Ahora estábamos viviendo algo bonito y yo tenía que concentrarme en eso. Nada más...

Y si ese momento que temía llegaba... Entonces ya vería cómo afrontarlo. Y teniendo claro en mi mente que en algún momento, quisiera él o no, tenía muchas explicaciones que darme. Muchas cosas que aclararme.

Y de eso no iba a librarse, iba a contarme todo.



## Capítulo 12

Por fin, mi semana de vacaciones...

—Mañana ¡Por fin! —mordisqueé la tostada.

—Podríamos hacer algo diferente. ¿Te parece?

—¿Yo? Irme para mi casa esta misma noche —reí.

—No y menos en tus vacaciones —me miró fijamente.

—Ah no, no empecemos con las intimidaciones —me quejé.

—¿Y si hacemos una locura?

—¿Una locura? —yo no dejaba la tostada, estaba hambrienta —  
Explícame eso... —enarqué la ceja.

—¿Y si buscamos unos vuelos a Paris y llevamos a la niña tres días a  
Disney?

—¡Hostias! —me entró un cosquilleo en el estómago —Salma lo fliparía  
y yo, que no he salido de Barcelona y de esta isla en mi vida —reí.

—¿Entonces?

—No sé, me sorprendió gratamente el plan, no voy a negarlo, no he  
viajado en mi vida y siempre he fantaseado con Disneyland.

—Entonces no hay más que hablar, luego miro los vuelos tranquilos, la  
pequeña va a emocionarse, creo que se lo vamos a tapar hasta llegar a la  
puerta de Disney —dijo emocionado.

—Pues lo miras y me dices cuanto es, que te lo doy.

—Te invitamos nosotros...

—Pero si dijo Salma que aún os faltaba mil monedas —puse los ojos en  
blanco riendo.

—La hucha... —soltó una carcajada —era una forma de mantenerla  
ilusionada, pero tengo mis ahorros para poder permitirnoslo —seguía riendo.

—Yo pago mi parte, yo también tengo ahorros gracias a mi abuela —le  
guiñé el ojo.

—No, en esto no hay negociación. No hay más que hablar. ¡A trabajar!

—Esto no se queda así —salí por la puerta con otra tostada en la mano.

La mañana la pasé como una niña chica, viéndome ya en Disney, con esas

orejas de Mickey que todos compran para la foto típica en el parque.

Al medio día pasé por mi casa a ver que todo estaba en orden, el buzón y para casa de Darek.

—¿Y Salma? —pregunté al no verla.

—Se la ha llevado Luisa, es el cumpleaños del niño y lo invitó, la trae a la noche.

—¡Hostias! —Puse cara de no esperármelo.

—Así podemos hablar tranquilo —me guiñó el ojo poniendo los platos sobre la mesa.

—¿Miraste algo?

—Sí, en la oficina, cuando estaba la cosa tranquila, ya pedí adelantar mis vacaciones tres días y sin problemas. Encontré un ofertó para este domingo.

—¿Pasado mañana?

—Ajá, vuelo directo a París.

—¿Cuántos días?

—Te explico, vamos a estar tres noches en Disney, de los cuales entramos al parque dos días y dos noches la pasaremos luego en París, os quiero enseñar algunas cosas —me guiñó el ojo —regresamos el viernes. Ahora lo voy a comprar por internet, lo dejé reservado por doce horas, es que me faltaba tú número de documento.

—Voy a pagar mi parte —dije mientras me peleaba con el bistec, cortándolo, estaba un poco tieso, riquísimo, pero era una batalla lidiar con él.

—Bueno, pues ahora lo pillo —dijo ignorando mi comentario.

—A París... —dije alucinando.

—Nos vamos a París —me hizo un guiño —Salma no se lo va a creer, esperemos que no se dé cuenta de nada hasta llegar.

—Pero por el vuelo sabrá que vamos a París.

—Sí, pero le decimos que eso, sabe que nos falta mil monedas para poder entrar al parque —rio.

—Bendita inocencia...

Pasamos la tarde en el sofá, después de coger el viaje, la verdad que era un chollazo.

Mimos, besos y orgasmos como locos, chillando, sin contenernos, sin el miedo a ser pillados, eso nos hizo dejarnos llevar de una manera diferente.

Me encantaba Darek, no sabía lo que era en mi vida, pero sí que era algo que la iluminaba, al igual que la pequeña Salma, que llegó feliz del

cumpleaños.

Le contamos que íbamos a ir a pasear a Paris, a ver la torre Eiffel...

—Qué bien me voy a montar en avión —sonreía ilusionada.

—En París, en otro lado más lejos de la ciudad está Disney y cuando llenemos la hucha vamos a ir —dijo ante el aguante de risa de su padre y mío.

—Yo creo que dentro de poco la conseguimos llenar, yo te voy a ayudar —dije haciéndole cosquillas.

La peque estaba nerviosa por el viaje, así que, durmió en medio de nosotros.

Por la mañana después de desayunar me fui a mi último día de trabajo antes de salir para ese precioso viaje.

Pasé por mi casa a la salida del trabajo, necesitaba coger la maleta y algunas cosas, estaba de los nervios, no le conté a nadie nada, no me lo creía ni yo.

—La comida en la mesa —dijo la peque al yo llegar.

—Hola, mi princesa —le di un beso en la frente.

—Tu príncipe está en la cocina —dijo riendo a carcajadas.

—¿Tengo un príncipe? A ver —dije asomándome.

—Hola —dijo Darek saludando felizmente.

—Suelto la maleta en ¿la habitación? —yo ya no sabía si era mía también o no, me dieron ganas de soltar una carcajada pero sonreí y aguanté.

—Te lo agradecería, en el pasillo puede estorbar —hizo una mueca burlona.

Resoplé y la metí en su habitación, volví a la cocina y Salma me miraba riéndose.

—Y tú... ¿De qué te ríes?

—Mi padre te miró el culo —soltó una carcajada.

—Salma —dijo el padre protestando a la vez que me miraba de reojo.

—Ya, me callo para siempre —se puso las manos en la boca.

—Hombre, para siempre no —puse los ojos en blanco mientras negaba riendo.

—Vamos a comer y tengamos la fiesta en paz...

—Darek, esto no hizo más que empezar —bromeé riendo.

—Ya no mires el culo de ella y así no me chivo —Salma habló rápido.

—¿Pero tú no te ibas a callar para siempre?

—Es verdad —reía de lo más feliz.

El día de nervios, deseando que llegara la noche, donde por supuesto dormimos los tres juntos.



## Capítulo 13

—Bienvenidos a París.

Cuando el piloto del avión dijo esa frase, no pude evitar unirme a los aplausos de los demás pasajeros. Darek reía mientras Salma y yo ovacionábamos a la tripulación por el vuelo perfecto.

Aún no podía asimilar que estábamos en París. Ni siquiera al pisar suelo francés me lo podía creer. Me fijaba en todo, para mí eso era un deleite: los carteles, la gente hablando, los taxis... Cualquier cosa que me hiciera entender de una vez dónde estaba.

Salma estaba igual que yo, mirando todo con los ojos abiertos como platos. Iba emocionada, dando saltitos. Parecía que vivía un sueño.

Pero el sueño lo viviría ella cuando estuviera delante de las puertas de Disneyland.

Tardamos un buen rato en llegar a nuestro primer destino. Con las maletas a cuestas, caminamos unos metros hasta que Darek se paró, esperando que Salma y yo terminásemos nuestra retahíla, la cual traíamos desde que nos montamos en el avión en España.

—¿Ya? —nos estaba mirando, con los brazos cruzados y cara de desesperación.

Afirmamos las dos con la cabeza y apretamos los labios.

—Bien... —empezó— Vamos a estar aquí unos días, hoy es el primero de ellos y solo espero que lo disfrutéis. Y para empezar, solo quiero que miréis a vuestra izquierda y empecéis a creéroslo. A la izquierda es al otro lado, Salma —rio Darek.

Me quedé observando a Salma mientras enfocaba lo que Darek quería. Primero miró con los ojos entrecerrados y noté el momento exacto en que entendió que sí era ese lugar, con el que tanto había soñado, donde estaba.

—Papi...

—¿Sí? —rio Darek al escuchar el tono de sorpresa en su voz.

—Ay, Mar —dijo esa vez.

—Sí, es real —reí yo.

—¿Estamos de verdad en Disneyland? —nos preguntó a los dos.

Los dos le dijimos que sí y la niña comenzó a llorar. Nos agachamos para abrazarla, se había emocionado y nosotros no podíamos dejar de reír.

—¡¡¡Estamos en Disneyland!!!

Y ese fue el grito que nos acompañó durante los días que nos quedaban allí.

Una vez dentro del parque, después de hacernos decenas de fotos y una vez localizado el hotel y las maletas en la habitación, nos dirigimos al parque para comenzar con nuestra aventura. Y la primera aventura era comer, estábamos hambrientos. Nosotros, porque Salma no, luchábamos con ella para que no se pusiera a hacer cola en cualquier atracción antes de llenar nuestros estómagos.

Terminamos comiendo una hamburguesa, casi devorándola, para que la niña pudiera disfrutar de todo aquello.

Estábamos en Disneyland los tres juntos, disfrutando de unas vacaciones que no esperábamos.

Comenzaba la aventura...

El vuelo de Peter Pan, La galería de la Bella y la Bestia... Todo, Salma y yo queríamos montarnos en todo. Las colas eran exageradas, pero teníamos el pase VIP, eso nos facilitaba mucho las cosas. Yo flipaba, para qué negarlo, en ese momento tenía, de nuevo, cinco años, como ella.

O así me sentí cuando nos bajamos del barco de Es un mundo pequeño. Un barco que iba por una especie de río dentro de un recinto completamente de película en el que había caracterizaciones de todas las nacionalidades posibles del mundo y cantaban una canción que no fui capaz de quitarme de la mente en todo el viaje.

Espectacular.

Y ya en El curioso laberinto de Alicia, ni contaros. Lo que os diga, yo tenía cinco años. O quizás menos, quién sabía.

Lo que restaba de nuestro primer día en la ciudad de la magia, lo aprovechamos al máximo. En todo momento con una sonrisa en la cara, viviendo un sueño que no era solo algo de niños. Un sueño que cualquiera disfrutaría.

Llegamos al hotel, cenamos, una ducha... Y Salma se quedó dormida en segundos. Darek la tapó con una sábana y vino hacia mí.

La habitación era como todo lo demás, un sueño. Darek y yo compartiríamos cama mientras Salma dormía en una cama supletoria que

estaba al lado de la nuestra. Es decir, acabaría, en cualquier momento, encima nuestra.

Respondí al abrazo de Darek y a su beso.

—¿Feliz? —me preguntó.

—Darek, esto es impresionante —suspiré.

—Pues verás cuando conozcas París en sí.

—No me lo puedo creer aún —reí.

—Te va a encantar y yo me alegro de que sea yo quien te lo enseñe —me guiñó el ojo.

—Me siento aquí como si fuera una niña pequeña.

—Aquí somos todos niños pequeños —me besó en el cuello y...

—Ah, no, aquí no. Está Salma.

—¿Y?

—Que nos puede ver u oír...

—Salma está ya en el quinto sueño, no se enterará de nada, está agotada.

—Pero...

—¿Piensas tenerme todos estos días en París a dos velas? —bromeó.

—No... Bueno, no sé, espero que no, pero ahora no.

—Es el viaje de nuestra vida, no puedes.

Me mordí el labio y lo miré.

—Con la niña ahí no —repetí.

—Mar...

—Darek, bienvenido a París —le saqué la lengua, riendo.

Me acosté y cerré los ojos, sonriendo cuando Darek me abrazó por detrás. Me encantaba disfrutar de esos momentos así. Suspiré, agradecida de nuevo por los días que nos quedaban por delante y por todas las aventuras que nos quedaban por disfrutar. Sin imaginar que no iba a ser, precisamente, un viaje perfecto.

El viaje de ensueño que pensábamos iba a complicarse más de lo que podíamos a imaginar. Supuse que todo era por un cúmulo de sensaciones desbordadas que viviríamos en las próximas horas. Pero otra cosa sí era cierta: ese viaje sería inolvidable. No solo por el lugar, sino porque cada cosa que nos pasaba no íbamos a olvidarlas en la vida.

Como bien había dicho el comandante al aterrizar: Bienvenidos a París.

Bienvenidos a la ciudad del amor.

Bienvenidos a una ciudad que casi acaba con mi salud mental. Aunque la

pobre ciudad no tenía la culpa, pero sí el pobre chico que me abrazaba por la espalda. Quien, sin saberlo, me iba a sacar de quicio cada dos por tres.

Segundo día en tierras francesas.

Segundo día en la ciudad de la magia.

Seguíamos en el parque Disney, el de las atracciones del mundo de ensueño con el que todo niño y adulto soñaba.

—Me quiero montar ahí —dijo Salma.

—¿Otra vez en las tazas? —preguntó Darek.

—Sí, es que están guays —el día anterior se había montado conmigo, pero claro, eso daba vueltas y vueltas y nosotras, recién comidas... Yo no iba a arriesgarme a mover eso demasiado—. Pero hoy podemos hacer que den más vueltas.

—Podemos, sí —afirmó su padre.

—No demasiadas porque acabamos de comer —les advertí.

—No seas exagerada —rio Darek —Tampoco es para tanto.

Un rato después, quise meterle el “tan poco es para tanto” por el culo.

Después de que me insistieran demasiado, claudiqué y me uní a ellos a montarme en la maxi taza gigante, esa que viendo a algunas familias de padres neandertales, eso giraba que ni el diablo de Tasmania... Pero habría que confiar en la palabra de mi ¿novio?

Llegó nuestro turno y nos montamos en la taza. Los tres, con la sonrisa de oreja a oreja, disfrutando de algo así, juntos. Hasta que Darel comenzó a girar el volante cada vez más rápido.

—Darek, no hace falta tanto... —me quejé.

—Sí, papi, ¡qué guay! —Salma emocionada y yo temiendo que la comida se me saliera del estómago, por decirlo de alguna manera.

Y ahí salió a flote lo que todo hombre tiene en su interior, el neandertal dormido que solo sale en momentos malísimos en los que deberían de mantener más a raya. Pero no, les sale... Cómo decirlo, la vena de machos y ahí que la liamos.

Darek empezó a girar y a girar a más velocidad, ignorando mis advertencias.

Cuando, por fin, la dichosa atracción paró, a mí aún me daba vueltas todo. Pero el karma fue sabio, dándole a quien le tenía que dar.

El chulo de playa, porque no tenía otra forma peor de llamarlo, se levantó con esa hombría tan específica de “soy un padre guay” como el que no estaba

mareado en absoluto y cogió en brazos a su pequeña hija, quien también tenía la sonrisa en la cara, pero que no dejaba de ser una niña de cinco años que, hacía no mucho, había llenado su estómago.

Gracias, Dios —dije mentalmente cuando toda esa comida salió de donde debía estar hacia la ropa de Darek.

Salma vomitó, quedándose tan pancha después de ello. Yo...

—Eso te pasa por idiota —dije antes de empezar a reírme a carcajadas mientras la gente nos miraba con cara de asco, muchos yéndose de la fila.

Darek... A Darek se le había quitado la tontería de hacerse el chulo, al menos por el momento.

De vuelta al hotel a cambiarse de ropa. A ver si al volver, dejaba al macho man en la habitación.

Ya, menos mal, pasamos la tarde más tranquilamente. Disfrutamos del desfile de las princesas Disney y nos fuimos a dormir, estábamos agotados.

Día tres en París.

Día tres en Disney.

Era el turno de los mayores...

Y ahí estábamos, haciendo cola para hacernos una foto con Darth Vader.

Vale, que normal que a la niña no le hiciera mucha ilusión, pero que la pobre, al verme a mí rogar cual niña pequeña de menos edad de ella, pues accedió.

Y nos tocaba, era nuestro turno.

Un soldado gigante nos hizo entrar dentro de una sala y nos mandó quedarnos allí. Los tres de la mano, tan tranquilos, cuando noto que algo, o alguien mejor dicho, me toca el hombro. Pues yo tan tranquila, para qué mentirnos. Como en español no nos entendían, pues imaginaba que el soldado de las galaxias francés me llamaba así.

Me giré, con toda la tranquilidad del mundo y casi me da el infarto del año.

Miré lentamente hacia arriba a esa figura de mínimo dos metros vestida de negro y me encontré, ni más ni menos, que con Darth Vader.

El grito que yo di por el susto y el salto que pegué me hizo colocarme, rápidamente, detrás de Darek, que estaba en la otra esquina.

—Sus muer... —me callé lo que iba a decir al acordarme que teníamos a una niña pequeña con nosotros.

Con la mano aún en el pecho y las risas de Darek y Salma, miré de nuevo

al bicharraco ese gigante, el cual nos hizo una señal para que lo siguiéramos.

Mirad, yo sé que todo eso eran personas caracterizadas, claro. Pero os aseguro una cosa, allí todo era muy real. Si yo en la vida real me llego a encontrar con Darth Vader, podía admirarlo mucho muchísimo porque era una friki de la serie, pero que me asustaba... Eso seguro.

Caminé lentamente detrás de Darek e intenté esconderme, pero el bicho de dos metros vestido de negro vino hacia mí me cogió de la mano y no os miento cuando digo que me temblaba todo el cuerpo, y me colocó a su otro lado, sola. Allí, sin Darek...

En ese momento hicieron la foto y yo salí rápidamente del miedo que llevaba en el cuerpo. La foto... La foto, evidentemente, iba a quedarse allí, porque cuando yo vi la cara de susto que tenía en ese momento... Ni de broma iba a quedarme con ese recuerdo. Es más, lo contaría como no había pasado, la gente no tenía por qué saber nada.

Pero el gracioso de Darek no tardó en comprarla. Y llevarla, con orgullo y partiéndose de la risa cada vez que la miraba.

Pues hala, por idiota, otra noche más sin sexo. Si esa era la ciudad del amor, para él y para mí iba a ser la ciudad del odio, porque cada vez que lo veía reírse con esa foto, lo odiaba un poco más.

Así acabamos esa noche, dormidos dándonos la espalda porque aún me duraba el cabreo. No iba a dejar que me tocara un pelo.

¡Que le dieran!

Cuarto día en París.

Por fin íbamos a conocer París.

Darek reservó habitación en un hotel que estaba bastante alejado del centro de la ciudad, pero como el servicio de metro funcionaba a las mil maravillas, no teníamos ningún problema para llegar con un solo trasbordo.

—París es un caos —nos decía Darek cuando íbamos de camino al tren, con las maletas ya en el hotel y con la intención de aprovechar todo el día visitando lo más emblemático de la ciudad.

—Sí, lo es. Pero no creo que haga falta... —miré a la cuerda que le estaba atando a la niña en la muñeca.

—Sí que lo es...

—Papi, pero yo te doy la mano y ya.

—No, que te puedes perder aun así, estaremos más seguros yendo atados.

—No pienso atarme —le advertí.

—Mar...

—Que no, Darek —puse los ojos en blanco.

—Está bien —suspiró, no queriendo ponerme otra vez de mala hostia—.

Pero París es un...

—Caos —repetimos Salma y yo a la vez.

—Sí, lo es. Así que si alguien se pierde o se baja en el metro donde no es... Pues fácil, que se suba al siguiente metro y se baje en la primera parada, que es donde estaremos esperándole los demás, ¿me habéis entendido?

—¿Pero cómo me voy a perder si me llevas amarrada? —preguntó Salma.

—¿Me habéis entendido? —preguntó esta vez mirándome a mí.

—Ajá... —dios, qué paciencia había que tener con él.

Con mi edad y aguantando sermones de mi novio, ni que fuera tonta, ¿cómo iba a perderme?

Pues bien... Tiempo después de encontré sentido a todo esto...

Los tres sentados en el metro, yo distanciada de ellos por los asientos que había libre.

—Darek —lo llamé y me miró, interrogante—. ¿Cuántas paradas nos quedan?

Miró al letrero en el que iluminaban las luces con las paradas y contó.

—Tres, nos quedan tres.

—Vale... —pendiente al letrero porque cuando paraba el metro eso era un caos de gente saliendo y entrando rápidamente por el poco tiempo en el que permanecían las puertas abiertas. Todo controlado, pensé.

Una parada... Bien, ya solo quedaban dos.

Dos paradas... Perfecto, en la siguiente...

En la tercera parada, aunque no me sonaba el nombre de donde habíamos dicho que teníamos que bajarnos, con el revuelo que se formó, me bajé. Y fue ya fuera del tren cuando oí a Darek gritar mi nombre. Me giré y miré y ahí estaba él, dentro del tren y poniendo los ojos en blanco.

Joder, ¿pero qué hacía ahí? ¿Y qué demonios hacía ahí sola?

Instintivamente, intenté entrar, pero ya las puertas se cerraron y el tren se marchó. Miré con cara de tonta y entonces recordé lo que nos había dicho antes de montarnos en el metro. Que me montara en el siguiente que llegara y me bajara una parada después, donde me esperarían ellos.

Bien, cuatro minutos y medio faltaban para el próximo...

Y yo allí, completamente sola, me temblaban las piernas.

El tren llegó, me monté y me bajé en la siguiente parada.

—¡¡¡Mar!!! —chilló Salma al verme— ¡¡¡Estás aquí, me he asustado mucho!!!

Me abrazó como pudo ya que estaba amarrada a su padre.

Más me asusté yo, pensé, pero no lo dije.

—No pasa nada estoy bien —le sonreí.

—¿Para qué amarrarse, verdad? —preguntó irónicamente Darek, con cara de enfadado.

Lo miré advirtiéndole que como dijera algo más, iba a llevarse un buen cosqui, pero a él le dio igual. Siguió y siguió.

—Si es que te lo dije, ¡que hay que ir unidos! —levantó su mano para enseñarme la cuerda con la que se mantenía con Salma— Pero no, tú tienes que ser cabezota y hacerlo a tu manera. Joder, ¡que casi me da un infarto!

—Pero, papi... —intentó calmarlo su hija, alucinando por cómo se estaba poniendo.

—Mierda, que casi me da pensando que te perdía. ¿Vas a hacerme caso ya de una vez y a amarrarte con la maldita cuerda? ¿O tenemos que llevarnos otro susto más para que lo hagas?

Me quedé mirándolo con las cejas enarcadas. Que no era para tanto. No abrí la boca y con toda la tranquilidad del mundo, cogí la cuerda sobrante y me la até en la muñeca.

—¿Contento?

—Gracias —dijo con ironía de nuevo—. Ahora sí estoy más tranquilo.

Tranquilo no sé, pero en silencio sí estuve yo todo el día. Al menos con él.

Reía con Salma, nos contábamos cosas, pero con Darek ni una palabra. No iba a permitir que me hablara en ese tono.

Vimos el Arco del Triunfo, hicimos un crucero en barco por el Sena, desde donde se podía ver a lo lejos la Torre Eiffel, la cual visitaríamos al día siguiente y, de camino al hotel, nos hicimos unas cuantas fotos delante del Moulin Rouge.

—¿Pero qué es eso, papi?

Preguntó Salma por quinta vez cuando volvíamos a descansar.

—Un sitio donde se bailaba —repitió su padre.

—¿Pero se bailaba qué?

—Pues baile, Salma, baile...

Y como la niña sabía que no le estaba contando todo, pues la pregunta volvía una y otra vez. Y yo divertida, esperando a ver cómo aguantaba o qué llegaría a contarle de ese cabaret.

Cenados, duchados y con los pijamas puestos. Salí al balcón a tomar un poco de aire, la noche estaba perfecta. Noté cómo Darek se acercaba y me agarraba por la espalda.

Intenté zafarme, pero me apretó contra él aún más.

—¿Aún enfadada conmigo? —no respondí, no me daba la gana— Vamos, Mar, estamos en París, no puedes enfadarte aquí. Dime, ¿qué hice?

—¿En serio me preguntas qué hiciste?

—Te hablé mal, lo sé, pero...

—Pero nada —me giré para mirarlo a la cara—. No tienes derecho a hablarme así y a medio obligarme a ir atada. Anda que cada vez que vea las fotos del viaje, qué bonito recuerdo, eh, en todas atados.

—No quería que nos perdiéramos.

—Muy bien, pues se te ocurre otro método, no sé, ¿o lo dices de otra manera!

—Perdón, en ese momento no supe reaccionar. Yo solo vi que te perdía y...

Me quedé en silencio mientras lo miraba a la cara. estaba agobiado, triste y tampoco me gustaba verlo así.

—Te has pasado ocho pueblos —le recordé.

—Supongo que sí —enarqué las cejas al oírlo y suspiró—. Vale, sé que sí. Pero es que no pude controlarme. Yo solo sentía que no volvería a verte y casi me da algo allí mismo.

—No exageres las cosas, Darek. Incluso habiéndome perdido, buscaría ayuda. Además, sé dónde está el hotel, podría regresar sola.

—¿Sola? —negó con la cabeza— Mar, de verdad que lo siento y hoy no he disfrutado una mierda del día aquí porque ni siquiera me mirabas a los ojos. Me he pasado, lo sé y no tengo excusa. Pero te juro que no pude controlar el ponerme así. En ese momento solo veía que te perdía y yo... Yo no podía soportar también eso.

Solo en ese momento entendí su miedo. Eso no lo excusaba de cómo actuó. ¿O quizás yo estaba exagerando un poco? También podía ser.

—Nos queda un día aquí y nos vamos. En realidad medio día. No quiero

recordar que en este viaje la cagué y no pude vivirlo con la mujer que quiero.

—¿Con la mujer que quieres? —pregunté con una media sonrisa.

—Como si no lo supieras —resopló.

—Una cosa es saberlo y otra muy diferente oírlo, Darek.

—Sabes lo que siento por ti, Mar, pero si necesitas oírlo, lo digo. Pero, por favor, no desperdiciemos esto. Si te quieres enfadar, hazlo en casa cuando volvamos. Pero no aquí.

Le sonreí, acerqué mi cara a él y le di un beso en los labios.

—Perdón, quizás exageré las cosas.

—No, yo lo hice mal. Es mi culpa.

—También un poco la mía —insistí.

—¿Vamos a discutir ahora por eso? —puso los ojos en blanco.

—No —le aseguré—. ¿Te apetece un baño?

—¿Otro? —preguntó desconcertado, hasta que vi el momento en que entendió qué le estaba pidiendo y sonrió.

Cogió mi mano y tiró de ella. Nos aseguramos de que Salma siguiera dormida antes de entrar en el baño, cerrar el pestillo y comenzar a besarnos como dos seres hambrientos.

—Cómo echaba de menos esto —dijo entre mis labios.

Lo entendía porque yo también lo hacía. No podía dejar libre su boca, mis manos quitándole con rapidez cada prenda que cubría su cuerpo, como él hacía conmigo. Hasta que quedamos piel con piel. Mi espalda pegada a los fríos azulejos y él entre mis piernas, con su miembro entrando ya en mí, desesperado por hacerme suya.

—Lo siento, Mar —dijo de nuevo, recordando lo de horas atrás.

—Ahora no, Darek. Aquí no —le rogué y lo besé, provocando que perdiera el control.

Y sin control lo hicimos, presos de la pasión y de las emociones que veníamos conteniendo desde días atrás.

De eso trataba París, ¿no?

Último día en la capital francesa.

A visitar la joya de la corona y a marcharnos de nuevo a casa.

Día para despertar de un precioso sueño.

—Pero papi, ¡es como en las pelis!

Salma miraba a la Torre Eiffel con la boca abierta de par en par y, lo peor, es que yo hacía lo mismo. No podía dejar de mirar semejante obra

maestra de la ingeniería. El símbolo francés, para mí, por excelencia. Un icono que escondía mucha más historia de la que uno podía imaginar.

Había soñado muchas veces con estar ahí, pero la realidad era bien diferente. Ese monumento merecía cada una de las visitas que tenía a lo largo del día. Era, simplemente, espectacular.

Y Darek no escatimó en gastos, pagó lo que hizo falta para pasar como VIP y subir. Si la escultura era una obra de arte vista desde abajo, no os puedo ni contar qué es sentir estar arriba, mirando a la capital francesa desde las alturas. Una ciudad llena de vida y amor a nuestros pies.

Estaba embobada mirando semejante panorama cuando Darek me agarró la mano. Entrelazó nuestros dedos y lo miré. No sabía cómo agradecerle todo lo que estaba viviendo en ese momento. Y, sobre todo, vivirlo con ellos, quienes se habían convertido en mis grandes amores.

Salma se agarró a mis piernas y Darek me abrazó por los hombros. Y me sentí más que feliz.

Bajamos de ahí con pena, sabiendo que nos teníamos que ir hacia el aeropuerto.

—Vamos con tiempo, así que te he preparado una sorpresa —dijo Darek mientras nos montábamos en el taxi.

En ese momento no podía imaginar a qué sorpresa se refería, pero cuando el vehículo se acercó al lugar, me quedé con la boca abierta.

—No hemos tenido mucho tiempo, pero sabía que te encantaría ver esto. La catedral de Notre—Dame. Te prometo que volveremos y conoceremos cada rincón de esta ciudad. Siento que no podamos entrar, pero...

Pero lo había hecho, al menos me había llevado a verla y ya con eso era más que suficiente.

Me bajé del taxi e hice unas cuantas fotos para mantenerlas siempre en mi memoria. Nunca iba a olvidar ese viaje. Ni los malos momentos ni los buenos. Nunca iba a olvidar lo que había vivido con los dos grandes amores de mi vida. En eso se habían convertido.

Eso era lo que me había regalado París.

Me subí de nuevo al taxi y abracé a Darek, dándole las gracias por todo. Sin palabras. Emocionada cuando esa pequeña de rizados dorados se unió a nosotros.

Ese era el resumen de la felicidad. Ahora quedaba la vuelta a la realidad.

Aunque eso sí, aún nos faltaba volver y, como todo lo que había pasado

en esos días, nosotros éramos un imán para las locuras.

La vuelta a España también sería una anécdota para recordar toda la vida.

Habíamos llegado con suficiente tiempo al aeropuerto, me quedé por detrás de ellos para pasar el control de seguridad y cuando me tocó, empezó el desastre.

La maleta pasó por el control y seguidamente, los de seguridad me apartaron a un lado.

—No entiendo... —les dije cuando me preguntaron algo en francés.

Llegaron varios más y quitaron las maletas siguientes a la mía de la cinta transportadora. Darek, quien ya había terminado de colocarle las botas a Salma, intentó acercarse a mí, pero no se lo permitieron.

—Darek, ¿qué pasa? —le pregunté, pero él negaba con la cabeza.

Uno de los policías, cogió mi maleta y la colocó de nuevo en la cinta transportadora. Pasó de nuevo el control y fue como cosa de dos segundos, empezó el caos.

Me pusieron las esposas mientras hablaban en francés, no sin antes cachearme. y me llevaron hacia una sala cercana. No dejaban a Darek venir ni hacían caso a nuestras protestas y yo estaba más que acojonada.

Me metieron en la sala y colocaron después la maleta encima de la mesa. Y no mucho tiempo después, mientras yo iba a empezar a llorar por los nervios, me dejaron sola y entraron dos tipos dentro de unos trajes de...

¿Pero esos rajes no los usan los antibombas?, pensé rápidamente al acordarme de la cantidad de películas que había visto. ¿Pero qué demonios estaba pasando allí?

Con un escáner portátil, revisaron de nuevo la maleta. Los dos cuchicheaban y yo... Joder, ¡no me enteraba de nada!

—¿Pero me puede decir alguien qué está pasando?! —pregunté a grito pelado, histérica ya perdida, me iba a dar un jodido infarto.

—Buenas tardes, le hablar el capitán Feraud. Mi español no es exactamente perfecto, pero espero que podamos entendernos mientras llega el intérprete.

Miré a mi alrededor cuando esa voz sonó por una especie de auricular. Vi mi imagen en el espejo y como adicta que era a ver series y películas, supuse que el tal capitán estaría detrás de ese enorme cristal. Y yo no sabía ni cómo podía pensar con los nervios que tenía encima.

—Hola... —dije tímidamente.

—Al pasar por el escáner, se ha detectado una amenaza dentro de su equipaje, una...

—¿Amenaza? Pero qué amenaza, por Dios. ¿O es que ahora llevarme figuras de la Torre Eiffel cuentan como amenaza?

—Señora, hemos visualizado un objeto extraño, con forma de granada, que...

—¿Me está diciendo que creen que tengo una bomba? —pregunté con los ojos abiertos de par en par. Yo no sabía si en ese momento iba a ponerme a llorar de nuevo o iba a reírme a carcajadas.

—Sí, señora, eso mismo le estoy diciendo. El aeropuerto está siendo evacuado y...

—Pero vamos a ver, que soy ciudadana europea. Que soy española. Que no soy terrorista ni estoy en las filas de la Yihad ni nada de eso. ¡Que solo viene a Disneyland de vacaciones! ¿Se están quedando conmigo?

Eso tenía que ser una broma. Sí, era eso. Darek lo había preparado todo para reírse y que nunca olvidara ese mensaje. Es que otra cosa no me entraba en la cabeza.

—Señora, si colabora...

—¿Pero colaborar en qué? No tengo ninguna bomba —dije desesperada.

Los policías con los trajes extraños me mostraron la imagen que se veía en el escáner y fruncí el ceño.

—Ah, pues sí, parece una bomba. Pero ¡no es una bomba!

Iba a matar a Darek, así os lo decía ya.

Nos habíamos parado en una especie de chino la tarde anterior para comprar una bolsita donde meter las pequeñas Torres Eiffels con tamaño de llaveros que llevábamos, y eso era lo único que habíamos encontrado. Una bolsa como de plástico duro con forma de enema o algo así.

Me negué a usar eso y le dije que lo tirara y, al parecer, no me había hecho nada de caso. ¡Y ahora se creían que era una bomba!

—Verá, capitán —dije intentando relajarme antes de ponerme a chillar como una posesa—. Eso es una bolsa. China, sí, pero una bolsa, si es que podemos llamarla así, pero no una bomba.

A mí me tomaron por el pito del sereno. Los policías con trajes espaciales empezaron a abrir la maleta con cuidado hasta dar con el objeto en cuestión. Lo observaron de cerca y tras unas señas al cristal, se quitaron los

cascos esos raros antes de mirarme aliviados.

Se abrió la puerta y entró un señor bajito y rechoncho que me miró sonriendo tímidamente.

—Soy el capitán...

Lo corté, porque de la hostia que le iba a dar iba a dejarlo aún más bajito de lo que era.

—Ya habrá visto que no es ninguna bomba. ¿Puedo irme, por dios?

No me dejaron marcharme inmediatamente. Aun así, porque eran así de idiotas, revisaron mi maleta y me volvieron a cachear. Eso por quedar ellos por encima, seguro, ya no podía ver a los franceses, pensé resoplando.

Solo entonces, me dejaron marcharme. Me quedé esperando donde me dijeron en una sala de espera y tardaron un buen rato en dejar que el aeropuerto tuviera su circulación normal.

—¡¡¡Mar!!!

El grito de la pequeña fue como gloria para mis oídos. Me levanté cuando la vi corriendo hacia mí y la cogí en brazos para abrazarla.

—Mar, ¿estás bien? Me he asustado mucho.

—Sí, cariño, estoy bien, solo fue un susto.

—Pero por dios, ¿qué pasó? —Darek llegó hasta mí y me abrazó.

—Tú, eso pasó —dije mirándolo con ganas de asesinarlo.

—¿Yo? ¿Pero qué hice? ¿Y estás bien?

—Sí, ya sí estoy bien, pero pensé que iba a darme un infarto.

—Relájate, ya estamos juntos —tomamos asiento y Darek me cogió la mano—. Ahora cuéntame, ¿qué pasó?

Le hice señas por la niña, no quería que oyera lo que había pasado.

Le costó ingeniárselas para entretenerla, pero al final le dejó su móvil y conseguimos que no nos prestara atención.

—¿Recuerdas la “bolsita” —hice las comillas con las manos que compramos en la tienda de los chinos?

—La que parecía un enema...

—Exactamente esa.

—Ajá... ¿Qué le pasa?

—¿No te dije que la tirarás?

—No, me dijiste que no la usarías para guardar los llaveros, pero...

—Ese es el caso que me haces —puse los ojos en blanco—. Pensaron que la dichosa bolsita era una bomba —susurré.

La cara de Darek era un poema. Primero me miró como si yo le estuviera contando algo que no podía ser, lo cual era así porque yo aún no me creía que eso pudiera ser de verdad. Y después de eso, cuando ya su cerebro lo asimiló, empezó a reírse a carcajadas.

Os juro que me daban ganas de estamparle la maleta en la cara.

—¿Te estás riendo? —no me lo podía creer.

—Perdona, Mar. No puedo...

Y volvió a estallar en carcajadas.

Respiré hondo para no darle con la maleta en la cara.

Cuando se calmó, pude contarle la odisea que había vivido. Darek me escuchaba sin poder creérselo aún, cosa normal. Y al final, hasta yo misma acabé muerta de risa por la situación.

—Madre mía, así que tengo una relación con una psicópata y no lo sabía —decía riendo.

—Deja de reír, lo pasé muy mal.

—Lo sé, cariño. Salma tampoco dejaba de llorar, asustada por lo que estaba pasando. Solo preguntaba por ti, desesperada.

—Ay, mi niña —dije con pena—. ¿Y tú? ¿Qué se te pasaba por la mente?

—¿A mí? Iba a volverme loco. No sabía nada, nos evacuaron y nadie me dejaba preguntar, ni acercarme a ningún lado. Era un caos y no sabía qué estaba pasando contigo. De verdad, entre perderte en el metro de París y ahora esto... ¿Quieres acabar conmigo?

—Pues peor lo pasé yo —resoplé, aún indignada.

—Bueno, al menos parece que su trabajo lo hacen bien —suspiró Darek, llevándose una mala mirada de mi parte—. Contigo no, pero el control por ese tema parece que funciona bien, Mar. Las cosas como son.

—Ujum...

No, eso sí era cierto. Si eran tan eficaces, el control de seguridad de ese aeropuerto debería de llevarse algún premio honorífico. Pero no iba a ser yo quien propusiera eso.

Los vuelos se retrasaron un poco y cuando nos sentamos para volver, no me lo pude creer.

Suspiré de alivio cuando el avión despegó. Me llevaba buenos recuerdos de París, la verdad. Pero para ser sincera, no creía que volviera nunca más allí.

No, al menos, hasta que se me pasara el último susto, si es que eso

ocurría alguna vez.



## Capítulo 14

Aterrizamos en la isla y le rogué irme a casa, esa noche necesitaba estar en mi sofá, ver que todo estaba bien y sobre todo organizar un poco.

Nos despedimos quedando en vernos al día siguiente, comeríamos en su casa.

Comeríamos y... Ya no sabía ni donde vivía, a esa alturas tenía medio armario en cada casa, por supuesto quería estar con ellos pero me sentía a medias, ni en un sitio ni en el otro y tampoco quería esa sensación.

Me pasé todo el día analizando la situación, la historia que había comenzado de lo más tonto, las cosas que me habían pasado con él y todo lo que dejó a medias, eso que nunca me quiso contar cuando me dijo que me debía apartar de él por mi bien...

Por la noche recibí un mensaje de voz de Salma, diciendo que me echaban de menos y que pasara buena noche.

Sonreí, mi pequeña, mi niña, a esa que quería ya con toda mi alma, como si fuera mía, sus dolores eran los míos, al igual que sus alegrías.

Desperté el sábado un poco perdida, rara de amanecer sola, sin la niña por encima o el padre haciéndome la cuchara.

“Buenos días, amores.”

Mandé ese mensaje a mis petardos favoritos, me preparé un café, me duché, me sequé el pelo y ... sin respuesta del señor bipolar.

Los llamé por teléfono y me daba apagado, el señor despiste no lo habría cargado...

Me fui para su casa a comer y... ¡mierda! No había nadie.

Saqué el móvil y lo volví a llamar, seguía apagado, así que me fumé un cigarro porque seguro que estaría comprando cerca de casa.

Un cigarro, dos, tres, una cerveza en la terraza del bar de frente de su casa, otro cigarro y sin aparecer, móvil apagado incluido así que, una tapa, otra, un cigarro más y me piro a mi casa, vamos que me piraba ya, eso ya era cachondeo.

No me llamó, no me dijo su cambio de planes y le importó una mierda no

avisarme.

Enfadada crucé por el parque esperanzada de pillarlo allí rascándose los huevos mientras la niña jugaba y yo... ¡Lo mataba!

Pero no, no estaba, como no estuvo en todo el día, no me devolvió la llamada, no me mandó ni un mensaje y este otra vez me iba a sacar de su vida, era obvio, seguro que durante el viaje pasó algo que lo hizo apartarse, a eso añadido que al final accedió a dejarme dormir en mi casa, cosa que en él era impensable, así que, blanco y en botella, me volvía a dejar.

Domingo de confirmación...

Confirmado que pasó de mí todo el día, absolutamente todo el día, con lo que provocó la ansiedad y los nervios por ella el comer, así me pasé el día, comiendo y con rabia, pero no lloré, en eso fui una campeona.

Lunes, me desperté un poco tarde para lo que estaba acostumbrada, me vestí y me fui a pasear, pero sabía que ese día él se incorporaba al trabajo así que, se me ocurrió algo...

Me fui para el trabajo de Darek, me puse en la cera del frente, sentada sobre un pequeño muro de piedra, a esperar que saliese, así lo llamaría y que me explicara al menos el porqué de su evasiva.

Ahí estaba, traspasando los cristales, parecía que venía hacia el frente así que podía fingir que me lo encontraba, pero antes de bajarme y hacer el papel... ¡Mierda!

¿¿¿Quién era esa que lo estaba esperando y besando apasionadamente??? Hijo de pu... ¡Lo mataba! ¿Qué la conoció el sábado por la mañana y decidió que era el amor de su vida y que apartaba todo?

Se metieron en el coche de ella, sonrientes, se fueron y yo, tenía el alma en mil pedazos, no me cuadraba nada y me cuadraba todo, me estaba haciendo un mareo mental que iba a tener que terminar en el psiquiátrico.

Lloré todo el lunes, pero llorar, estaba como se dice hecha un mar de lágrimas. El martes me incorporé al trabajo, un poco antes, pero llamé y dije que ya cogería esos días.

—Vaya cara —dijo mi compañera.

—Ni me preguntes... —levanté las manos.

—¡Vale! —refunfuñó.

Que no me toque este los cojones...

—Buenos días, Jorge —dije en tono serio y cortante mientras pasaba por

el láser los productos.

—Buenos días. Aunque veo que tú no lo tienes...

¿Y a él que carajo le importaba?

—Los he tenido mejores —dije sin mirarlo y con el semblante de pocos amigos —Son seis con veinticuatro.

Nunca pasaba de los diez euros, parecía tenerlo en su casa todo cronometrado, evité reñir al pensarlo.

Cuando salió respiré aliviada, pero me volvió a la mente a Darek con esa otra y me volvía a ahogar, no quería pensar en ello así que me pasé toda la mañana dándole charla a todos los que pasaban por caja, les preguntaba por toda su familia, hasta por la que no existía, el caso era charlar y charlar.

Cuando salí fui directa a mi casa, me puse el bikini, una minifalda vaquera, la camiseta de tirantes blanca, las chanclas y para la piscina del parque.

Estaba muy bien, pagabas cinco euros y tenías derecho a hamaca, no solía llenarse, con tanta playa alrededor no se masificaba.

Me tiré en la hamaca sin quitarme la ropa, ni las gafas de sol a lo Pantoja, le pedí al camarero que me trajese una margarita, me encantaba ese coctel mexicano, así que me iba a hidratar al aire libre.

Cuando tenía mi coctel en la mano y estaba intentando relajarme mirando a la gente jugando en el agua o relajándose, sucedió una catástrofe.

—No encuentro a mi papá —un niño de unos tres años delante de mí, buscando al padre.

Ah no, eso tenía que ser una broma, no me podía pasar dos veces, ni volver a pasar, ni quería saber nada del mundo, pero ¿qué hacía?

—Mira, aquel de allí es socorrista, seguro que lo encuentra rápido.

—¿Me acompañas? —dijo asustado y a punto de llorar.

—Claro —me estaba cagando en mi vida —Vamos cariño —dije levantándome.

—Rodrigo —dijo una voz masculina.

—¡Papá! —se tiró a sus brazos.

—Se despistó —dijo el padre guiñando el ojo —Soy Kike.

—Ah, hola —dije queriendo morir—. soy Mar.

—¿Quieres una cerveza?

Ahora iba a resultar que también era padre solitario y ya me tiraba a la piscina de los niños de cabeza.

—Vale.

Llamó al camarero y se sentó en la hamaca de al lado que estaba a mi lado, como todas las de dos metros a la redonda.

—¿Vienes muy a menudo?

—Pues no, es la tercera vez que vengo, llevo poco en la isla.

—Yo también, dos semanas hace que aterricé aquí, vivíamos en Sevilla.

Ya decía yo que su acento era muy andaluz.

—¿Por trabajo?

—Pedí cambio de destino, pasó algo que sabía que si me quedaba allí, no iba a poder tirar hacia delante. Necesitaba cambiar de aire, no ver las mismas caras y lugares que me recordaran cada día aquello.

—¿Murió tu mujer? —pregunté flipando. Debía ser coña aquello.

—No, se enamoró de un Holandés se fue, sin importarle ni yo, ni su hijo, me dejó todo firmado, hasta la custodia y renunció legalmente.

Yo estaba alucinando, no podía creerlo.

—¿Cómo pudo hacer eso?

—No lo sé, a mí me cogió de imprevisto, es lo que menos me hubiera esperado en este mundo, de la noche a la mañana, que se iba y que se fue en unas horas, ya nos volvimos a ver en los juzgados para su renuncia —Decía vigilando al niño que jugaba un poco más adelante en una piscina para los más pequeños, era como una charca.

—Lo siento...

—Nada, ya hace un año, él tenía dos. Por eso pedí traslado, soy militar.

—Y te mandaron aquí...

—Efectivamente. Me propusieron tres lugares y decidí probar a vivir en una isla —sonrió levantando las manos —miraba a Rodrigo.

—¿Suele despistarse a menudo? —bromeé cambiando la vertiente de la conversación.

—Mucho, para mi desgracia, tengo que tener mil ojos.

—Tendrás alguien que le cuide mientras trabaja ¿No? —pregunté curiosa, acordándome de Luisa.

—No, lo dejo en el jardín de infancia, allí se lo pasa genial.

—Genial entonces...

—Y a ti. ¿Qué te trajo hasta aquí?

—La cadena de supermercados en la que trabajaba me propuso venir a la isla y me hacía fija, así que como no tenía familia, me vine de Barcelona sin

pensarlo.

—Interesante —dijo sorprendido.

—Y ya imagino que hiciste amigos y tal —dijo por sentado.

—No. Bueno sí. Bueno no sé —solté una carcajada nerviosa —Mis compañeros de trabajo y poco más, luego apareció alguien pero desapareció —me encogí de brazos.

—¿Desaparecido de verdad?

—Bueno, me sacó de su vida de la noche a la mañana, él sigue donde mismo, vamos creo, hasta hace dos días.

—¿Hace dos días?

—Sí que fui a buscarlo a preguntar que le pasaba pues hacía dos días que no sabía nada de él y ahí lo vi salir felizmente besando a una chica que lo esperaba.

—¿No te había dicho nada?

—Nada, veníamos de un viaje de Paris y Disney, y no supe más nada de él.

—Qué fuerte...

—Que me lo digan a mí.

—¿Llevabais mucho?

—Ni un mes, pero fue muy intenso y tenía una hija de cinco años con la que yo me llevaba muy bien, la adoraba.

—Lo siento...

—Nada. La cerveza me hizo desahogarme, no tenía a nadie con quien hacerlo y te tocó —reí.

—Yo también me sinceré, al menos nos escuchamos mutuamente, es bueno de vez en cuando poder desahogarse.

—Dos más —dije al camarero que se acercaba.

—Las últimas, luego refresco, que come tome mucho más, me desaparece Rodrigo por la isla —rio.

Rodrigo se acercó y pidió un zumo, se lo pedimos y empezó a contarme de su guarda, yo lo miraba pensando que por Dios no me enamorara de ese peque, no podía jugármela de esa manera de nuevo.

Estuvimos charlando hasta que nos echaron de la piscina, a las seis y media hacían el cierre.

Me dio su número por si alguna vez necesitaba algo y yo le di el mío.

Me fui a casa y volvió el bajón por lo de Darek, me había roto el alma en dos, yo los quería, yo los amaba, tanto a él como a Salma, no podía quitarlos de mi cabeza pero quería odiar a él, por el daño que nos había hecho, sabía que a Salma de cierto modo le había causado dolor.



## Capítulo 15

Esa mañana lo pasé en el trabajo horrible, solo quería llorar, iba al baño continuamente y la ansiedad estaba haciendo estragos en mí.

Mi ropa, esa que tenía en casa de Darek, medio armario, maquillaje, secador, ropa interior, todo, todo ya estaba en mis manos cuando sonó el timbre de la puerta y un chico de la empresa de mensajería me entregaba la caja con todo ello.

Lloré en el sofá como una niña pequeña, si lo hubiera tenido en ese momento delante, lo hubiera linchado a hostias.

Quería sacar la rabia y el odio que había dentro de mí, chillar, explotar, me estaba matando de la pena.

Pasé el día en el sofá, al igual que los demás días que salía de trabajar y me encerraba en casa.

El sábado cuando salí recibí un mensaje de Kike, mi cara fue de asombro.

“Feliz sábado. ¿Te apetece pasar el domingo con nosotros? Había pensado en ir a comer por el centro”

Sonreí aunque estaba como un alma en pena, pero al menos podía desconectar, no me iba a enamorar, por mi guapo que fuera Kike, que ser lo era, un moreno esculturas con una sonrisa aniñada que enamoraba.

“Feliz sábado para ustedes. Claro. ¿A las doce en la catedral?”

No tardó en responder.

“Allí estaremos (si no se me extravía el niño) jajaja”

Solté una carcajada. Andaluz tenía que ser...

Pues plan para el domingo, aunque eso no me consolaba, tampoco me disgustaba así que, pasó el sábado y cuando menos lo esperaba, era domingo y ya estaba llegando a la catedral.

Vi a los lejos a Rodrigo lanzando arena, su padre lo observaba riendo, el peque estaba jugando, como siempre.

Kike al verme sonrió.

—Hola, Mar —me dio dos besos.

—Hola —sonreí y me acerqué al pequeño—. Hola, Rodrigo —le sonreí y moví la mano en su pelo.

Rodrigo levantó su mano sonriendo, ese pasaba de hablar conmigo, estaba feliz jugando con su arena.

Paseamos un rato, Rodrigo iba delante saltando, era incansable, pasaba de todo, era feliz con el juego que tenía con él mismo.

Luego nos sentamos en una terraza, pedimos dos cervezas y unas tapas, el peque jugaba en un castillo hinchable que había en esa terraza, así que lo teníamos controlado.

—Te noto cabizbaja —dijo dando unos golpecitos en mi mano en modo ánimo.

—Estoy muerta en vida —puse cara de resignación —Hoy me llegó un paquete con todas mis cosas que había en casa de Darek. Hay que ser canalla para no darme ni una explicación.

—No entiendo su postura y que no dé la cara...

—Yo tampoco y créeme que me duele, le tenía mucho cariño.

—Lo comprendo. ¿Me permites un consejo?

—¡Claro!

—Olvidalo, no se merece como te trató y menos aún quitarte de su vida de esa manera tan mezquina.

—Eso quiero, aunque me parte el alma el pensar que no volveré a ver a Salma.

—Se nota que la querías mucho.

—La adoraba, era como una parte de mí. Era lista, siempre andaba liando la cosa, o apareciendo cuando menos lo esperábamos, no se le iba ni una.

—Los niños son así —sonrió.

Miraba a Rodrigo que jugaba con otros niños que había conocido en esa terraza, me recordaba a Salma, siempre jugando, normal a esas edades, pero estaba en un momento muy duro, todo lo bonito vivido ahora se esfumaba de aquella manera.

Estuvimos tapeando un buen rato, me reía mucho con Kike, era muy irónico y eso me hacía mucha gracia.

—Voy al baño —dije ya casi a punto de reventar, siempre me esperaba hasta no poder más.

—No puedo acompañarte —señaló bromeando a Rodrigo.

—Tranquilo, puedo hacerlo sola —puse los ojos en blanco mientras reía.

Era espectacular, guapísimo, si no tuviera el corazón roto por el bipolar, estaría babeando como una quinceañera.

Salí del baño y ¡Coño! Se me bajo la tensión al ver justo en la mesa de al lado a Darek con esa mujer, mire alrededor por si veía a Salma pero nada.

Me senté dando un rodeo a la mesa para que él me viera, a ver si se le caía la cara de vergüenza.

Noté que levantó la cabeza y me miró, cosa que a pesar de todo lo que sentía en ese momento, me alegró, quería que me viera, aunque me vería igual, estábamos mesa con mesa.

—Pues el desgraciado que te comentaba antes es el de la mesa de al lado que acabó de llegar junto a ella —dije sonriendo en el oído de Kike.

—¿Una rosa? —una china interrumpió vendiendo flores.

—No, una no, quiero el ramo entero —dijo Kike.

—Son veinte euros.

—Ni se te ocurra —dije alucinando.

—Tenga —dijo dándole el dinero a la chica y poniendo el ramo delante de mí —Ahora disimula y ven a abrazarme —dijo en flojo causando una sonrisa en mí.

—¡¡¡Gracias mi amor!!! —grité tirándome en los brazos de él a abrazarme y dándole un beso en los labios, ya que se hacía el papel, se hacía en condiciones.

—Una, su novieta se quedó sin rosas, cosa que si solo hubiera comprado una, estoy seguro de que él hubiera cogido otra u otras para ella, lo dejamos sin posibilidad. Dos que no te vea nunca sufrir, ahora está jodido y tres... Grita como loca como si te estuviera pidiendo matrimonio —dejó en flojo en mi oreja mientras no dejaba de besar mi cuello.

—¡¡¡Sííí!!! —Grité y comencé a darle besos cuando...

Toda la terraza se había percatado que me habían acabado de regalar todas las flores y yo chillaba que sí, así que, blanco y en botella, estaba toda la terraza aplaudiendo, inclusive la novieta de Darek que no tenía ni puñetera idea de nada, menos Darek, que me miraba con cara de amenaza y yo sonreía emocionada.

Dicen que la vida es el resultado de las cosas que suceden sin imaginar ni esperar, como esto por ejemplo, pues verás, Rodrigo era un niño entrañable, pero iba a su bola, pasaba de mí, no era como Salma, como si yo no existiera, amable pero a su historia.

Pues en ese momento se acercó a nosotros con una flor que había cogido en un jardín y se acercó a mí.

—Para ti —acto seguido me dio un beso en la mejilla.

El padre se encogió de hombros y levantó las manos a mitad, en plan que aquello era magnifico para terminar de ponerlo peor al bipolar.

Le di las gracias a Rodrigo y un cariñoso beso, sonrió y se fue de nuevo a jugar.

—No deja de mirarte, lo noto, no hace falta mirarlo para saber que lo está haciendo —dijo en flojo, cerca de mí, como si me estuviera diciendo algo romántico, con gestos de amor incluido. Era lo más.

—Yo también lo noto —dije poniendo cara de sentimiento, sonriendo, como diciéndole que lo amaba. El papelón de mi vida.

—Ese gilipollas no sabe lo que se perdió...

—Ahora mismo lo mataría, pero gracias a ti, creo que reventado lo hemos dejado, aunque no me valore lo más mínimo, su ego de macho ibérico lo hemos tocado. Se pensaría y todo encontrarme llorando por las esquinas —le di un beso en los labios, ya seguía aprovechando el papel.

—Jaque mate al cabrón... —me devolvió el beso.

—El bipolar, el bipolar —reí.

Es verdad que sentía un dolor por la traición pero verás, es que en ese momento era un rebujo de todo, una coctelera dividida en ingredientes, donde el dolor ese, sumado a la guantada sin manos del papelón este, estaba en un orgasmo de por ponerle un nombre sería sadomasoquismo, un dolor lleno de placer, ese teatro me había levantado la mora y a él dado en todas las narices.

Nos fuimos de allí de la mano, ante la mirada penetrante de Darek, eso fue lo mejor, darle donde más le dolía, en su ego.

Me despedí de ellos y prometimos quedar en volvernos a ver otro día, me caían muy bien, además estaban solos en la isla, como yo, ni más ni menos.



## Capítulo 16

A trabajar...

Los lunes eran brutales pero a mí ir a trabajar me venía de lujo, no quería pensar mucho en Darek, me causaba mucho dolor, aunque lo del día anterior fue buenísimo, todo gracias a Kike, para que mentirnos, tuvo todo el arte del mundo en montar aquel teatro que conmocionó a todos los clientes, menos a él, que seguro que se le atragantó la cerveza, la tapa y su cita.

La mañana se me pasó volando, quitando de que apareció Jorge en plan misterio, sin saludar, sin mirarme, poniendo los artículos y luego guardándolos, pasando de levantar la cabeza, para mí en el fondo una alegría de que no me tocara las narices con su amabilidad, pero era cierto que me sorprendía.

Sali del trabajo y premio.

—Quiero hablar contigo —dijo Darek.

—No sé qué haces aquí, pero no tengo nada que hablar y por lo que veo, ni mis cosas ya puedo pedirte, te encargaste de mandármela. Así que si no te importa... —Continué andando.

—¡Mar! —gritó intentando pararme.

—Cariño... ¿Estás bien? —No sé de dónde salió Kike.

—Sí, vida, él ya se iba —dije mirando a los ojos lagrimosos de Darek que se retiraba lleno de impotencia.

Me metí en el coche de Kike, me hizo un gesto para que lo hiciera.

—¿Vino a buscarte? —preguntó mientras arrancaba.

—Sí, decía que quería hablar conmigo. No lo pienso escuchar —dije furiosa.

—¿Me acompañas a por Rodrigo?

—Claro y nos tomamos algo luego ¿Te parece?

—Estupendo, podemos ir a tapear. El niño sale ya con la barriga llena, se encargan de darles de comer y todo.

—Eso está muy bien.

—Sí, además los menús son muy variados, con una comida de alta calidad.

—Vamos a tener que pedir plaza diaria en el comedor de Rodrigo —

bromeé.

—Bueno, no creo que nos acepten, nos pasamos en la edad del jardín —  
rio.

—Falsificamos la partida de nacimiento, por unos años no creo que se  
den cuenta —le saqué la lengua.

—Sí, claro, cuela seguro —se mordió el labio mientras sonreía —¿Qué  
te apetece comer?

—Me da igual tapear, en serio.

—¿Chino? ¿Mexicano? ¿Japonés? ¿Pescado? ¿Carne?

—Prefiero comerme un español...

Soltamos una carcajada, ya paró frente al jardín de infancia y entró a  
recoger a Rodrigo.

Salieron de la mano y hablando animadamente, al entrar al coche el  
pequeño me tocó el hombro desde su sillita, a modo saludo.

—Me he comido todo —dijo feliz.

—¿Todo?

—Sí —decía feliz.

—¿Y que comiste si se puede saber?

—Pez espada con verduras.

—¡Qué rico! Yo quiero —me crucé de brazos como enfadada y el reía.

—Ahora te toca comer a ti —dijo el padre riendo mientras arrancaba.

Nos fuimos a comer al final a la misma terraza del día anterior, a  
nosotros nos iba la marcha, lo mismo teníamos nuestra segunda función quién  
sabe.

Y apareció, digo si apareció, con ella de una mano y de la otra con  
Salma, se sentaron dos mesas más allá de nosotros y como no, Salma no me  
miró, algo que me partió el alma.

—¿Sabes por qué no te saludó la niña? —dijo Kike acercándose a mi  
oído.

—Esta es su venganza, la del padre y se lo habrá prohibido o quizás le  
advirtió que no se acercase.

—Eso es...

—Pues ella tiene la mirada triste y no se levanta de la mesa, cosa que es  
muy juguetona, me parte el alma que la utilice.

—Eso dice mucho de él.

—Y tanto, lo dice todo —negué con la cabeza.

—Encima está que no quita la vista de la mesa, lo puedo notar...

—Ya te digo, solo le falta venir y sentarse. ¿Qué hace con ella entonces?

—Yo tampoco lo entiendo, si te dejó por estar con ella...

—Quiere estar en misa y replicando.

—Puede ser...

—Y ella que no se entera de nada, la lleva a su antojo, la sienta ahí como un trofeo y la hace pasar por algo que desconoce, un poco frío es...

—Y muy bipolar, te lo digo yo —dije soltando una risa.

Me daba pena Salma, no se levantaba de la silla, cosa rara en ella, o advertida por Darek por ver esa situación, o cabizbaja por tener que aguantar aquello, sufriendo sin dudas por ello, estoy segura de que ella daría lo que fuera por correr a mis brazos.

Kike me hablaba cogiéndome de la mano, acariciándola, muy cariñoso, seductor y metido de nuevo en el papelón de su vida, la verdad es que era la mejor compañía, sabía cómo actuar, siempre a la altura de las circunstancias, animando y apoyando en cada momento, sin tenerlo que hacer, pero arrojando y demostrando que no estaba sola era el número uno.

—Ojalá lo olvides pronto —dijo acariciando mi mano.

—Lo haré, créeme que lo haré —dije con rabia.

—Por ti, no te mereces pasarlo mal por un personaje así.

—Ya...

Me dio un fuerte beso en la mejilla con un abrazo y noté que ese no era parte del teatro, ese era para darme fuerzas y apartar aquello que me estaba haciendo tanto daño, aquello que no me merecía y que me había dado de lleno.

Nos fuimos un rato después me llevó a casa y quedamos en hablar estos días para quedar el fin de semana y hacer algo.

Llegué a casa y me puse de nuevo a llorar, tenía mucha rabia y dolor aun dentro de mí y no había manera de expulsarlo.



## Capítulo 17

Café y a trabajar, que una era pobre y encima desgraciada en el amor.

—¿Qué haces aquí? —pregunté sorprendida al ver a Darek en la puerta de mi casa. Puse rostro de enfado —Me tengo que ir a trabajar.

—Tuve que venir en este horario para comprobar si así podía hablar contigo sin presencia de tu abogado —dijo con ironía.

—No es mi abogado, es mi prometido. Procura hablar de él con respeto, no es igual que tú —dije andando para que me dejara.

—Para —me agarró del brazo.

—Suelta —dije jalando y con voz de amenaza.

—Quiero hablar contigo —decía siguiéndome.

—No me interesa nada de lo que tengas que decirme, eres deplorable, da asco todo lo que hiciste, sobre todo lo último, no dejar que Salma se acerque a mí ¡Vete a la mierda! Y cállate, sobre todo cállate —salí corriendo.

—¡Mar! —gritó.

Ni miré, corrí a más no poder, llegué al trabajo con una rabia que me dolía a mi misma, era odioso ¿Qué cojones quería? ¿No tenía su novia? ¿No hizo que Salma ni me mirase? No se merecía que lo escuchara, además no pintaba ya nada, ya estaba con otra, ya me dio dos patadas en el culo y me saco de su vida.

—Buenos días, Jorge —colocaba las cosas sin mirarme.

Hizo un leve gesto pero no contestó.

Seguí pasando los artículos, le cobré y a tomar por culo, no estaba para verle el careto.

Y cuando faltaba poco para salir, premio...

—¿Vas a dar mucho por culo? —pregunté a Darek, mientras pasaba los artículos que había puesto sobre la cinta.

—Pronto sabrás todo...

—¿Qué pronto? Mira son diez con veintitrés. Paga y sal por esa puerta —dije señalando con la cara la salida.

— No quiero perderte...

—¿Tú te piensas que yo voy a estar para cuando a ti te salga de los

cojones? ¡Puerta! No quiero ni verte, te odio.

Sus ojos se volvieron brillantes, se fue rápidamente, con dolor, se le notaba mal ¿Pero que le pasaba? ¿A que jugaba? Refunfuñe

Salí de ahí y me fui a por el coche, me puse a dar vueltas por la isla, estaba agobiada, me estaba entrando la ansiedad, así que paré y me compré un vaso de helado, el más grande que había. Me senté mirando al mar, a comerlo, dentro del coche, con las ventanillas bajadas y el aire fresco a tope.

La música de Luis Miguel irrumpía ese momento helado... Si nos dejan, nos vamos a vivir a un mundo nuevo...

¡Mis muelas! Miré al coche que había parado delante de mí rezando para que apagara la radio lo antes posible, pero no, se quedó ahí, así que me comí el helado con esa pena, con ese tema y con ese momento nostálgico que me estaba encogiendo el corazón.

Terminé el helado y me fui a seguir dando vueltas por la isla, llorando, me sentía mal, me sentía humillada, era una sensación con la que no estaba acostumbrada a vivir, era algo que me arrancaba el alma.

Me fui a dormir, ni cena, ni ducha, ni nada, a tirarme a intentar cerrar los ojos y desaparecer todo de mi mente.

Los tres siguientes días no tuve noticias de nadie, mejor, necesitaba desconectar del mundo y aunque no lo conseguía, al menos lo intentaba.

La semana siguiente la tenía entera libre, así que ahí estaba echando mi último sábado de trabajo cuando...

—Buenos días, Mar —dijo Jorge para mi asombro. Hacía mucho que no me hablaba.

—Buenos días, Jorge —sonreí al verlo más animado, aunque me seguía cayendo como una patada en el culo, la verdad es que prefería que me saludara a que pasara por caja como mi peor enemigo.

—Tu novio —dijo refiriéndose a Darek —Vaya papelón el pobre. Resulta que su vecino Matías es mi tío y nos ha contado lo que está pasando en su casa.

—No sé a que te refieres —estaba deseando que contara más. En el fondo Salma era mi prioridad.

—Lo de su mujer desaparecida, que volvió.

—¿Su mujer como va a aparecer? —Negué con la cabeza, está muerta.

—¿Tú estás con él? —preguntó sin entenderme.

—No, está con otra —sonreí falsamente.

—Pues pobre otra la papeleta que se va a comer...

No entendía nada.

—¿Por qué se va a comer una papeleta?

—Apareció su mujer, te lo estoy diciendo, pero no te lo puedo explicar bien pues no me sé la historia con precisión.

Precisión la que me estaba entrando a mí, mejor dicho, presión, al no entender nada mi cabeza iba a mil.

—Pero no veo que sea su mujer, él es viudo.

—Yo creo que no ¿Eh? De todas maneras puede que yo me haya enterado de aquella manera.

—Si te enteras de algo te ruego que me mantengas al tanto.

—¿Te sigue importando?

—Me importa su hija ¿Ok?

—Está bien —levanto las manos en señal de acuerdo y se fue.

¿Su mujer? No podía ser, los bulos y rumores ya sabíamos cómo eran, cada uno lo recibe de una manera, lo entiende de otra y al final termina contándose todo al revés, así que todo aquello me sonaba a película china.

Salí de allí y me fui para el parque donde había quedado con Kike que me había puesto un mensaje la noche anterior, así iríamos a la playa a comer y pasar la tarde.

—¿Y el peque? —pregunté al verlo solo.

—Hoy había actividad en el jardín, así que quería quedarse, es hasta las ocho, es un sábado al mes y los niños se lo pasan bomba. Juegos acuáticos, música, merendada con tarta.

—Cuánto me alegro por él.

—Le viene muy bien, sí.

Nos sentamos en un bar de una cala muy poco concurrida, nos pedimos una paella y un poco de pescado, vino y ahí estábamos frente al mar. Kike me caía muy bien y congeniaba con él muy fácil.

—Esta semana entera de vacaciones, no es que tengas muchas ganas, pero me apetece también empezar a preparar unas cosas en casa y sobre todo, organizar mi cabeza. Hoy me dijo el pesado del cliente que te conté, que se enteró que apareció la mujer de Darek, pero vamos que a mí me extraña eso, ya que está muerta.

—¿Como va a aparecer una muerta? —puso cara de impresión.

—Eso digo yo, aunque con lo bipolar que es, lo mismo le dijo a la gente algo raro.

—¿Como algo raro? —rio.

—Yo que sé, decir que esta nueva novia de su padre es la mamá desaparecida de Salma o yo que se.

—¿Tan mal está ese tipo?

—¡Peor! Ya te digo que es bipolar. Tiene unas pajas mentales alucinantes, todo eso hay que añadirle que a mí me apareció una vez explicándome —hice las comillas con los dedos —que por mi bien me apartara de él... ¡Por mi bien! Como si estuviera en peligro.

—¿Él está diagnosticado?

—¿De loco? ¡No! Pero seguro que sí pasa por un psiquiatra, lo encierran seguro.

Soltamos una carcajada.

—Pero fue tu loco favorito...

—Así es, se convirtieron en una parte muy importante de mí, los veía como a mi familia, como si fueran parte de mi historia desde hacía mucho tiempo.

—Y ahora está con otra y dicen que apareció su mujer la muerta.

—Ajá —soltamos una carcajada.

—Pues yo creo que está el que te lo dijo como una cabra.

—Está obsesionado conmigo, pero no suele decir este tipo de barbaridades, creo que se enteró mal del rumor y que mezcló la nueva relación con eso de la aparición de la madre de Salma —puse los ojos en blanco.

—¿Crees que hemos venido a la isla correcta? Lo mismo aquí hay un virus psicológico y terminamos todos de igual manera.

—¿Locos? —solté una carcajada.

—Sí —puso gesto de terror.

—Locos ellos, nosotros somos los cuerdos que venimos a poner orden —reí a carcajadas.

—Pues para poner orden aquí, vamos a necesitar a los cuerpos de Elite de los Estados Unidos por los menos...

—¿Y ustedes los militares españoles no podéis? ¿Vais a mandar a los de Trump?

—Qué aquí están muy locos, aparecen hasta difuntas ¿No lo ves? —bromeó —Por cierto ¿Sabes que mañana son las fiesta de la barriada mayor?

—Sí, me enteré hoy por una clienta. Son las más grande de la zona ¿No?

—Eso parece ¿Te apetece que vayamos?

—Claro, todo sea matar los días —reí.

—¿Tan mala compañía soy? —puso cara triste.

—Eres peor, mucho peor.

—Vaya...

—¡Es broma! —Le saqué la lengua.

Pasamos la tarde en la playa, luego me dejó en mi casa y se fue a por el peque, quedando en vernos al día siguiente para ir a las fiestas, así que al menos ya tenía planazo para ese domingo que se iba a presentar de lo más aburrido.



## Capítulo 18

Estaba guapa, no paraba de mirarme al espejo y tenía el guapo subido, al menos me tenía que motivar, después del caos de vida en el que me había visto envuelta, ahora era hora de empezar a retomar las riendas y volver a mi vida normal, o no, ahora quería vivir más que nunca, disfrutar de cada instante y sobre todo, no volver a enamorarme de aquella manera tan tonta.

—Hola preciosidad —dije mirando a Rodrigo mientras me montaba en el coche.

—Hola —levantó su manita.

Kike y yo nos saludamos con dos besos, él como siempre con esa pedazo de sonrisa de oreja a oreja, nunca se le quitaba del rostro.

Llegamos a la fiesta después de aparcar a años luz y andar una buena caminata, la fiesta estaba a reventar, a pesar de la calor, aquello estaba a tope, todos con sus cervezas o vinos en la mano, las tapas, la música, el bullicio y...

—¡Su puta madre!

Kike miró hacia donde yo lo hacía, vio como yo a Darek con ella y la niña.

—A ver, no es que la isla sea grande de cojones, pero hombre, tampoco es tan chica como para que seamos tan afortunados de encontrarnos al energúmeno cada dos por tres.

—¿Lo ves? Esa es mi maldita suerte. Dije mirándolo con rabia.

—Allí —dijo Rodrigo señalando a una zona infantil, había cuidadoras y estaba cercado, los niños jugaban.

—Vamos a dejarlo allí —dijo para que lo siguiera.

Eso hicimos dimos los datos, pagamos dos horas y lo dejamos allí. Luego nos fuimos a apoyarnos sobre una de las barras de la fiesta.

—No siguen —dije mirando como cogían sitio al lado de nosotros.

—A ver, es la única barra que queda libre. No pensemos mal —dijo rodeando mi cintura a modo teatro, ya me lo conocía.

—Claro —me mordí el labio. Yo también sabía ponerme en mi papel — No pensemos mal —dije abrazándolo.

En ese momento sonaba la canción de Sin pijama, él me la cantaba

mientras me tenía sujeta y se movía de lo más sensual y divertido, a mí me encantaba, además notaba como el Playmobil bipolar, no paraba de mirarme.

Me daba pena por Salma, pero si el padre había hecho todo eso, quién era yo ahora por reprimirme a todo por su culpa...

Vi como Darek llevaba a su pequeña a la zona infantil, luego regresaba y seguía con ese semblante de enterrador, no se le veía nada de pasión con ella ¿En serio era la difunta? Evité reírme al recordarlo.

Se puso a partir de ese momento la cosa tensa, Darek regresó y no paraba de mirarme en plan descarado, enfadado, de forma intentando intimidar, inclusive ahora que no estaba Salma comenzó a tener una buena bronca con aquella mujer, no me enteraba lo que decían pero a él muy bien no se le notaba, ella era más fría, más sarcástica, se notaba que le hacía perder los nervios a él y ella se quedaba tan pancha.

Notaba a Darek mirarme en todo momento, como si quisiera decirme algo, yo estaba con mi cerveza, sonriendo ampliamente, cantando con Kike y haciendo el papelón de que estábamos de lo más felices, como si fuéramos un gran ejemplo de pareja.

Una hora duró, luego se marchó con un enfado impresionante, ella le seguía detrás pasando de todo, cogieron a Salma y desaparecieron de la fiesta.

—Ese tío te tiene puesto un GPS...

—Desde luego que sí, que puntería tiene en topar con nosotros —resoplé.

—¿Por qué estará con ella?

—¡Y yo que sé! Ya te dije que es bipolar, no entiendo nada, un día está conmigo en París y al otro, me saca de su vida y está con otra ¿Qué tiene esto de lógico?

—Nada —dijo soltando una risa.

—Pues eso, que es un bipolar y encima un acosador, no deja de perseguirme —reí.

—¿Lo echas de menos?

—Mucho, pero no le perdonaría por nada lo que me hizo, por nada, bajo ningún concepto.

—No es normal, las cosas como son.

—Eso no se le hace ni a un perro. Y luego viene a querer explicar ¿Lo que? Eso se hace antes, ahora te quedas con ella y me dejas en paz.

—Lo mismo está arrepentido...

—Sí claro, por eso sigue con ella, por si le doy calabazas tener un plan B ¿No? —negué con la cabeza.

—Es extraño todo...

—Bipolar, lo que yo te diga.

Pasé el día con Kike, de lo más ameno y divertido, la verdad es que el tipo era simpático, educado, correcto, nada aprovechado, sabía estar y eso a mí como que me encantaba, me sentía cómoda, no tenía la sensación de tener a un tipo encima mía intentando ir de gracioso para llevarme a la cama, era como una especie de amigo con el que congenias genial, puedes hablar, desahogarte y sabes que no está haciendo nada para conseguir un fin inmediato.

Llegue a casa a gusto, las cervezas habían hecho estragos en mí, estaba floja, con ganas de dormir, que es lo que hice nada más tirarme en el sofá, quedarme dormida hasta el día siguiente.

El timbre de la puerta sonó varias veces y yo me iba a cagar en la madre de quién tuviera el dedo puesto.

Al abrir me quedé helada, Darek...

—¿Qué haces aquí? —pregunté sin dejarle entrar.

—Necesito solo decirte una cosa, solo una cosa —las manos actuaban a modo suplica.

—Tienes un minuto.

—Necesito dos días, solo dos días, el martes te espero en el parque a las cinco. Prométeme que irás.

—¿Pero tú de verdad piensas que iré? ¡Vete a tomar por culo! —cerré la puerta de golpe.

—Allí te estaré esperando, no me falles, por favor —escuché que decía tras la puerta antes de irse.

¿Pero este de que iba? ¿Acaso se pensaba que podía jugar conmigo a su antojo? ¿Acaso pensaba que yo iba a ir? ¡Estaba más loco de lo que pensaba!

Pasé el domingo en la playa sola, con rabia, dolor, impotencia. Kike me mandó un mensaje para comer juntos, le dije que no podía, no me apetecía ver a nadie, estaba que necesitaba encontrarme a mí misma, no estaba para más nada, quería quitar de mi vida ya de una vez por todas al bipolar, pero por lo visto se había empeinado en poner mi patas arriba.

El lunes fue caótico, me fui a un centro comercial a mirar algo de ropa,

con tan mala suerte que la escalera mecánica se frenó en seco y salí rodando con todas las bolsas ¡Qué vergüenza! Todos a mi alrededor levantándose y preocupados, yo me quería morir, no sabía dónde meterme.

Me levanté y salí hacia el exterior, a que me diera el aire, a una terraza a tomar un refresco, a maldecir mi mala suerte en todo, aquello parecía de coña.

En ese momento recibí un mensaje de Darek.

“Mañana a las cinco, no puedes fallarme. Solo quiero que me escuches una vez y juro dejarte en paz para siempre”

Un bipolar jurando, y yo que me lo creía.

“Mañana tengo cita con la tienda de novias para probarme vestidos. Ya otro día si eso quedamos”

Solté una carcajada, pero en el fondo me moría de la pena, por mucho dolor que sintiera la realidad es que lo quería.

No había otra realidad más que esa, pero ni le iba a perdonar, ni escuchar, ni nada.

No tardó en contestar.

“Deja de decir barbaridades, por favor te pido que estés a la cinco”

Barbaridades... Barbaridad lo que hizo el de esa forma tan desleal e inhumana.

“Mira Darek, vete a tomar por un poquito por culo ¿Lo entiendes así?”

Ya es que o le hablaba claro o me iba a seguir dando más el día.

“Me iré, pero una vez que hable contigo. Hasta mañana”

¿Pero en serio se pensaba que yo iba a ir a pesar de todo lo que había hecho? ¡Iba apañado! No le pensaba ya ni contestar, para qué, si solo entendía lo que le daba la gana.

El día lo pasé sofocada, entre la puta escalera y el Darek de los cojones, estaban consiguiendo sacar todo lo peor de mí.



## Capítulo 19

Miré el móvil para ver la hora, había dormido bastante, raro en mí, al menos me daba la sensación de haber caído en coma durante horas.

Un mensaje de Darek es lo primero que vi.

“Ahora sí puedo hablar con claridad. A las cinco te espero, no me falles o te iré a buscar al din del mundo”

Pero bueno ¿Se había drogado? ¡Ahora sí puedo hablar! Que poca vergüenza, pues ahora le iba a escuchar quién yo me sé.

Eran las once de la mañana, pues sí que había dormido... Me levanté y me preparé un café pensando en lo de Darek, me negaba a escucharlo, era un necio.

Sonó el teléfono mientras tomaba el café, era Kike.

—Hola, Kike.

—Buenos días, guapa. ¿Qué tal estás?

—Hasta los cojones —solté una risa.

—¿Y eso?

—Darek, dice que quiere hablar conmigo a las cinco, que si voy ya me dejará en paz y ahora me puso un mensaje que ya si puede hablar con claridad ¡Me va a volver loca!

—¿Te doy un consejo?

—Claro ¿Lo mando a la mierda?

—No, escucha lo que te tiene que decir y ya luego decides, pero escúchalo, una vez que lo hagas ya desaparece sí lo crees conveniente para siempre.

—¿Desaparecer? ¿En esta isla? ¿Sabiendo donde trabajo? No lo creo, es bipolar.

—Yo era tu e iba.

—Yo no lo veo, ya vi todo lo que tenía que ver y créeme, no quiero saber nada de él.

—Pero quizás es necesario que lo escuches para que te deje en paz.

—No creo que me deje en paz, pero tendré que hacer algo para que lo haga.

—Pues escucharlo.

—¿En serio tu irías?

—Sin duda, creo que es lo mejor.

—Pues yo no lo veo...

—Ve, creo que una vez que lo escuches va a quedarse más relajado, aunque sea una mentira lo que te diga, una excusa para hacerlo, pero ve, sal de dudas y si no, le dices que si se vuelve a acercas, volverá a tomar medidas.

—Paso...

—Hazme caso, creo que será lo mejor para que puedas avanzar y que él se desahogue de sus pajas mentales.

—Muy buena esa —solté una carcajada.

—Bueno toma el día de reflexión y esta noche te llamo para que me cuentes.

—Gracias, Kike. Dale un beso a Rodrigo de mi parte.

—No lo dudes.

Y me dejó con esa llamada loca, quizás él tenía la necesidad de que al escucharlo y mandarlo a tomar por culo, ya nos dejaría en paz, algo me decía que yo le gustaba a Kike y aunque por respeto no hubiera intentado algo conmigo, le caía en gracia, como decía mi adorada abuelita, que debería de estar flipando, viéndome desde el cielo.

Pase la mañana limpiando, los nervios me daban por ahí, no quería ir, no quería escucharlo, no quería saber nada de ese hombre que me mandó la ropa en una caja como si yo fuera una mierda, así me hizo sentir.

Después de comer me di un buen baño de esos que te dejan tan relajada que te quedas sin fuerzas, pero decidí hacer caso a Kike e ir a ver que quería el señor bipolar, me iba a importar un pepino lo que me contase, solo quería que me dejara en paz, avanzar con mi vida y olvidarlo.

Salí hacia el bar del parque, iba refunfuñando todo el camino, me creaba ansiedad ver a Darek, me daban ganas de comerme cinco donuts, dos palmeras de chocolate y un kilo de helado.

Vi a lo lejos a Salma jugando cosa que me impactó, me dolía mucho su ignorancia, esa que estaba segura de que no lo hacía bajo su voluntad, todo lo contrario.

Me vio y salió corriendo hacia mí, no me lo podía creer, me abrazó fuertemente y la cogí en brazos, ella no tenía culpa de nada, pero, me daba rabia que la utilizara de aquella manera conmigo.

—Estás preciosa.

—Te quiero mucho, Mar —dijo dándome un fuerte abrazo.

—Yo también te quiero y lo sabes ¿verdad?

—Sí, me daba mucha pena no acercarme a ti, lo pasé muy mal.

—Lo sé, vida. No te preocupes por ello, la próxima vez le dices a Luisa que te lleve a la tienda a verme —le guiñé un ojo.

—No podía —dijo con tristeza.

Vi como el padre nos observaba de lejos, sentado en la misma mesa de siempre, con rostro triste, con dolor, no entendía nada, pero pena no me daba, ya demasiado mal se había portado conmigo.

—Bueno, voy a hablar con papi. Luego hablamos ¿Sí?

—¿Te puedo pedir algo?

—Lo que quieras —dije cosquilleando su barriguita.

—Escúchalo sin discutir, deja que hable, lo hemos pasado muy mal —dijo comenzando a brillarle los ojos para llorar.

—Sé que lo has pasado mal, todo es muy difícil.

—Pero escúchalo ¿Vale?

—Por ti lo haré. Te lo prometo —le di un fuerte abrazo y la bajé para que volviera a su montaña favorita de arena a jugar.

Me acerqué a Darek, se levantó para recibirme y señalarme la silla para que tomara asiento.

—Hola, Darek —dije acomodándome en la silla y poniendo mi bolso en la otra.

—Hola, Mar. Te he pedido un café como siempre ¿Te parece bien?

—Claro —dije en tono seco pero sin pasarme, le había prometido a la niña que no iba a discutir y no quería hacerlo delante de ella, demasiado había sufrido ya.

—Gracias por venir.

—No hay de qué, espero que hoy zanjemos ya todo...

—Claro, así será, quiero, creo y estoy convencido de que así será. Solo te pido una cosa...

—Hoy debo de ser la virgen de Lourdes —dije en voz alto acordándome de lo de la promesa a la pequeña Salma.

—Te tenemos todo mucha fe —dijo con una leve sonrisa.

Nos trajeron los café, se estaba genial ahí, daba una buena sombra y no se notaba ese sofocante calor.

—¿Y bien? —dije mientras movía la taza.

—No sé cómo empezar...

—Por donde quieras, soy toda oídos —moví el café.

—Solo te pido que me escuches hasta que acabe.

—Vale, siempre y cuando no me den las doce de la noche —puse los ojos en blanco con el semblante serio.

—Tranquila, con un rato me sobraré y entonces podrás decidir irte que no te molestaré más.

—Ajá...

—¿Recuerdas cuando te conté que era viudo?

—Ajá... —dije desganada, con una vez era suficiente, esperaba que no me lo tuviera que contar otra vez.

—No lo era...

—¡Anda! Pues felicidades —dije con sarcasmo.

—Cuando nació Salma, ella se enamoró de otro y nos dejó, dejándome la custodia de la pequeña, el corazón roto y renunciando legalmente a todo.

Eso me sonaba a Kike ¿cómo era posible que todos los abandonados vinieran a mí? Resoplé angustiada.

—¿Y qué quieres que vaya a pedirle que vuelva a casa para navidad? —no pude contener mi lado borde en esos momento.

—No... Ella se suponía que no podía legalmente aparecer por nuestras vidas, ni mucho menos a la vida de Salma. ¿Recuerdas aquella vez que te dije que no te acercaras a nosotros? ¿Que te podía hacer daño?

—Ajá.

—Había tenido noticias de ella, le dije que ni se le ocurriera aparecer, sabía que venía con oscuras intenciones, me puse muy nervioso, lo pase mal, yo siempre le conté a Salma la historia de que sus mamá estaba muerta para no hacerla pasar por el mal trago de su abandono, era muy pequeña para hacerle entender que su mamá prefirió perder la cabeza y las bragas por otro que estar junto a la que debía de ser lo más importante de su vida.

—Ajá. Lo entendía pero no terminaba de entender nada.

—Por eso te alejé, pedí asesoramiento legal, pero te echaba de menos y creía que todo con ella a través de los abogados, llegaría a buen puerto. Por eso quise volver a verte, irnos a París, yo me había enamorado de ti como jamás lo había estado de nadie.

—Por eso te sacaste otra —solté con retintín.

—Esa otra estaba esperándonos en la puerta de casa el día que volvimos de París, tuve que hacer un teatro para no hacer daño a Salma, no podía saber quién era, pero con la que me viste era su mamá. Sabía todo lo nuestro, nos había seguido un tiempo, me amenazaba con darle la casa o me hundía la vida a mí y a mi hija.

—Hija de puta, pero sí es su hija.

—Legalmente no, pero ella tampoco la siente su hija. Así que imagínate, me dijo que si me veía hablarte le contaba todo a la niña, que fingiera mientras arreglábamos la casa a su nombre y me hiciera pasar por su novio. Yo tuve que trazar un plan a escondidas y ella claro que te conocía, por supuesto. El papel que hiciste en aquella terraza con Kike ella lo disfrutó.

—¿Por qué sabes su nombre? —No recordaba habérselo dicho.

—Es un amigo que llegó hace poco a la isla y lo conocí en las oficinas, le ayudé a solucionar un tema así que, tuvo que ir a ayudarme contigo, entretenerte, arroparte, mientras yo solucionaba todo esto, le dije que hiciera lo del niño, que tú eras muy sensible con los menores, que se acercara el pequeño y luego él.

—¿Me estás diciendo que Kike estaba conmigo por ti? —me puse las manos en la frente, me estaba quedando loca.

—Claro, era la única forma de que no estuvieras solas, te apoyaras en alguien y ese alguien hiciera el que te entendiera y luego, no te pusiera trabas para hablar conmigo.

—Estoy quedándome loca... ¿Y no era más fácil que él me hubiera contado la verdad?

—¿Y arriesgarme a que te diera un arrebato y te metieras?

—No me iba a meter, os iba a ayudar ¡Joder!

—Ya conseguí llevarla esta mañana a juicio rápido, le pusimos una denuncia con cuatro delitos, entre ellos quebrantamiento de una orden de alejamiento que venía con la renuncia de Salma.

—¿Y?

—La van a sacar de la isla, tiene prohibido de venir de por vida y se enfrenta a dos años y medio de prisión que va a cumplir tal como aterrice en la península.

Yo estaba llorando como una magdalena, mi cabeza era una batidora, demasiada información, iba a estallar, ahora comprendía sus miedos, por qué no era tan claro, el porqué de tantas cosas que me habían estado matando en

todos esos momentos.

—¿Y Salma?

—Salma creía que era una nueva novia mía, no la podía ver, no le hablaba, ni la miraba, yo lo pasé muy mal por ella, le tuve que decir que por papá no podía hablar contigo, pero no le pude explicar más nada, la situación era muy difícil sobre todo para ella tan pequeña, tenía que tener todo muy claro para no meter la pata. Luego le he contado que era una novia loca y que tuve que fingir todo para que vinieran los psicólogos a internarla, que no quería que le hiciera a ella daño ni a ti, pero que ahora te iba a contar la verdad, que la única mujer de mi vida era tú.

—¿Qué dijo ella?

—Que no quería a nadie en su vida que no fuera tu —se le cayó una lágrima —tuve que decirle que Kike y tu erais pareja y que Kike no me hablaba, que no podíamos decir que lo conocíamos.

—Pobre —dije mirándola, tenía un nudo en la garganta que no sabía que hacer, estaba digiriendo toda la información. Miré a Darek mientras me caían las lágrimas —Debiste haberme puesto en aviso con Kike —le recriminé.

—No podía, ponía en riesgo todo, comprendeme —decía mientras se secaba las lágrimas.

—Pues por poco me lo tiro... —bromeé para romper ese momento tan llorón que teníamos —Me levante y me fui a abrazarlo. Se levantó y sentí como si me rompieran el cuerpo, me estrujó contra él con todas sus fuerzas y rompimos a llorar de verdad, sin dejar ese nudo ahí.

—¿Ya sois novios otra vez?

Miramos abajo a la pequeña Salma y rompimos a reír.

—No, de novios nada. Ahora tu padre me va a pedir aquí de rodillas que me case con él —dije sin pensar, no sabía ni que decir.

—Ahora mismo —dijo agachándose ante la mirada del camarero que venía por si queríamos algo más. Lo miró —Trae dos copas de champán —dijo desde el suelo, de rodillas.

—Levanta anda —reí jalando de su brazo y Salma empujaba hacia abajo para que no se levantara.

—Déjalo que hable, me lo prometiste —rio.

—Pero si ya me habló —protesté riendo.

—Silencio, por favor —Exigió sonriente Darek, con una sonrisa que jamás había conocido en su rostro —Mar, yo no estoy para soltar una

parrafada, no estoy para nada, solo para pedirle a todas las estrellas del cielo y a Salma para que recen y conspiren para que aceptes casarte conmigo. Pero no el año que vine, no, éste mismo sábado, ya veremos quién es el loco que no hace un hueco y nos convierte en marido y mujer, en caso de que aceptes, claro —Hizo movimientos a modo dudas con la cabeza.

—¡Di que sí! Quiero que seas mi mamá ¡Porfa! —saltaba nerviosa.

—¿Este sábado? ¿Sin vestido de novia a modo princesa? Ah no, tenemos Salma y yo que comprarnos el vestido de princesa sí o sí.

—Estás de vacaciones, podéis ir mañana —dijo aún de cuclillas.

—¡Es verdad! Y encima me pertenecen quince días de vacaciones más por boda ¡Acepto! —dije tirándome al suelo y comiendo a besos a los dos.

—¿Sí? —preguntaron sincronizadamente.

—¡Claro, coño! No tengo otra cosa mejor que hacer que casarme el sábado y prolongar mis vacaciones.

—Biennn —chillaba feliz la pequeña Salma.

Nos levantamos y volvimos a abrazar.

—Por cierto, a mí me dan también quince días por boda ¿Dónde nos vamos de viaje?—. nos guiñó el ojo.

—¡A la Disney! —gritó la niña y nosotros nos mirando, riendo y negando.

—A la Disney, no —Darek lloraba de la risa.

—¿Y dónde hay otro sitio así? —preguntó inocentemente.

—Tenemos que buscar un sitio para disfrutar los tres —dije riendo —Por cierto ¿Dónde lo vamos a celebrar? Somos tres, no hace falta ni reservar —solté una carcajada —Un problema ¿Los padrinos o testigos?

—Controlado, esos dos —señaló a la puerta del parque y vi a...

—¿Luisa y Kike? —me eché a reír —¿No viene Rodrigo?

—Ejem... Esto... Rodrigo es el hijo de un compañero suyo, estuvo haciendo de canguro para el papel, lo de la historia de su mujer, era mi historia, para ver como reaccionabas con una cosa así a la espalda.

—¡Os mato! —dije señalando a los dos cuando ya se había acercado.

—Me alegra veros sonreír, llevamos ahí escondidos un buen rato detrás del muro, asomándonos como detectives —rio Kike mirando a Luisa.

—Ay, mi casi novio —dije mirando a Kike —Luisa, gracias por cuidarlos tanto.

—Casi, lo que me he tenido que aguantar —dijo mirándome de arriba abajo persignándose de forma bromista.

Nos trajeron champán, una botella para los cuatros, ahí a la calor de esa hora de la tarde, menos mal que estaba techado y fresquero donde estábamos.

Ya me contaron más tranquilamente, una hija de p... la que parió a Salma, porque no se merecía el nombre de madre, ni lo era.

Esa noche...

Salma en medio mía y de Darek, nosotros deseando que se durmiera para llevarla a su cama, estábamos deseoso el uno del otro, pero cada vez que dormía y la intentaba traspasar... ¡Se despertaba!

¿Solución? ¡Al baño! Ahí se metió Darek y me hizo señas, donde fui muerta de risa, aguantándome de que me escuchara y se despertara.

Desfogamos toda la pasión que llevábamos dentro, no fue suficiente con uno, así que dos para no ir cojos.

Me quedé dormida con la cabeza más despejada de lo que imaginaba e ilusionada por los momentos tan bonito que me quedaban por vivir junto a las personas que amaba.

Desperté ante un picazo de la pequeña Salma.

—Auch —dije echándome hacia atrás.

—Perdón —dijo riendo.

—¿Y papá?

—Preparando el desayuno para las princesas.

—Wow, eso es genial, estoy hambrienta —dije abrazándola fuertemente.

Era muy temprano, Darek trabajaba hasta el viernes, luego cogería sus vacaciones por Luna de miel.

Desayunamos, felizmente, ese hombre era otro, plenamente feliz, sin miedos, esos que le impedían ser el ser tan especial que era, solo había que mirar sus ojos para verlo.

Se fue a trabajar, un poco después llegó Luisa y ya nos fuimos Salma y yo a buscar nuestros vestidos para ese día.

—Yo quiero uno igual que el tuyo —decía emocionada.

—Yo te compro el que quieras, lo más parecido al mío, además nos lo regalará mi abuela —señalé al cielo acordándome que siempre soñó con comprármelo, pero que lo iba a hacer, ya que saldría de los ahorros que tenía gracias a ella.

—¿Tu abuela está con mi mami en el cielo?

Me quedé paralizada con esa pregunta, gracias a Dios que no, pensé.

—Bueno, cada uno tiene su sitio junto a sus familiares, son como

parcelas donde se van juntando los seres queridos —sonreí falsamente.

—Ah vale, pues yo cuando muera quiero ir a tu parcela —dijo ante mi asombro.

—Pues yo te esperaré, pero espero que tardes mucho en ir, y yo, y yo también —reí.

Nos metimos en una tienda de novias, jugábamos con muy poco tiempo de ventaja, pero íbamos decididas a escoger el vestido que luciríamos ese día.

Lo vi claro, ese era, tipo Griego, con unos tirantes finos caído a los lados de los hombros, entallado con una caída espectacular, con una cola pequeña, de color champán, con un tacto impecable, quedaba precioso.

—Pareces una reina —dijo Salma, obviando lo de princesa.

—Y tú serás la princesa.

El vestido no hacía falta ni ajustarlo, me quedaba perfecto, así que dije que me lo llevaba, ahora nos pusimos con Salma, cogió uno precioso, de tirantes y cuello de barco, del mismo color, con la parte de abajo a modo princesa, como ella quería, parecía una mini novia y estaba muy emocionada, así que pagamos y nos lo llevamos felices de la vida.

Quedaba poco para vivir el día más bonito de mi vida.



# Boda

El día más importante de mi vida, lista, al igual que mi pequeña Salma, que estaba hecha toda una princesita.

Luisa nos miraba emocionada, Darek se había vestido en el salón y ya se iba, así que ella se fue a darle el encuentro y llevarlo del brazo.

Luego salimos la pequeña y yo, nos esperaba Kike que empezó a silbar al vernos, nos llevó hasta el hotel donde se celebraba con la música del coche a todo volumen y sonando la canción de Marisol, la vida es una tómbola, Salma la cantaba emocionada, al igual que yo, éramos lo mismo de payasas y los nervios los teníamos a flor de piel, ella más que yo, lo notaba a leguas.

Llegamos a esos jardines de un hotel donde nos permitieron celebrar la boda, ahí estaba el concejal encargado de ello, para darnos la ceremonia.

Yo aparecí del brazo de Kike ¡Quién me lo iba a decir! Salma iba delante de nosotros, sonriente y feliz.

Miraba alrededor, el corazón me latía a mil, al fondo Darek junto a Luisa, mirándonos con caras de sorpresa.

Darek se emocionó al verme y comenzó a llorar, yo lo miré de arriba a abajo, estaba guapísimo y le di un beso.

—Estás preciosa —dijo emocionado.

—Tú también —dije con las lágrimas cayendo por mis mejillas.

—¿Y yo que? —preguntó Salma queriendo ser también el centro de atención.

—Tú la más guapa del mundo —dijimos de forma sincronizada ante la risa del concejal y nuestros testigos.

Una ceremonia rápida, sin parafernalia, directos a lo que queríamos, darnos el sí quiero.

Con un apunte... Darek me cogió la mano al ponerme la alianza y soltó algo.

—Eres, fuiste y serás, la mujer de mi vida.

A tomar por saco esas declaraciones cargadas de palabras llenas de amor y todo un tocho estudiado al milímetro para el día de tu boda, él fue directo, rápido y sobre todo conciso en lo que quería decir, eso era lo importante y lo que me emocionó.

—Pues yo no pienso ni pronunciarme —dije bromeando mientras lloraba a borbotones y ellos reían emocionados.

Una botella de champán se abrió y brindamos por esa unión que se había acabado de forjar oficialmente.

—Ya puedo decirlo —dijo la pequeña y la miramos extrañados.

—¿Qué puedes decir? —pregunté extrañada.

—Ya eres mi mamá. ¡Vivan mis padres!

Me agaché y la abracé con todas mis ganas.

—Siempre fuiste mi niña —le guiñé el ojo.

—Y tu mi mamá, la que me esperará en la parcela del cielo —dijo provocando una risa entre todos, pero la que la entendí fui yo.

Todos llorando como tontos, como es normal en las bodas con cualquier cosa emocionante que te pasa, pero para mí, esta era la más emocionante y bonitas de todo, el reconocimiento de Salma, la niña de mis ojos.

Me la comía, me la comía pero sin pensarlo, era una parte de mí desde que la conocí, era mi niña, mi Salma, esa que cuidaría todos los días de mi vida.

Comimos con Darek y Kike, vamos aquello eran invitados y lo demás era tontería, una boda con cinco personas, para morirse de la risa, pero yo me sentía la mujer más afortunada del mundo.

El hotel nos preparó una preciosa mesa mirando al mar, con ramo central incluido, todo muy bonito y una persona del servicio pendiente a nosotros.

Esa noche se llevaron a Salma, Luisa se haría cargo de ella, Darek y yo nos quedamos de copas por el hotel, vestidos de novio, coqueteando, bromeando y disfrutando de nuestro primer día de matrimonio.

Por la noche en la habitación se nos hacía raro sin Salma vigilando todo movimiento, reímos, reímos a carcajada, hasta no poder más, al igual que nos amamos a lo grande, hasta caer rendidos de placer, hasta no poder mover ni una pestaña.



# Luna de Miel

—Papá ¿Vas a decirnos ya dónde vamos? —protestó la niña cuando la recogimos a la mañana siguiente para salir para el aeropuerto.

—Os he dicho que cuando veáis el cartel lo sabréis.

—Yo no dije nada —dije mirando mis uñas de gel a la francesa que me hice para mi boda.

—¿Y porque no podemos saberlo y tu si? —protestó la niña.

—Porque es una sorpresa —puso los ojos en blanco.

—¿Y si mama y yo lo queremos saber? —se me caía la baba cuando me llamaba mama.

—Os aguantáis...

—Pues no queremos —dijo cruzando de brazos, la veía por el espejo del copiloto y le guiñaba el ojo.

—Pues si queréis me doy la vuelta y nos quedamos en casa —dijo buscándole la lengua.

—¡No! —exclamó riendo Salma.

Llegamos al aeropuerto y cual fue nuestra sorpresa al leer...

—¡Orlando! —chillé como loca.

—¿Quién es Orlando? —preguntó Salma sin enterarse de nada.

—¡Ay! Salma, no te imaginas nada —dije nerviosa perdida.

—Yo quiero saber —decía mientras su padre colocaba todas las maletas en facturación.

—¿Se lo puedo explicar?

—Claro —sonrió.

—¿Sabes que Disneyland París no es el único?

—Claro, hay un Disney World que está al final del mundo... Pero ahí solo van los ricos —soltó una carcajada.

—Pues a tu padre le habrá tocado la lotería, pero Disney World está en Orlando y vamos para allá —dije mientras nos poníamos a saltar de la alegría.

—¡¡¡Papa!!!

—Sí hija —rio mientras la azafata sonriendo nos entregaba los billetes —Pero tenemos que hacer una breve escala en Madrid, de ahí salimos directos

a Orlando.

El viaje fue divertido, el trayecto hasta Estados Unidos fue un poco más pesado, casi diez horas de viaje.

Pero ya estábamos allí...

El hotel dentro del Downtown de Disney, uno oficial del Parque, una hotel en régimen de todo incluido con unas piscinas de lagos espectaculares, incluido parque acuático en ellas.

—Mira, Minnie —dijo saltando al ver como venía a saludarnos mientras nos entregaban la llave de la habitación.

—Corre, dale un abrazo —dije empujando a hacerlo.

Saqué la cámara y capté ese maravilloso momento.

La peque estaba alucinando, el hotel tenía alguno de los personajes de Disney por ahí animando, ella corría detrás de todo, la tuve que agarrar para ir a la habitación a soltar todo, ducharnos y dar una vuelta por el centro de Disney a cenar.

Cenamos y paseando en aquel lugar lleno de magia, pero luego nos fuimos al hotel a dormir, estábamos reventados de las horas de vuelos y ese cambio de hora.

Salma dormía en una cama supletoria al lado de nosotros, pero claro, ella la pegó, además nuestra cama era gigante, podrían entrar cuatros adultos tranquilamente, pero ella unió la suya y ya teníamos allí una mega cama.

—Mira —dijo señalando al baño.

—Tonto —reí entendiendo que ese será nuestra zona de escarceos nocturnos.

—Ya os he pillado —dijo Salma riendo.

—¿Qué pillaste? —preguntó Darek aguantando la risa.

—El baño, ahí vais a daros besitos de marido y mujer —rio y se metió en la cama.

—Ahí vamos a hacer pis —puse los ojos en blanco.

—Y a bañarnos —intervino el papá bromista.

Caímos redondos, al día siguiente nos esperaba el inicio de unas vacaciones de lo más deseadas, una luna de miel para tres.

Los siguientes días fueron llenos de diversión, de risas, de pasárnoslo de muerte, alternábamos un día de parque y otro de hotel ya que tenía las instalaciones perfectas para no querer salir de allí.

Estuvimos ocho días, los mejores de mi vida junto a mis dos amores,

esos que a partir de ese momento serían mi familia, esa familia que nunca tuve realmente y que tanto deseé.

Disfrutamos de Orlando de lo lindo, volvimos en el avión con la sensación de que habíamos hecho el viaje de nuestras vidas, que habíamos culminado allí todo aquello que deseábamos, sentirnos una piña con todas las letras.



## Un año después...

—Mamá, mañana me dan las vacaciones de verano y aún estoy blanca — dijo Salma mirándose los brazos.

—Cariño, ya empezamos a ir a la playa y te pondrás morena —le di un beso en la frente y le puse el cola cao delante —Aligera que llegamos tarde al cole —le advertí.

—¿Y papa a qué hora se fue a trabajar?

—Hace un rato, a la misma hora de siempre, pero tu hoy te pasaste durmiendo —dije acercándome a hacerle cosquillas.

—¿Y cuándo va a nacer mi hermanito? —tocó mi barriguita que lucía de tres meses.

—Cariño, a finales de Diciembre, por Navidad —sonreí tocándole el pelo.

—Tengo ganas de que sea navidad...

—Pero tú sabes que siempre serás mi favorita ¿No? —le hice un guiño —pero será nuestro secreto.

—¡Sí! —dijo emocionada levantándose para ir al cole.

Un año de felicidad, donde esperábamos a nuestro segundo hijo, pues para mí la primera siempre sería Salma, con todas las letras, con todo aquello que sentía mi corazón que era aquello que solo una madre siente, y yo era la suya, tanto o más que al que llevaba en mi barriga, porque ella era mi niña, esa que junto a su padre, se convirtieron en lo más bonito de mi vida, me dieron el tesoro más grande que jamás podría nadie tener, una familia y no una cualquiera, sino una donde el respeto, el cariño, el apoyo y las risas, eran los mejores ingredientes para saber que todo aquello solo tenía una palabra, aquello era AMOR.